

¿Es la vida un palíndromo?

Ocurre que, si bien la vida es un segmento acotado (tanto inferior como superiormente) por la inexistencia, sin embargo, no puede leerse al revés, porque sus baches son irreversibles.

Definiciones palindrómicas de “palíndromo”:

*El bis reversible*

*Al revés, a él léase, verla*

*Acote ralo, cada cola retoca*

*¡Eh! Cabecera-cola tal, o carece bache*

*Yo defino, repita a ti, pero ni fe doy*

*Sarta origino,  
yo digo,  
cerrado rodar,  
recogido yo,  
ni giro atrás*

*A Isaac*

# Ese CERO a ese trece remita, a ti merecerse sea o récese

*Febrero 1993*

*Santa Cruz de Tenerife*

Amanece, y emanan sus deseos, sus miedos y sus sentimientos.

Cuando el director apretó el interruptor, la ruidosa señal acústica del “Instituto de Enseñanza Secundaria Poeta Viana” terminó de despertar a los aletargados alumnos que entraban para enfrentarse a una jornada escolar más, la rutina de cada día. Había amanecido un día caluroso, en pleno mes de febrero, y las dos adolescentes, a sus trece años, sentían emanar los primeros ardores de la pubertad, consecuencia de unas incontrolables y revueltas hormonas. Ambas, Susana e Ivana, cuchicheaban en la puerta de entrada, señalando y mirando a los chicos más apuestos y, sobre todo, a los que, por algún inexplicable proceso de selección aleatoria, habían logrado ponerse de moda, y solo tenían que esperar a que las niñas más guapas y espabiladas se los rifasen.

Eran los primeros escauceos amorosos, donde cada una le confiaba a la otra qué chico le gustaba más, comprometiéndose a sellar un pacto sobre la inviolabilidad de sus secretos más trascendentales. Encaraban la edad perfecta, merecían amar y ser amadas para sacarle partido a la juventud.

Desde dentro de su coche, en la otra esquina de la calle, Jorge Nara, que acababa de dejarlas allí, las observaba furtivamente. Ivana se dio cuenta de su presencia y, sobre todo, de su inquietante mirada. ¿Por qué no se había marchado aún? La joven se sonrojó. El policía municipal, de treinta años de edad, arrancó su vehículo rumbo hacia su trabajo, en San Cristóbal de La Laguna.

**Palíndromo:**

*Se roe por amanecer emanar, Ivana, Susana, víran a "merecen amar" o peor  
es*

# PARTE et rap

*Enero 2012*

*TF-5 (Autopista del Norte), Tenerife*

Posiblemente estaba rozando una situación de desacato a la autoridad. Como mínimo, era consciente de que la pareja de guardias civiles de Tráfico estaba tensa e incómoda como consecuencia de su burlona sonrisa, que exhibía con descarado pitorreo. Pero lo cierto era que Susana, de pie junto a su vehículo de gasoil y tambaleándose como un tentetieso, no se sentía capaz de soplar. Cuando los miraba a la cara, le entraba la risa tonta y le costaba disimular.

— ¿Qué dice usted que haga, agente¿

— ¡Haga el favor de soplar de una vez¿

Susana trataba de ganar tiempo, aguantando la risa, para evitar estallar. Cuando su cabeza se serenase, soplaría y todo terminaría, para bien o para mal. El problema consistía en que, tal vez por su estado de embriaguez, le parecía morbosa y ridícula aquella situación: ¡un guardia civil le ofrecía el aparato y la obligaba a metérselo en la boca!

— Ya voy...

Hizo acopio de fortaleza y se llevó el pitorro a la boca, dispuesta a cumplir la orden, pero, nada más rozarlo con los labios, tuvo que retirarlo y taparse la boca con la mano para frenar la carcajada, ante la impaciencia de su interlocutor. Avergonzada por su falta de control, bajó la mirada hacia su falda, aguantando la risa, pero enseguida se dio cuenta de que mirarse la entrepierna era un error porque, lejos de aislarlo, su calenturienta mente intensificaba el matiz sexual de la situación.

— No... ¡Ja, ja, ja!... puedo...

— ¡O se controla o nos veremos obligados a pedirle que nos acompañe!

— De acuerdo. Creo que ya puedo hacerlo.

¡Era el momento! No volvería a reírse, porque se le ocurrió que la ridícula era ella, no la situación en sí. Por lo menos, pensaría eso mientras soplabla, y no metería más la pata. Agarró con ambas manos la boquilla, se esforzó en evitar identificarla con un pene y comenzó a soplar.

El guardia civil la observaba atentamente. Y su compañero... ¿qué estaba haciendo? Con el tubo dentro de la boca, Susana lo miró. Se encontraba de pie, observando el paso de los coches por la autopista, muy estirado y con unas piernas extremadamente delgadas. Observó su estrecho y apergaminado pantalón de tergal y concluyó que era igual que los leotardos de una tuna universitaria. Y ese culo tan apretado... “*¡Joder con el picoletto!*”. ¡Esto era demasiado! Dejó caer la boquilla y empezó a carcajearse a pleno pulmón, sin contenerse, ante la atónita mirada de su “carcelero”. El otro ni siquiera se inmutó, lo que redobló el festejo de Susana, quien lo imaginaba tocando la pandereta con un tricornio y un traje verde de tuno, dando saltitos al compás, con un semblante circunspecto.

— ¡Me cago en...! —se le escapó al agente que tenía a su lado—. Señorita, será mejor que nos acompañe al furgón policial —añadió, tratando de mantener la calma.

Sentía dolor en la zona abdominal (como consecuencia de las contracciones generadas por las risotadas) y tuvo que agacharse para mitigarlo, pero no podía parar de reír. Desde el carril de deceleración en que se encontraban, cerca del municipio de La Matanza (en la cara norte de Tenerife), Susana vio (antes que los agentes), a lo lejos, un vehículo que se acercaba a gran velocidad por la autopista.

Ambos agentes la intentaban sujetar por los brazos para incorporarla e invitarla a acompañarlos, pero notaron que los músculos de la joven se tensaron y su risa se esfumó, de sopetón, dejando un vacío repentino en el ambiente. Susana parecía contener la respiración, y tenía la mirada clavada en un punto de la autopista; instintivamente, ambos enfocaron hacia allí.

\*\*

Ivana soñaba que ella y su hermana giraban en el tiovivo del Parque de Atracciones temporal, que habían acomodado en la explanada adyacente a la Avenida Marítima, en Santa Cruz de La Palma. Ale tenía entonces seis años, y ella quince. Fue en las Fiestas Lustrales de la Bajada de la Virgen del noventa y cinco, cuando habían viajado a la “isla bonita” con sus tíos. En el sueño, el tiovivo giraba cada vez más aprisa, exponencialmente, e Ivana supo que algo iba mal. El agitado movimiento la zarandeó, y ella despertó, volviendo a la realidad. El BMW en que viajaba parecía fuera de control, zigzagueante; sin estar segura de haberse despertado del todo, observó, a través de la luna delantera, que la línea central de la autopista no se mantenía constante a la izquierda del coche. Giró la cabeza hacia el asiento del conductor para ver qué estaba ocurriendo.

— ¡Ricky! —gritó de terror.

Su marido, supuestamente al volante, yacía inconsciente a su lado, sin despegar el pie del acelerador. En décimas de segundo, Ivana vio un automóvil gris, guiado por un rostro aterrado y descompuesto, que los adelantaba por el arcén con mucha dificultad; y, ante ellos, un motorista haciendo eses, como intentando adivinar (y esquivar) la trayectoria de Ricky para evitar así la colisión.

Instintivamente, Ivana se quitó el cinturón de seguridad, levantó la pierna izquierda e, incorporándose, la arrojó impetuosamente contra el pedal de freno.

\*\*

Susana y los agentes sabían que el motorista, quien llevaba apenas unos metros de ventaja al BMW, no podía prever los aleatorios bandazos y cambios de dirección del coche, por lo que, si no lograba acelerar más, su destino iba a ser rubricado por el azar. Oyeron un chirrido estridente, procedente del roce de los neumáticos con el asfalto, al frenar el BMW y comenzar el impreciso derrape. Los diferentes conductores que venían por detrás, aunque en las milésimas anteriores habían tratado de tomar precauciones (incrementando la distancia de separación con el BMW), tuvieron que frenar bruscamente, generando una estrepitosa colisión en masa. Un Citroen rojo no pudo esquivar el frenazo de Ivana y chocó contra la parte trasera del descontrolado automóvil.

El BMW describió una trayectoria lineal, pero desplazándose de costado. Con una violencia que sobrecogió a Susana, impactó contra la motocicleta y el motero fue despedido por los aires, cayendo su cuerpo y rotando como un trompo hacia la zona central de la autopista. Al llegar a la mediana, pasó por debajo del guardarraíl y su brazo derecho quedó allí, cercenado; el resto del cuerpo acabó en las vías de sentido contrario, donde dos vehículos le pasaron por encima, generando otro caos paralelo.

La moto se desplazó hacia adelante, pero el BMW enfiló hacia Susana y sus acompañantes. Petrificada, tuvo que ser empujada y arrastrada a lo largo del carril de deceleración, pero tropezó y los tres cayeron al suelo. El vehículo se les acercaba rápidamente.

!Por culpa del alcohol; Susana se había metido en un gran lío; lo único que ella había pretendido era agradar a los policías para que le dejaran arrancar su coche de gasoil y marcharse. Pero ahora... ¡estaba a punto de ser arrollada!

El guardia civil de la tuna universitaria fue quien tiró de la joven cuando el coche colisionó contra el muro de contención, a su lado, y rebotó, desplazándose unos metros hacia ellos. Cuando una lluvia de cristales le cayó encima, perdió el conocimiento. Pero había salvado la vida por escasos

metros. Gracias a la Guardia Civil. Aunque, claro, también era cierto que estaba en el lugar de la tragedia por culpa de la Guardia Civil. No, no era cierto; estaba allí por haber bebido más de la cuenta para celebrar que había conseguido un trabajo.

***Palíndromo:***

*Líos: Agradar a poli. dilo. para dar gasoil*

*Aula Veranos, Taco*

La joven Alejandra, con tan solo veintidós años, era una auténtica promesa (a nivel nacional) como confeccionadora de crucigramas, anagramas y pasatiempos de todo tipo. Su editor, aunque muy modesto, tenía una fe ciega en ella, y en más de una ocasión había arriesgado editando tiradas largas y colocándolas en el mercado. Los resultados no siempre habían sido buenos, pero podría considerarse que la balanza de pérdidas y ganancias, con Ale, estaba equilibrada. Su talento era genético, heredado de su padre, Waldo, quien había sido un auténtico profesional del pasatiempo y uno de los más agudos e ingeniosos constructores de palíndromos. Hacía varios años que Waldo había publicado, a través de una agencia editorial, un manual titulado *Claves para elaborar criptogramas*, justo unos meses después de que dicha agencia le desestimara un primer intento de publicación con su obra *Pasatiempos encriptados*. Mientras saboreaba un café, Alejandra recordaba la atrevida y licenciosa carta que, su padre, adjuntó al manuscrito para tratar de sorprender, con ella, al agente editorial.

***Estimados señores:***

***La desestimación por parte de vuestra agencia de mi primera obra, “Pasatiempos encriptados”, me hizo sentir estafado. No por vosotros, claro, sino por mis propias expectativas. Supongo que es el síndrome de todo escritor novel. Aunque la “moda” actual “borra” casi toda posibilidad de dar salida a escritores noveles, aún así, someto mi obra para ver “si le dan bola”.***

***Palíndromo 1 (al agente editorial):***

***La moda borró tu ala acá; someto mi tal obra, debe dar bola, timo temo, saca al autor robado, mal***

***A pesar de todo, la desestimación no me ha desmotivado para intentarlo de nuevo con “Claves para elaborar criptogramas”; no he talado el árbol de la ilusión, al contrario, lo he abonado.***

***Palíndromo 2 (al agente editorial):***

*Ni famosa es la ruta ni me dejé árbol atrás, atara para tasar tal obra,  
eje de mi natural “se asoma fin”*

Alejandra estaba con Julieta (la vecinita de diez años para la que trabajaba de canguro) en el pequeño habitáculo trasero de la planta superior del “Aula Veranos”, donde solía encerrarse para intensificar su concentración. Tenía que terminar el “Cuaderno de Pasatiempos Extra” de enero antes de que su editor perdiera la paciencia. “No me hagas coger nervios”, solía decirle él cuando se retrasaba.

Ya eran las ocho de la noche. Alejandra introdujo la mano derecha por el escote de su top y extrajo la cadena que rodeaba su cuello, de la que colgaba su amuleto de placer bucal. Se trataba de una pequeña piedra caliza, que conservaba desde niña, y que le proporcionaba mayor placer que un chute de heroína o que una fantasía sexual con orgasmo incorporado. La acercó a la boca y, con la lengua, lamió y saboreó la cal. Sus amistades solían decirle que era una manía suya, y que ya se le pasaría al desprenderse de la piedra. Alejandra sabía que no se trataba de eso, porque un tic nervioso (o algo similar) era una defensa del organismo para calmar (engañosamente) la ansiedad, pero no daba gustito.

— ¿Por qué estás temblando, Ale? —preguntó Julieta.

— Tengo frío.

Se levantó y cogió su capa de color mostaza, que descansaba en el respaldo de una silla de mimbre que hacía las veces de ropero (para albergar las prendas de “quita y pon” de los visitantes del “Aula Veranos”), ya que estaba bastante desvencijada y, además, cojeaba, por lo que, sentarse en ella, conllevaba un riesgo innecesario de accidente.

Ocho y quince minutos. A través de las ventanas se filtraba el tenue eco de la invasiva noche. ¿Por qué todavía su hermana no había venido a buscarla? Tendría que llamar a los padres de Julieta para que se encargaran de recogerla. Ella se quedaría esperando a Ivana.

***Palíndromo:***

*¡Eh! Conoce eco noche*

***Hospital Universitario de Canarias, La Laguna***

Susana despertó en la Sala de Urgencias del Hospital Universitario de Canarias. Se encontraba mareada y le dolía mucho la cabeza, lo que le impedía pensar con claridad. Estaba tumbada en una dura e incómoda



camilla, en un recinto muy estrecho, limitado por tres paredes y una cortina de color garbanzo. Trató de incorporarse, pero el martilleo dentro de su cráneo se lo impidió. El acné que salpicaba estratégicamente su rostro (que, curiosamente, lo hacía muy atractivo) le estaba picando, pero, para evitar que enrojeciera y se extendiera, no pensaba rascarse.

La realidad la asaltó en forma de fotogramas consecutivos: trabajo, alcohol, Guardia Civil y... ¡Una pesadilla! Se llegó a plantear si estaba soñando o si estaba muerta por atropello. Tras unos minutos de reflexión, comprendió que todo era real. Una enfermera abrió enérgicamente la cortina y, tras poner cara de sorpresa al verla despierta, le dirigió una explosiva sonrisa.

— Me alegro de que hayas despertado.

— ¿Cuánto tiempo llevo...?

La enfermera consultó un reloj blanco y barato que había en la pared (aspirando, sin éxito, a decorarla). Marcaba las once cincuenta.

— Pues... unas tres o cuatro horas. ¿Recuerdas el accidente?

— Sí —respondió Susana, muy a su pesar—. ¿Puedo marcharme?

— Te haremos una prueba toxicológica y te marcharás. Lo siento, pero la Guardia Civil la ha solicitado. Aunque tal vez tengas suerte y se olviden de ti, después de la que se ha liado en la autopista. Creo que lo único que tienes tú es un resacón de campeonato. ¿Has caído en la bebida o esto ha sido excepcional? —trató de bromear.

— No, hacía tiempo que lo había dejado gracias a “Alcohólicos Anónimos”, pero hoy he recaído —dijo Susana, también en broma, tratando de sonreír—. ¿Qué ocurrió? Me refiero al accidente.

— Bueno, han fallecido dos personas. Justo en la planta de arriba hay dos familias viviendo una tragedia.

— ¡Qué horror!

— ¿Tienes náuseas?

— No... Bueno, sí, un poco, pero lo controlo.

— Bien, mañana tendrás que regresar al hospital para que firmes la autorización de la analítica y contestes a un par de preguntas; estará la Guardia Civil. Será mejor que hables con ellos aquí, y no en el cuartelillo. Hoy están muy ocupados con el accidente.

— ¿Y si me niego a firmar? —preguntó Susana.

La enfermera la miró, divertida, con cara de complicidad.

— Yo que tú lo consultaría con un abogado. Si logras eludir la prueba de alcoholemia, no te retirarán el carnet —dijo, guiñando el ojo derecho.

— ¿Puedo irme ya?

— Descansa unos minutos mientras voy preparando el papeleo y te extraigo la sangre. Tu nombre completo es...

— Susana Mesa Serafín. Por cierto, ¿y mi coche?

— La Guardia Civil se ha encargado de él. Ya te lo devolverán, Susana Mesa Serafín.

— ¡Qué amables! —rió, recordando cómo un agente bailaba con la pandereta mientras el otro le hacía proposiciones indecentes.

***Palíndromo:***

*Se decae su anonadar, recaí, resaca seria cerrada, no náusea cedés*

*Océano Atlántico, LN 19° - LO 19°*

La bandera ucraniana del carguero *Lyaksandra* ondeaba orgullosa por el Atlántico, a su paso frente a la costa de Mauritania, a diecinueve grados de latitud norte y diecinueve grados de longitud oeste, a punto de atravesar las aguas que separaban el continente del archipiélago de Cabo Verde. El viejo (pero remodelado) barco pertenecía a una ONG internacional, la FWIB, siglas de “Food Without International Borders” (alimentos sin barreras internacionales). El fundamento de la FWIB consistía en que “la comida sobrante o la que alguna institución (o país), generosamente, quiera donar, no acabará en la basura si alguien puede impedirlo”. Y ese alguien era la FWIB. A grandes líneas, su labor consistía en transportar masivas cantidades de alimentos desde un “punto origen” hasta un “punto final”, haciendo escalas en “varios puntos receptores”, mediante unos compromisos que facilitaban al donante una salida cómoda y gratuita para sus excedentes y/o una recompensa espiritual a su dadivosidad; y al receptor le permitía la adquisición de productos a muy bajo precio. Así, la FWIB se financiaba (amén de varias ayudas públicas y privadas) básicamente de la venta de un producto que había comprado a precio cero. Receptor y donante (que podían formar parte de la propia ONG o no), además, solían contar con ayudas gubernamentales (en sus correspondientes países) gracias a la labor social que desempeñaban. El Gran Compromiso radicaba en asegurar cada línea comercial de forma indefinida, y siempre entre los mismos dos puntos concretos, y con las mismas escalas.

La específica misión del *Lyaksandra* consistía en llevar pescado congelado, desde Japón, para surtir a diferentes puntos de las zonas asiática y africana, terminando habitualmente su recorrido en las Azores, aunque, una de cada tres travesías, en lugar de virar al noroeste, cruzaba el estrecho de Gibraltar y se internaba en aguas mediterráneas hasta Cerdeña. A su vez,

en cada puerto de escala obtenía otros alimentos gratuitos para repartir a lo largo de su trayecto. A su paso por el Atlántico, el *Lyaksandra* recalaba en Canarias, proporcionando pescado congelado a varios centros benéficos y geriátricos de las islas. Así que, para la función que desempeñaba, el nombre del buque mercante le venía que ni pintado, pues ese nombre de mujer, de origen griego, significaba algo así como “defensa de la humanidad”.

En la zona de depósito provisional de mercadería, tumbados encima de un palé de madera hinchado por la humedad, Yaroslav y Kazimir fumaban sendos cigarrillos americanos de la cajetilla que Kazimir acababa de ganarle a un oficial en la matutina partida de póker. El bielorruso solía ganar un setenta por ciento de las partidas, y sus contrincantes lo achacaban a que era un magnífico jugador. Solo Yaroslav sabía la verdad: Kazimir era un magnífico tramposo; tan magnífico que se dejaba ganar un treinta por ciento de las veces, para disimular. Ambos llevaban una camiseta de asillas y unos pantalones de lona azul (los de Yaroslav tenían unos tirantes incorporados).

— ¿Te has puesto crema solar? —preguntó el ucraniano.

— No. Pásame la tuya, que no me queda.

— ¡Maldito gorrón...!

— ¿Gorrón? ¿Lo dices tú, que te estás fumando uno de mis cigarros?

— ¿“Tus” cigarros? Vamos juntos en esto. Tú ganas y yo no me chivo de las trampas que haces.

Kazimir se colocó la mano izquierda sobre la frente, a modo de visera, para defenderse del sol. Miró a un punto perdido del horizonte y disfrutó de las últimas caladas. Hacía unas cuantas horas que habían salido del Puerto de Santa Cruz de Tenerife. Esta vez no había sido el Puerto de la Luz; a veces descargaban en Gran Canaria y otras en Tenerife. Kazimir no entendía a qué se debía, pero suponía que era un acuerdo para que ambos puertos pudieran beneficiarse de las tasas de atraque. Lo más llamativo de aquella escala era que, no solo se había hecho a la ida, sino también a la vuelta, y era la primera vez que el *Lyaksandra* recalaba en Canarias en su pesado regreso hacia el cabo de Buena Esperanza.

A sus treinta y ocho años, Yaroslav estaba considerado como un auténtico maniaco entre la tripulación. De joven solía meterse en todas las peleas de su barrio, y había pasado una buena temporada en una prisión de Ucrania, donde le habían asestado tres puñaladas en la pierna izquierda. Había quedado cojo para toda la vida. Por eso lo llamaban “el maniaco cojo”.

— Pareces preocupado, Kazimir. Llevas unos días... Demasiado pensativo te veo, ¿qué te ocurre?

— Estaba pensando en Donatello.

— ¿El chico italiano? —preguntó Yaroslav.

— A veces pienso mucho en él, quiero olvidarme, pero no lo consigo. ¿Tú no tienes miedo, Yaroslav? ¡Podríamos estar contaminados o acabar como pasto de los tiburones!

— ¿Vas a empezar otra vez con tus paranoias? ¡Podríamos, podríamos...! También podríamos cumplir con nuestro trabajo y seguir adelante. Olvídate de esos chismes que has escuchado e intenta concentrarte en tus tareas. Tu vida es maravillosamente simple, así que no la compliques.

— ¿Prefieres que mire hacia otro lado, como tú? Esos dos científicos miden frecuentemente los niveles de radiactividad del barco, ¿para qué te crees que están aquí, si no? —Kazimir parecía cada vez más alterado.

— ¡Baja la voz! —sugirió enérgicamente el ucraniano.

— ¿Ves? Tú también temes que nos puedan oír. ¿Cómo te explicas que, a partir de mayo, la cantidad de pescado que cargamos en Japón se haya multiplicado por diez? ¿De repente ha aumentado el número de donantes o es que los anteriores se han vuelto diez veces más generosos? Cada vez que salimos de allí, tengo la sensación de que nos vamos a hundir por sobrepeso.

Yaroslav dirigió una mirada profunda a su compañero. Él también estaba preocupado, pero prefería disimular, pensar en otra cosa y seguir adelante. Kazimir tenía razón, no dejaba de resultar sospechoso que, tras la crisis nuclear de marzo, en Japón, había aumentado la salida de pescado a través del *Lyaksandra*. Los rumores decían que, en apenas cinco semanas, se había creado una red internacional de contrabando, cuyos tentáculos habían atrapado al carguero ucraniano o, tal vez, a toda la FWIB, para comerciar con alimentos contaminados de baja radiación.

— Mira, Yaroslav. Lo que Donatello averiguó desde su puesto, en la cocina, pone los pelos de punta. Él estaba muy cerca de los oficiales y lo oyó todo. Dicen que el pescado está bien, se puede comer, pero el nivel de radiactividad roza el umbral mínimo de tolerancia y, seguramente, no conseguiría los permisos de salida del país. Lo confiscarían y se perdería. Es más seguro sacarlo clandestinamente a través de una ONG, porque los controles sanitarios son ligeramente más flexibles, y todo esto hace que se venda más pescado. Así se lucra más esta jodida organización sin ánimo de lucro.

— Y así nos pagan más a nosotros, Kazimir. ¿De qué te quejas? ¡Nos pagan muy bien!

— Se trata de Donatello. En vez de ser discreto, empezó a hacer preguntas a la tripulación. Dicen que es probable que se cayese al mar, pero estoy seguro de que lo empujaron. ¿Qué es peor? ¿Preguntar tus dudas y que te lancen al agua, o guardar silencio, esperando a que te salgan ocho dedos más, un cuerno en la frente o un tumor cerebral, por las radiaciones? En mi

vida no he hecho más que recibir puñaladas, y ya estoy harto. Dime, ¿qué es peor?

— No lo sé, amigo —respondió Yaroslav, mientras saboreaba la última calada.

***Palíndromo:***

*Otra herida diré harto*

***Hospital Universitario de Canarias, La Laguna***

En la Administración del HUC, Susana terminó con el papeleo antes de la diez de la mañana del día siguiente al accidente. Finalmente, había decidido no firmar la autorización que daría valor legal al nivel de alcohol en sangre. Podrían retirarle el carnet de conducir, pero tendrían que pelearlo; ella no se los iba a entregar plastificado y en papel de regalo. Además, la Guardia Civil no se había personado a la hora indicada para interrogarla. La enfermera podría tener razón. Quizá se habían olvidado de ella, pues era un asunto menor comparado con el accidente mortal.

En los pasillos del hospital oyó decir que había fallecido un famoso rapero en un accidente de circulación. Pensó en el motorista, cuya vida se había apagado trágicamente ante ella de manera violenta. Quizá era un afamado cantante en pleno apogeo profesional. Entró en la cafetería y, tras pedir un café solo, se sentó en una de las pocas mesas libres. En una mesa contigua a la suya, una pareja charlaba tranquilamente, la chica dando la espalda a Susana y el chico de frente a ella, de forma que Susana se topaba con su rostro cada vez que la acompañante se movía un poco. En una de esas ocasiones, sus miradas se encontraron, y Susana no pudo menos que ruborizarse. Fue como si una indeseable flecha del cursi Cupido la hubiese alcanzado. Y, por su gesto, parecía que a él le ocurría algo similar. La muchacha que estaba a su lado se percató del interés de su “amigo” y, sin disimulo, giró la cara ciento ochenta grados, mirando directamente a Susana durante un par de segundos. Con descaró, Susana le retuvo la mirada.

Él era un hombre muy atractivo, tal vez de unos treinta y cuatro años (un par de años más que Susana). Llevaba el pelo largo, sedoso, totalmente desestructurado y con un flequillo que le tapaba parcialmente las cejas. Se levantó y se dirigió a la barra para abonar la consumición, lo que permitió a Susana fijarse en su trasero. Siempre se fijaba en los traseros de los hombres, era una auténtica fanática. No era el más moldeado y duro que había visto, pero tampoco estaba mal. Vestía un moderno pantalón vaquero desgastado, una camiseta corta de algodón con cuello redondo y botones superiores, y

una chaqueta roja de cuadros. En los pies, unas botas marrones de cordones, desabrochados estos y con una de las lengüetas por fuera del vaquero.

De la chica que tenía delante, había un par de detalles que sugerían una fuerte personalidad, amén de la forma tan directa e insolente de mirarla: iba rapada casi al cero, con llamativos tatuajes en ambos brazos (pues llevaba una camisa corta, ya que la chaqueta descansaba en la silla) y abundantes pírsines (y aretes) distribuidos por las orejas, nariz, labios y cejas. Cuando el chico volvió, ella se levantó para marcharse con él.

Al pasar a su lado, él volvió a mirar de reojo a Susana, como temiendo despedirse para siempre. Ella volvió a mirarla con desvergüenza, atravesándola con los ojos, y, exhibiendo su cortísima minifalda y unas kilométricas medias fucsia que se perdían en la entrepierna, le habló.

— ¿Susana?

La joven llevaba la mano izquierda vendada, y su cara, aparte de los pírsines, estaba surcada de magulladuras y moratones.

— ¿Nos conocemos? —preguntó, perpleja.

— Pero... ¿no me recuerdas? ¡Soy Ivana!

— ¿Ivana? ¿Es posible? Estás... muy cambiada. La última vez que te vi tenías el pelo muy largo y...

— Y unos cinco kilos más. Ahora estoy demasiado delgada. ¡Pero han pasado más de diez años! Cuando venía a Canarias de vacaciones, solo estaba un par de días, para ver a mis padres, y luego me marchaba enseguida. Aunque ahora llevo viviendo aquí desde hace dos años. Sabes que me fui a estudiar a Sevilla, ¿verdad? Allí me casé y no regresé. Te presento a Raúl.

El hombre se acercó a Susana y le dio dos besos. Quedó embriagada por la fragancia de su perfume, con un ligero olor a madera de tea.

— ¿Es tu marido? Encantada. ¿Qué te ha pasado? Pareces herida —se interesó Susana.

— No, él... Es... muy triste. Ayer hemos tenido un accidente. Mi marido... ha muerto. —Una lágrima escapó de sus ojos, pero su mano la retiró, negándose a llorar—. Raúl es... Era su hermano.

— ¡Oh! ¡Lo siento! —Susana se llevó la mano derecha a la boca—. ¿Cómo ha sido?

— Íbamos por la autopista, hacia el norte, yo estaba dormida y Ricky conducía. A la altura de La Matanza me desperté, y vi que Ricky había perdido el conocimiento y el control del coche. Frené, pero colisionamos y nos llevamos por delante a un motorista, que también ha muerto.

— ¿Qué? ¡Yo he sido testigo del accidente! ¡Estaba en el arcén cuando vuestro coche vino hacia mí! —dijo Susana, muy sorprendida—. El BMW

tenía pinta de haber aguantado bien el impacto. ¿Cómo es que tu marido...? ¡A ti apenas te ha pasado nada! ¿No le funcionó el airbag?

— No tenemos ni idea —interrumpió Raúl, echándole una mano a su cuñada, a quien se le estaba formando un nudo en la garganta y casi no podía hablar—. De hecho, le están practicando la autopsia, porque tiene pinta de haber sufrido un infarto antes del accidente. ¿Qué hacías tú allí?

— Había bebido un par de copas para celebrar una oferta de trabajo en una peluquería, aunque hoy me han dado calabazas y le han dado el puesto a una pariente que les llegó de La Gomera. Pero ese es otro tema. Posiblemente me vieron hacer alguna maniobra rara y me paró la Guardia Civil en el carril de entrada a La Matanza. Los dos agentes estaban empeñados en hacerme la prueba de alcoholemia y retirarme el carnet. El accidente lo ha aplazado. ¡Ojalá estuviera sin carnet y no hubiera ocurrido esto!

— No se puede luchar contra el destino. No estoy muy seguro, pero... creo que hacerte la prueba en un carril de deceleración, y que solo sean dos los agentes, no es muy reglamentario. Tal vez tengas suerte y no te pase nada.

Raúl quería ser agradable con ella. Ella escuchaba sus sosegadas palabras y se sentía envuelta y protegida por su voz. Se miraron unos instantes, hechizados. Ivana los observó.

— No has cambiado nada, eres igual que cuando estábamos estudiando. ¡Susana Mesa Serafín! Se sentó a mi lado todo el bachillerato —dijo Ivana, dirigiéndose a Raúl.

— Algo habré envejecido. ¿Sabes por qué me has reconocido tan rápido? Por los granitos de la cara. Esos sí que no han desaparecido.

— ¿Granitos? ¡Pero si parecen pecas! —dijo el complaciente Raúl.

— Susana siempre tuvo la cara salpicada de acné, pero tan ligero y sugestivo que creo que, sin él, no sería tan atractiva.

A sus treinta y dos años, Susana vestía como en su época de estudiante, con vaqueros, camisetas y zapatillas deportivas. Solo iba variando el estilo de las chaquetas y cazadoras, tratando de adecuarlas a la moda imperante, pero mostraba una clara preferencia por las chaquetas vaqueras y las rebecas de punto. Su cabello, lacio, le caía sobre los hombros, y su cara, algo redondeada, resultaba compensada por el extraño acné y por una sonrisa estable. Vivía sola en un piso alquilado, en el centro de Santa Cruz, y le costaba muchísimo llegar a fin de mes. No había ido a la universidad, aunque terminó los estudios de bachiller e hizo un módulo de Peluquería. En su vida laboral hizo algunas prácticas como peluquera, pero nunca tuvo opción de ejercer seriamente la profesión. Tras sus experiencias como cajera de supermercado, dependiente en dos farmacias y en una tienda de ropa, y camarera en una sombría taberna

(trabajos que turnaba con actividades de voluntariado en Cáritas Diocesanas y en la Cruz Roja), actualmente se dedicaba a trabajos domésticos (casi siempre en régimen de economía sumergida), bien fuera cuidando niños o limpiando casas. Mientras, esperaba constantemente una llamada del INEM que pudiese colocarla en algo mejor remunerado, como aquella ilusionante (y, luego, decepcionante) peluquería.

— Dices que te casaste en Sevilla con su hermano —dijo Susana, señalando a Raúl—. Pero Raúl tiene acento canario. ¿No son sevillanos?

— No, somos de Lanzarote —se adelantó él—. Ricky también se fue a estudiar a Sevilla, y allí se conocieron, se casaron y se fueron a vivir a Motril. Regresaron en 2010 y crearon ese ruidoso grupo de rap.

— ¿Grupo de rap? ¿De qué hablas?

— ¿No lo sabes? Tu amiga y mi hermano son un referente actual en el rap canario. Desde que fundaron el grupo, han subido como la espuma. ¿No habías oído hablar de Ricky Roque ni de *Ajos y Soja*? Ya han grabado un disco, y los contratan asiduamente para diversas actuaciones.

— Ahora ya no va a ser lo mismo. Tendré que rehacer mi vida y empezar de nuevo. ¿Podemos comer juntas, Susana? ¡Quiero que me cuentes qué has hecho en todos estos años!

Camaleónica como su look, Ivana parecía haberse repuesto del shock. Ahora se atrevía, incluso, a sonreír. Su marido yacía en la cama de autopsias y, ella, ya estaba pensando en rehacer su vida. ¡Qué envidia le generaba a Susana esa capacidad para volver a levantarse!

***Palíndromo:***

*Agita freno, parece rapero, llora, parece reponer fatiga*

**UNO a la ONU**



### *Barrio pesquero de San Andrés, Santa Cruz de Tenerife*

Los tres estaban comiendo en una pequeña mesa situada en la propia cocina. Habían decidido, finalmente, almorzar en casa de Raúl, porque Ivana no quería enfrentarse aún a los dolorosos recuerdos que impregnaban su hogar. Hasta el día siguiente no les informarían sobre los resultados de la autopsia, así que la joven viuda quería olvidarse de todo lo relacionado con Ricky Roque. El suyo no había sido un matrimonio común. Se habían casado porque sabían que estarían siempre juntos y, a efectos contractuales, era lo más inteligente. Pero su relación no era convencional, no se basaba en una hipócrita atadura de fidelidad ni en una infantil tortura de celos. Se basaba en la libertad e independencia extrema. Por eso sabían que duraría siempre.

Habitualmente, ambos habían mantenido frecuentes relaciones sexuales con terceras personas, sin limitación de sexo ni de número de participantes. A veces hacían tríos u orgías con otra gente, pero, casi siempre, cada uno se lo montaba por separado, cuando le apetecía y tenía ocasión. Al principio se contaban sus experiencias extramatrimoniales, y eso los excitaba, pero, con el tiempo, apenas se referían a dichas relaciones, porque encontraban el tema cada vez más aburrido. Ricky Roque e Ivana habían sido como dos compañeros de piso con derecho a sexo.

Ivana relató brevemente (a Susana) que ambos habían estudiado Bellas Artes, en Sevilla. En la Facultad había trabajado como becaria, lo que le había permitido pagarse una buena parte de los estudios sin tener que depender de sus padres. Tras casarse, se fueron a vivir a Motril, municipio granadino donde consiguieron trabajo en la Conservación del Patrimonio Industrial y Tecnológico. En concreto, pertenecían a un equipo encargado de la rehabilitación, gestión y mantenimiento de las fábricas de azúcar de la ciudad, así como de su reconversión en museos, salones de celebraciones y eventos, etcétera. El trabajo se lo habían ofrecido a ella, gracias a los contactos de uno de los profesores de Historia del Arte con quien colaboraba como becaria. Seguramente el profesor le había conseguido el empleo en correspondencia a la gratitud sexual que Ivana le dispensaba por haberle conseguido la beca. Una vez instalados en Motril, enseguida Ivana logró que contrataran también a Ricky Roque. Para desgracia de Susana, apenas hablaron de Raúl; lo único que pilló fue que era bahá'í, aunque no estaba muy segura de lo que eso significaba.

Susana recordaba a su amiga (del instituto) como una chica muy divertida, pero solitaria. Siempre alegre pero metida en su mundo, como si sus neuronas la necesitasen para realizarse. Y ahora le parecía que lo habían conseguido. No solo las neuronas, toda ella parecía realizada.

— Creo que me voy a casa a descansar un rato. No sé si seré capaz de aguantar la ceremonia fúnebre. ¡Odio estas cosas, y Ricky también las odiaba! —se quejó Ivana.

Aunque en el fondo quería estar acompañada, Ivana era muy perceptiva, y no se le escapó ninguna de las tímidas y mal disimuladas miradas que se cruzaban Susana y Raúl. Ella no era una persona egoísta, así que había decidido dejarlos solos para darles una oportunidad. Miró dulcemente a Susana, de nuevo con desparpajo, y esta se turbó y bajó la vista. Cuando eran jóvenes, Ivana era la mejor amiga de Susana, pero esta solía pasar momentos muy incómodos a su lado, ya que Ivana la miraba diferente, como si la deseara, y ella no tenía esos sentimientos hacia su amiga. Pero nunca se le declaró, por lo que era probable que fuesen figuraciones suyas. Al fin y al cabo, Ivana era de las que no se cortaba si tenía que plantear algo: lo decía y ya está.

La rapera se acercó a ella y, suavemente, le pasó los dedos por los granos de la cara, como solía hacerlo hacía ya más de diez años. Luego le dio un beso y se despidió.

— Quiero que retomemos nuestra amistad. El destino nos ha unido en la fatalidad, así que tenemos que superar este trance juntas —dijo Ivana, sonriendo.

— No entiendo cómo puedes hacer estas bromas, con lo que estamos pasando —recriminó Raúl, incómodo por la frescura en el tono de la rapera.

Cogió la chaqueta del sofá, se la puso y los miró directamente a los dos, atravesándolos. Luego sonrió y salió, convencida de que, decididamente, hacían una buena pareja.

### ***Palíndromo:***

*Encara ese día —habla Ivana—, vi al bahai desear acné*

\*\*

Antes de marcharse Ivana, Susana no podía imaginar el vacío que iba a incomodar el ambiente. La calva rapera era el único vínculo que justificaba la cercanía entre Raúl y ella. El incierto silencio reveló que ambos eran un poco tímidos para dar el primer paso; por lo menos, la soltura de Ivana los hacía, ahora, quedar como dos seres insignificantes. El frío de enero no contribuía, precisamente, a caldear el ambiente. Susana decidió arriesgarse, sacando jugo de la propia incertidumbre que los envolvía.

— Creo que Ivana era la que llevaba toda la conversación durante el almuerzo. Nos ha dejado sin palabras.

— Sí, es como la intersección de dos sucesos. En Matemáticas, si no hay intersección, quedarían dos sucesos incompatibles o mutuamente excluyentes —apuntó Raúl, esforzándose por armar una conversación.

— ¿Quieres decir que, sin ella, tú y yo somos incompatibles? — Enseguida Susana se dio cuenta de que le había salido, sin querer, una frase un poco atrevida, pero se sentía cómoda en este juego y no estaba dispuesta a dar marcha atrás. No entendía por qué estaba tan lanzada con un hombre desconocido, ya que ella no solía ser así.

— ¡Espero que no! —contestó él, sonriendo. Acto seguido se levantó y se puso a recoger la mesa. Susana lo imitó, echándole una mano.

— ¿A qué te dedicas, Raúl?

Raúl la observó detenidamente. Tal como había dicho Ivana, tenía un rostro extrañamente atractivo; tal vez fuese la pícara sonrisa, que no desaparecía nunca, tal vez las falsas pecas. La pregunta que le estaba haciendo era una indagación superficial en su intimidad. Sabía que así se fraguaba una relación, rascando primero el envoltorio y rastreando cada vez más adentro.

— Trabajo en la Caixa. Hace ya ocho años, después de acabar la licenciatura en Económicas. Al principio trabajé en una sucursal de Lanzarote, donde vivía, pero, desde hace cinco, pedí traslado a Tenerife. Estoy en Candelaria. Y en medio de todo esto, hace tres años pedí una excedencia, me fui a Nueva York y estuve un año colaborando con la Oficina de la Comunidad Internacional Bahá'í en la ONU.

— ¿En la ONU?

— Lo que oyes. Los bahá'í llevamos décadas colaborando con Naciones Unidas en diferentes ámbitos. Gracias a mis estudios, estuve colaborando con el grupo que participa en las sesiones de la Comisión del Desarrollo Sostenible. Pero, como te decía, tenemos estatus consultivo y cooperamos en asuntos tales como Derechos Humanos, Desarrollo Social... Hemos trabajado con la UNESCO, UNICEF y la OMS.

— Eso suena grandioso, Raúl. No sabes cómo te envidio.

Sentados en sillones individuales, Raúl se interesó por su vida y Susana le relató su difícil situación económica y laboral. La crisis no hacía sino entorpecer cualquier aspiración, y las oportunidades eran escasas. En la actualidad limpiaba tres veces por semana en la casa de una abogada, pero el sueldo, en negro, era todo un símbolo del abuso de los empleadores en tiempos difíciles. Curiosamente, la abogada llevaba la defensa de varios casos de denuncias de empleadas domésticas por sus condiciones laborales. En más de una ocasión, Susana había tenido la tentación de pedirle que la defendiera a ella de sus garras, pero sabía que una paradoja equivalía a un despido.

— ¿Qué significa exactamente ser bahá'í? ¿Es una secta, una religión o un grupo de fanáticos obsesionados con el avistamiento de ovnis?

— Bueno, yo tampoco soy un fundamentalista. Por ejemplo, no debería beber alcohol, pero de vez en cuando lo hago. Debería tener el pelo corto, pero, ya ves, soy un auténtico provocador. Lo que sí trato de llevar a rajatabla son unos preceptivos días de ayuno, en marzo.

— ¿En qué crees?

— La base del bahaísmo es muy simple. La idea es que Dios se nos va manifestando a cuentagotas a medida que nosotros evolucionamos y comprendemos su proyecto. Por eso, cada religión constituye un ciclo o trayecto en ese devenir. Eso implica que defendemos la unificación de las religiones.

— Supongo que también tendréis vuestro porcentaje de intolerancia, como todas las religiones —apuntó Susana.

— Te mentiría si lo negara, pero, por ejemplo, defendemos la igualdad entre el hombre y la mujer, y fomentamos los matrimonios interraciales.

— ¿Entre el hombre y la mujer? Cuando digas “la igualdad entre la mujer y el hombre” creeré que la defiendes —atacó.

— Y tú... ¿nunca creíste en nada?

— Pues... sí; cuando era pequeña, era católica, o eso creo. Mis padres me llevaban a misa todos los sábados, pero, a decir verdad, los mensajes que escuchaba me parecían, unas veces, encriptados, otras contradictorios, y otras infantiloides, como dirigidos a retrasados. Pero, sobre todo, crueles e intimidatorios.

— ¡Vaya! Eso suena a que no han sabido vender muy bien su producto.

— Tal vez el producto sea insustancial y etéreo, y por eso lo ocultan tras una cortina de humo. A veces, ni siquiera distinguía las letras de muchas canciones de iglesia, pero yo las cantaba con orgullo, imitando a los demás.

— Pero la religión no debería ser mimética... Tienes que creer por ti misma, no por imitación.

— Por ejemplo, cantábamos un salmo que decía: “*Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, Ten piedad de nosotros*”. Pues bien, al final del salmo había un mensaje de paz, pero, por la propia entonación de la canción, yo deformaba la letra, porque no la comprendía. Y, aunque no sabía lo que significaba, cantaba eufórica, a pleno pulmón: “*Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo, Danos ‘lapas’*”. Durante muchos años me estuve preguntando por qué teníamos que pedirle lapas a un cordero.

Permanecieron un rato en silencio, mirándose, cada uno tratando de asumir y encajar en sus expectativas e ilusiones las palabras del otro. Raúl rompió el silencio, dando un paso más.

— ¿Te has enamorado alguna vez?

— Nunca. ¡Espera un momento!

Se levantó del sillón y rebuscó dentro de su bolso, sacando un aparatoso manojito de llaves de juguete. Se las había regalado su tío Jorge cuando era muy pequeña. Eran doce llaves, cada una de un color diferente, colores intensos y llamativos, infantiles. Todas tenían una letra “C” dentro de un corazón, en relieve. Luego se acercó a él, tintineándolas.

— ¿Eso qué significa? —preguntó, intrigado.

— Es una metáfora. Una de estas llaves abre mi corazón, pero, hasta ahora, nadie ha sabido identificar cuál es la llave correcta. Todo aquel que ha intentado acceder no ha podido hacer que gire. Bueno, en un par de ocasiones lograron entrar, pero el giro de la llave no hizo el mágico rugido metálico de apertura, así que ya sabía que no funcionaría, porque no era la llave auténtica, era una copia defectuosa.

— ¿Se podría decir que estamos rezando? —preguntó Raúl.

— No, estamos abriendo nuestros corazones.

— Entonces... ¿he dado con la llave adecuada para abrir el tuyo?

— Habrá que esperar un tiempo para saberlo —contestó ella.

— Espero que, en marzo, cuando me veas ayunar, lo respetes.

— ¿Crees que seré testigo?

— Quiero que estés a mi lado en marzo. Y el resto de mi vida.

### ***Palíndromo:***

*Oren en ese valle de llaves en enero*

### ***Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife***

— ¿Por qué te empeñas en acompañarme a comisaría? No lo entiendo, Susana. Raúl podía haberlo hecho, o podría venir yo sola —dijo Ivana, sorprendida, mientras entraban en la sede del Cuerpo Nacional de Policía de Santa Cruz de Tenerife.

— Es una sorpresa, ya lo verás. Además, Raúl está encargándose del papeleo correspondiente a los servicios funerarios. Tú dijiste que pasabas de esas cosas, así que alguien tenía que hacerlo.

Tras recibir indicaciones de un ordenanza, accedieron por un largo y estrecho pasillo de oficinas, doblaron a la derecha y entraron en la segunda puerta que encontraron. Y allí, de pie, en la “Comisaría de Distrito Tenerife

Norte”, imponente como un “transformer”, estaba él, escrutándoles, incluso, los pensamientos: Jorge Nara.

Ivana se estremeció, y su corazón empezó a palpar con más angustia que la soportada por la muerte de su marido. “¡Dios mío! ¿Qué hace él aquí?”. Por la casi imperceptible mueca de su boca, sabía que él se había percatado de su sobresalto y que lo estaba saboreando. Odiaba a Jorge, odiaba a Susana por no haberla prevenido, odiaba su suerte, su vida.

— ¡Hola, tío! —gritó Susana, cariñosamente, colgándose del fornido cuello mientras le daba dos besos—. ¿Te acuerdas de él, Ivana? ¡Es tío Jorge!

Hermano de su madre, su verdadero nombre era Jorge Serafín López. El apelativo “Nara” era un apodo familiar de solo una generación de distancia. Su padre (abuelo de Susana), toledano, que había sido concejal en el Ayuntamiento de Toledo, participó activamente (en septiembre del setenta y dos) en el protocolo de hermanamiento entre Toledo y la ciudad nipona de Nara. *Alberto Nara* llamaban a su padre, *Jorge Nara* heredó él. Cuando Susana era pequeña, su tío frecuentaba mucho su casa y solía sacarla de paseo al parque, al cine, a la plaza con los patines o con la bici... Muchas tardes, cuando Susana jugaba en la plaza con sus amigas, aparecía Jorge Nara con un enorme paquete de caramelos o una descomunal bandeja de dulces, para todas. Como Ivana era la mejor amiga de Susana y siempre estaban juntas, ellas dos eran las que más se beneficiaban de la generosidad de Jorge. También solía echarles una mano con las tareas escolares. En aquella época, él era policía municipal en La Laguna. Susana pensaba que su tío hacía más por ella que sus propios padres, y es que estos, empleados ambos en unos almacenes, tenían un horario laboral infernal.

Con el paso de los años, Jorge se fue distanciando, tal vez porque la niña ya no lo necesitaba para que la sacaran de paseo, tal vez porque sus ascensos laborales le robaron tiempo libre. Aun así, siempre estaba cuando Susana o sus padres lo necesitaban. Estando en el Cuerpo Nacional de Policía, fue trasladado al sur de la península cuando Susana tenía unos dieciocho o diecinueve años. Desde entonces no había vuelto a verlo, hasta hoy.

Apenas llevaba una semana incorporado a su nuevo destino, que había solicitado y conseguido en Santa Cruz de Tenerife. Susana y él habían hablado por teléfono, pero aún no se habían visto. El día anterior, tras despedirse de Raúl, ella lo llamó para pedirle asesoramiento sobre su incidente con la Guardia Civil y, de paso, le relató su reencuentro con Ivana. No había pasado ni media hora cuando Jorge le devolvió la llamada y le pidió que fuera a primera hora (al día siguiente) a verlo a su despacho, con Ivana, porque quería ocuparse personalmente del “caso”, y tenía que comunicarle a la viuda los resultados de la autopsia. Susana no comprendía de qué caso hablaba ni por qué un inspector de policía se interesaba por un

accidente propiciado por un infarto del conductor. Jorge le dijo que por la mañana lo entendería.

A sus cuarenta y nueve años, Jorge Nara lucía un rostro estropeado, surcado por más arrugas que las acordes a su edad, que intentaba compensar con un poblado bigote bien recortado y cuidado, pero consiguiendo el efecto contrario. Era un rostro extremadamente repulsivo para Ivana y neutro para Susana.

— Hola, Ivana.

— Hola —respondió ella, manteniéndole la mirada.

— Esa indumentaria tan provocativa... ¿Qué has hecho con tu cuerpo? La última vez que te vi parecías una mujer de verdad.

— Hace dos años que cambié. Ahora soy otra persona, totalmente diferente. Te aseguro que no tengo nada que ver con la Ivana del pasado. ¡Nada!

— Me parece bien. Quería hablar contigo para comunicarte que yo soy el que va a dirigir esta investigación. Supongo que...

En ese instante entró en el despacho un individuo achaparrado, vestido con un traje muy anticuado y portando una sucia corbata de cuadros muy mal colocada. A pesar de lo bajito y regordete, tenía un cierto aire de arrogancia, con el mentón forzado hacia el firmamento obligando la cabeza hacia atrás.

— Os presento a mi compañero, el subinspector Marcelo Girard, aunque aquí todos lo llamamos Monsieur Trapus. Su padre es francés; él no, por eso tiene un gran sentido del humor y no se enfada si lo llamamos así. “Trapus” es una palabra francesa que significa corpulento.

— Rechoncho, más bien —ironizó Trapus, riéndose de sí mismo. Acto seguido tendió la mano (educadamente) a las dos mujeres. Tenía un fuerte acento francés, ya que, aunque había nacido en España, había vivido en Francia durante mucho tiempo.

Por lo visto, Jorge Nara no tenía reparo alguno a la hora de ridiculizar a sus compañeros en público, y esto incomodó a Susana. Se propuso recriminarlo cuando estuviesen a solas, porque, si lo hacía ahora, se pondría a su altura. También estaba asombrada por la insolencia de su tío hacia Ivana, a quien no veía desde que era casi una niña. Pero la arrolladora personalidad de la joven viuda lo había puesto en su sitio.

— ¿Qué quieres decir con “dirigir la investigación”? —preguntó Ivana, perpleja.

— Pues... Para eso te he hecho venir. Verás... Tu marido murió antes del accidente, pero no de un infarto. Murió... envenenado.

— ¿Cómo?

Trapus hizo un fallido esfuerzo por bajar la cabeza, en señal de respeto al dolor de Ivana. Lo único que consiguió hacer caer fueron sus párpados. Jorge Nara concedió unos segundos para que ambas asimilaran la noticia, especialmente Ivana.

— ¿De qué estás hablando, tío? ¿Envenenado?

Hablando de venenos, Susana no se percató de la punzante mirada que Ivana descargó sobre Jorge. La viuda sabía que él estaba disfrutando como un enano; solo ella era capaz de captar su leve mueca, medio oculta por el bigote. Por su parte, Jorge sabía que Ivana le estaba leyendo el pensamiento, y eso le produjo un amago de erección. Para poderse contener, tuvo que ponerse rápidamente el mono profesional.

— Es un veneno muy extraño. ¿Habéis oído hablar del pez globo? ¿Del fugu?

— Sí, creo que hay un pez que se llama así —reconoció Susana.

— ¿Qué hay que investigar? Si lo que estás insinuando es que mi marido murió por una intoxicación de pescado, me imagino que será algo fortuito y, en todo caso, mala suerte —apuntó Ivana.

— Eso es lo que pretendemos averiguar. Y te prometo que lo haré. — La amenaza, escondida bajo la promesa, la hizo en primera del singular.

— Bien, tío. Será mejor que nos vayamos. Ivana tiene que prepararse para el funeral.

— Nos veremos allí —respondió él.

— ¿Piensas estar presente en el funeral de mi marido? —preguntó Ivana, nerviosa y con cara de odio.

— Es mi obligación. Tengo que conocer a todas sus amistades —sentenció Jorge.

— ¡Me voy! ¿Vienes conmigo o te quedas, Susana?

— ¿Me permite que las acompañe yo a la salida, inspector? —preguntó Trapus.

Mientras abandonaban el edificio, Ivana y Susana concluyeron que, lo que quería Trapus, era presumir y pasearse por todo el recinto con compañía femenina. Era un auténtico libro abierto, mostrándoles durante todo el camino, sin ningún pudor, un marcado rasgo de su personalidad. Cada vez que se cruzaba con algún policía, los tendones que tensaban su mentón se inflamaban, y él preguntaba cualquier trivialidad a las chicas, como pavoneándose de su suerte.

Pero lo más insólito era su actitud con las compañeras (mujeres) de trabajo. Se dirigió a cuatro o cinco, con las que se iba encontrando, y las obsequiaba con frases del estilo de “¡Adiós, tía buena!”. “¿Cuándo nos ponemos con lo nuestro, cariño?”. “¡A ver cuándo me enseñas lo que hay



debajo de ese uniforme, rubia!”. “¿Te vendrías conmigo a un balneario?”. A todas les clavaba la mirada, girándose si hacía falta, hasta que desaparecían de su vista, ante la estupefacción de Susana e Ivana, que no daban crédito. Susana percibió que Ivana estuvo a punto de decirle algo, abriendo la boca, pero se lo pensó mejor y se lo guardó. Al fin y al cabo, no era asunto suyo, y la mayoría de las “obsequiadas”, incomprensiblemente para ellas, se lo tomaban bien y se reían; alguna forzaba una sonrisa irónica, pero ninguna le paró los pies. Era como si, en el fondo, sintieran lástima por Trapus.

Salvo por la falta de cortesía hacia sus acompañantes, el anacrónico Trapus no era nada original. Era el típico “piropero” trasnochado que va diciendo sandeces a todas sus compañeras de trabajo, como si ellas fuesen maniqués que algún escapatista ha preparado y decorado para su deleite personal. El grado de elaboración del piropo (o sea, su grado de inspiración) era directamente proporcional a los atributos físicos de la mujer.

Desde la ventana de su despacho, Jorge Nara observaba, pensativo, a las dos mujeres, alejándose de allí. Con sus aros, su pelo rapado, su minifalda y su pintalabios fucsia chillón, Ivana parecía una auténtica zorra. Pero, viéndola de espaldas, su delirante culo seguía siendo el mismo que tanto lo descontrolaba.

***Palíndromo:***

*Para ser prosaico, Susana vino con Ivana, su socia sorpresa “rap”*

## A DOS para la rapsoda

***Villa de Candelaria***

Raúl Roque estaba tenso e incómodo. Había insistido en depositar las cenizas de su hermano en un nicho familiar, en Lanzarote, pero, finalmente, Ivana se había salido con la suya gracias a que Ricky Roque había dejado constancia escrita de su voluntad al respecto. Junto a él, Susana contemplaba, anonadada, lo surrealista de la situación.

Se habían desplazado hasta la basílica de la Villa Mariana de Candelaria, lugar de peregrinación y culto a la patrona de Canarias: la Virgen de Candelaria. El templo, continuamente abierto a devotos, peregrinos y turistas, se había visto invadido, en un par de minutos, por una comitiva formada por unas quince o veinte personas, con atuendos totalmente extravagantes a ojos de los extranjeros y feligreses que allí rezaban. Portando la urna cineraria, encabezaban el cortejo la viuda (calva, en minifalda y top), un negro con una gigantesca cadena por collar, y un barbudo y tatuado obeso con ropa militar de faena. El individuo de color llevaba una gorra negra de punto, exactamente igual que la de Ivana, con un deslumbrante dibujo amarillo formando una cabeza de ajos y unos granos de soja. El otro tenía puesta una gorra verde con visera, una camisilla (que le permitía exhibir una cantidad descomunal de pelo) y pantalones de camuflaje. Susana se fijó en una joven, algo apartada, acompañada por el que parecía ser su novio (este vestido con uniforme de cartero), cuya cara le sonaba vagamente, pero no era capaz de ubicarla. Estaba claro: el séquito era el grupo de rap de Ricky e Ivana, posiblemente aumentado por algún seguidor incondicional y algún familiar eventual.

Hablándole al oído, Raúl le contó a Susana que sus padres, escandalizados por el acto sacrílego que iban a cometer con los restos de su hijo, no habían tenido estómago para venir desde Lanzarote.

Susana se fijó en una esquina de la iglesia desde donde Jorge Nara, intentando no llamar mucho la atención, observaba con todo detalle. Por su rostro, era evidente que su tío estaba igual de atónito que ella. Sin saber por qué, recordó aquel safari al que la llevó su tío, cuando era una niña de apenas siete añitos. En aquella época, Susana estaba muy apenada porque sus periquitos habían muerto, pero el safari le devolvió la alegría. Jorge Nara siempre supo equilibrarle la niñez, compensando, de una manera o de otra, los momentos de tristeza.

De repente, a ritmo de rap, Ivana, el Oso peludo y el Negro, se pusieron a cantar a todo pulmón la canción “*Los okupas de la Virgen*”, la misma que interpretaba Ricky en todas sus actuaciones como una especie de himno.

— ¡Me cago en...! —expresó Jorge Nara, poniéndose rígido y alerta, mientras sonaba la letanía.

*Necesito un templo para que escuches mi palique*

*No me importaría ser mujer, una okupa canaria*

*Mío será el trono de la Virgen de Candelaria*

*Espero que invadiéndolo me santifique*

Acompañando al trío de voces, cinco o seis miembros del grupo percutían al compás los bancos de la iglesia. Jorge Nara patinaba en la

indecisión, sin saber si acercarse y poner punto final a aquella profanación del templo. Los turistas no paraban de hacer fotografías del espectáculo; los feligreses no sabían si se trataba de una actuación previamente concertada por la dirección de la basílica. En décimas de segundo y en medio del desconcierto, el trío de raperos se abalanzó sobre la urna funeraria y, a puñados, comenzaron a esparcir todas las cenizas de Ricky Roque sobre la imagen de la Virgen de Candelaria y su trono. También echaron parte de los restos sobre el altar mayor. Una buena multa les iba a costar, con eso ya contaban, pero no les importaba. Era la voluntad de su solista.

— ¡Jooo....der! —gritó Jorge Nara, corriendo hacia la zona del conflicto, dispuesto a acabar con el sacrilegio.

— ¡Tengo que largarme ya! ¡Aquí me conocen, y esto podría costarme el puesto de trabajo! —le susurró Raúl a Susana. La oficina bancaria donde trabajaba el bahá'í estaba en el municipio de Candelaria. Susana lo apremió con un gesto para que se marchara, pero ella quiso quedarse hasta el final. No quería perderse semejante tragicomedia.

Unos cuantos miembros de la procesión cerraron (y frenaron) estratégicamente el paso a Jorge Nara; se notaba que habían previsto y ensayado esta posibilidad. Cuando el inspector, por fin, llegó a la cabeza dirigente, estos ya se dirigían hacia la salida de la basílica. La rapada, antaño becario en la Universidad de Sevilla, le dirigió una intencionada mirada de triunfo.

En el exterior del templo encendieron un radiocasete y se pusieron a bailar *breakdance* con gran destreza. Susana veía, boquiabierta, cómo Ivana y sus colegas giraban la cabeza en el durísimo suelo de la plaza, con las piernas extendidas al cielo. La muchacha joven (en la que se había fijado en el interior del templo) reía, alborozada, mientras tocaba las palmas. Su novio permanecía al margen, oculto tras ella. Entonces Susana creyó reconocerla. “¿No es esa la pequeña Ale?”.

La urna de las cenizas había sido abandonada a su suerte en una esquina, junto a la fuente de la entrada. Había cumplido su función: el contenido se había depositado donde correspondía; el envase, ¿a quién le importaba?

En cuanto a Raúl, se había marchado corriendo, sonrojado. Sus padres habían preferido sonrojarse en Lanzarote, no habían sido capaces de soportar en vivo la irreverencia.

### ***Palíndromo:***

*Acaso mejor nos sonrojemos acá*

*Aula Veranos, Taco*

Jorge Nara y Susana aparcaron delante del enorme caserón antiguo de dos plantas que se erigía, orgulloso, en medio de una zona descampada del barrio de Taco. La alegre pintura exterior, en intensos colores verde oscuro y teja, junto con la arquitectura de la casona, apuntaban a que se trataba de una construcción bastante antigua y que había estado muy deteriorada, pero que, ahora, había sido objeto de una completa y profunda remodelación. Sin duda se había revaluado gracias al grupo de rap. Sobre la puerta de entrada saludaba un atractivo cartel fucsia con alegre tipografía, donde se podía leer “C.O.L. Aula Veranos”.

Jorge se había mostrado inflexible con Ivana. Tenía que entrevistarse con todos los integrantes del grupo *Ajos y Soja*, empezando por los cabecillas. Para reducir tensiones, Ivana había hablado con su amiga para que convenciera a su tío de que le permitiera acompañarlo. Al principio él se opuso enérgicamente, pero la seductora insistencia de su sobrina triunfó, y ella sustituyó a Trapus en el asiento de copiloto de Jorge.

El Centro de Ocio y Ludología (C.O.L.) “Aula Veranos” era un lugar que resultaba bastante acogedor. No así sus dos creadores y gestores (el rapero de color y el gordo de mucho vello), quienes, junto a Ivana, permanecían sentados, sin invitar al inspector a imitarlos. Susana, prudentemente, se quedó en pie tras su tío.

— ¿Y bien? —preguntó Ivana, muy seria, tensando el ambiente.

— Tengo entendido que, tras la muerte del señor Roque, vosotros tres sois los líderes de *Ajos y Soja*. ¿Cuál es su nombre, señor? —preguntó Jorge.

— Soy Rolando García Pulido, pero todos me llaman “Oso Coronel”. “Oso” por mi vello corporal, “coronel” por mi ropa de faena. Le agradecería que se dirigiera a mí en estos términos —dijo el tipo obeso con cierta sorna.

— Y yo le agradecería seriedad ante las preguntas de un inspector de policía, señor García. ¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre?

Susana se removió, nerviosa, ante lo que acababa de oír. También se percató de que Ivana no se había sorprendido, tal vez porque no se había dado cuenta. Pero lo cierto era que Jorge Nara, tras tratar de “usted” a Oso Coronel y exigirle respeto, ahora tuteaba con claro gesto despectivo al muchacho negro.

Lejos de sentirse incómodo, el interrogado se levantó y se puso a cantar y bailar la respuesta, a ritmo de rap:

*Mi nombre completo es José Tomás Ropy*

*Si quieres, en vez de José, llámame Pe-pe-pe*

*Si quieres, en vez de Tomás, llámame Tom-Tom-Tom*

*Elige el nombre que te guste y quédate con él*

Mientras pronunciaba las sílabas *Pe-pe-pe* y *Tom-Tom-Tom*, al unísono, Oso Coronel acompañaba con sendos golpes (uno por sílaba) percutidos en un pequeño tambor.

Ante la burla, Jorge Nara perforó a José Tomás Ropy con sus ojos, llenos de odio, durante varios segundos. Luego habló, esbozando una sonrisa cruel.

— Según tengo entendido, tras la muerte del señor Roque, tú pasarás a ocupar su lugar como solista y líder del grupo. Eres el gran beneficiado de esta pantomima de bufones baratos. Muerto Ricky Roque, tú eres la estrella.

— ¿Qué insinúas, amigo? —respondió José Tomás.

— Yo no soy tu amigo.

— Tío, creo que, tal vez... —intervino Susana.

— ¡Calla, Susana! —gritó, a la vez que hacía un enérgico gesto de stop con la mano izquierda, a la voz que intentaba sugerir tras su espalda.

— Si soy el principal sospechoso —dijo José Tomás Ropy—, cuando me hagan la ficha policial, puede usted poner bajo la foto de mi perfil el nombre de Pepe. Y bajo la foto de frente escriba Tom. Así no tendrá que elegir nombre para dirigirse a mí.

— Nunca pensé que pudieras rodearte de semejante chusma, Ivana, pero tampoco me sorprende. Quiero los nombres y direcciones de todos y cada uno de los componentes de esta parodia musical, incluidos vosotros tres. Quiero saber dónde puedo localizar, cuando me plazca, a cada uno de vosotros. —La última frase la pronunció mirando intencionadamente a la rapera.

Jorge Nara se dirigió hacia la puerta. Cuando salía, sin siquiera mirarla, dio una orden a su sobrina.

— ¡Vámonos!

— No, tío, prefiero quedarme un rato —contestó ella, con timidez (por el respeto que le tenía a Jorge) pero incómoda.

— Yo en tu lugar me alejaría de los sospechosos de un crimen, sobre todo cuando estos dan respuestas evasivas.

Los cuatro se miraron, incrédulos. Al parecer, este tipo no funcionaba muy bien de la cabeza. Tenían entendido que Ricky había fallecido por intoxicación, pero el inspector sugería algo más serio y, por supuesto, inquietante. De momento, había ido hasta allí solo para meter miedo y dejar claro que volvería.

— Por cierto —continuó desde la puerta, mirando a José Tomás Ropy—. Ya he elegido mi nombre para ti. Te llamaré Negro José Ropy.

### **Palíndromo:**

*Avisa veneno, ponen evasiva*

\*\*

A pesar de la zozobra inoculada por Jorge, tras su marcha, la estancia era mayestática a ojos de Susana. Junto a todo tipo de servicios propios de una ludoteca, local social y guardería (juguetes, televisión, libros de todo tipo, instrumentos musicales, juegos de tablero...), a las tres de la tarde el entorno recibía un extra de belleza a través de dos grandes ventanales laterales: un oculto pero incuestionable sol de enero regalaba a la habitación principal un almibarado reflejo ocre, que podría ser la envidia de la fotografía de cualquier película de Hollywood. En un estante de mampostería, protegidas por unas puertas de cristal, descansaban cinco preciosas tinajas de la altura de un horno de cocina (las cinco de color arcilla pero con matices cromáticos diferentes), a las que la claridad de la tarde obsequiaba con reflejos ámbar brillantes. Al lado de las tinajas, un curioso vaso de cerámica mostraba, impresa, una preciosa fotografía de una puesta de sol en un abrupto paisaje rocoso, tras la imagen de dos grandes aves con las alas formando una especie de letra “N”. Junto a la gran sala (destinada a actividades infantiles y juveniles), en la planta baja había también un pequeño cuarto, en apariencia privado (como destinado a reuniones y a asuntos de oficina), otra habitación de lectura, un aseo, una pequeña cocina y un salón de juegos (con una enorme mesa de billar como centro neurálgico). En la planta alta del “COL Aula Veranos” era donde el grupo de rap *Ajos y Soja* ensayaba. Además, en un pequeño habitáculo, arriba, solía encerrarse Alejandra para perfeccionar sus estudios autodidácticos sobre la elaboración de pasatiempos de todo tipo.

El Centro de Ocio y Ludología era propiedad de dos socios: Negro José Ropy (Pepe, o Tom, para los amigos) y Oso Coronel. El local de ensayo era, pues, solo una parte del “Aula Veranos”. El COL debía su nombre a que, tras su inauguración, durante los tres primeros años, solo abría sus puertas al público en verano, ya que, el resto del año, Oso Coronel y Negro José trabajaban en una academia de música. Ahora, con la crisis, trataban de subsistir con lo poco que les generaba la explotación del COL y los aceptables contratos por actuación que conseguía el grupo de rap.

La parte económica, la contabilidad de *Ajos y Soja* (y también la del “Aula Veranos”), la llevaba Oso Coronel, quien tenía un talento especial para negociar contratos y gestionar gastos e ingresos.

— Así que aquí es donde os reunís para los ensayos —dijo Susana para pasar página al malestar generado por su tío.

— Este es el “COL Aula Veranos”, que pertenece a Pepe y a Oso. Os presento a Susana. —Ambos le dirigieron una reverencia con la cabeza, mientras ondeaban la mano derecha—. En la planta de arriba es donde bailamos y armamos el ruido. Si quieres, puedes vernos ensayar esta noche.

— ¿Esta noche? ¿Después de lo de Ricky vais a...?

— ¿Por qué no? —apuntó Oso Coronel—. Él lo hubiera aplaudido. Si fuese yo quien la hubiera espichado, el muy cabrito estaría ahora bailando break y bebiendo ginebra boca abajo.

— Sí. *Ajos y Soja* no se detuvo cuando se nos fue un grano de soja, Isaac, y tampoco se va a detener ahora por un diente de ajo —dijo Negro José Ropy.

— ¿Cómo quieres que te llame? —preguntó Susana.

— Elige tú misma. Ivana me llama Pepe. Oso Coronel me llama Tom.

— Bueno, PepeTom... ¿Puedo llamarte así? Quería hacer una pregunta. ¿Por qué el grupo se llama *Ajos y Soja*? ¿Quién le puso el nombre?

— Fue Ale —se adelantó a contestar Ivana.

— ¿Tu hermana? ¿La pequeña Ale? ¡No me digas que también es una rapera!

— No, solo es nuestra letrista. Y ya no es “la pequeña”. Casi todas las letras de los temas son obra suya. Y el nombre del grupo también. ¿Por qué ajos y soja? Verás, el ajo es una cabeza, pero una cabeza llena de dientes. O sea, nos da el ingenio para crear unas canciones con las que podamos morder; un talento corrosivo, si quieres. Y la soja... ¿Sabías que la soja regula los trastornos menopáusicos y fortalece los huesos? En otras palabras, la soja nos aporta una fortaleza tanto psicológica como física. Por eso hemos aguantado tanto en el candelero. Que nos sigan llamando, tras dos años en este mundillo y con esta crisis, es un éxito. ¡Baila conmigo, Susana!

Ivana cogió a Susana de la mano y se puso a bailotear a su alrededor, incomodando a su amiga, quien no sabía si moverse con ella o quedarse expectante, con cara de tonta. Con la misma brusquedad del festivo impulso, la soltó “en medio de la pista de baile” y se fue hacia Oso Coronel (por la espalda), metiéndole mano en los bolsillos delanteros de los pantalones y extrayendo hábilmente un cigarrillo. Negro José le dio fuego y se puso a saborear profundas caladas.

— Además —retomó Ivana—, *Ajos y Soja* es un palíndromo.

Mientras PepeTom y Oso Coronel se lanzaron al suelo a bailar breakdance (sin ninguna música de acompañamiento), Ivana se acercó a Susana, le pegó la nariz a la suya y la miró a los ojos, concediéndole unos instantes de visión borrosa por la excesiva cercanía. Luego abrió la boca en

forma de sonido de “u”, y le sopló todo el humo que había retenido. Susana retrocedió, tosiendo. Su amiga era la reina del desconcierto.

— *¿Ajos y Soja* es un qué? —preguntó Susana, tratando de volver al tema para sentirse más segura en aquella claustrofóbica jaula de pirados.

— Un palíndromo. Una frase que se lee igual al derecho y al revés — aclaró Ivana.

— Y eso ¿qué importancia tiene?

— Para nuestra letrista es fundamental. ¿Recuerdas las habilidades de mi padre para los pasatiempos, Susana? De pequeñas nos volvía locas. Tú no soportabas los jeroglíficos y juegos de palabras que nos planteaba. ¡Siempre te escaqueabas cuando aparecía con alguno de sus misteriosos rompecabezas! Pues él era uno de los mayores expertos del país en palíndromos.

— Sí, me acuerdo. ¿Insinúas que la pequeña Ale ha heredado esa insoportable afición?

— No es una afición, Susanita. Es una habilidad. Mi hermana es muy ingeniosa con las palabras. Se dedica profesionalmente a elaborar todo tipo de pasatiempos: anagramas, sopas de letra, crucigramas... ¿Conoces el ocagrama? ¡Lo ha inventado y lo ha patentado ella!

— ¿El ocagrama? ¿Qué es eso? —preguntó Susana, más por educación que por interés. Ella odiaba los pasatiempos, no tenía paciencia ni sentía atracción por ellos. Al contrario, las personas que “jugaban” con las palabras la ponían muy nerviosa. Le parecía gente poco práctica que se dedicaba a torturar a los demás con conversaciones insustanciales.

— Es el juego de la oca, ya sabes, “de oca a oca” o “de puente a puente”, pero resolviendo un crucigrama, específicamente diseñado, a medida que vas lanzando dados y avanzando en el tablero — aclaró Ivana.

— Ya. ¿Cómo está tu madre, Ivana? Tengo entendido que la habéis ingresado en Santa Rita.

A Tita, la madre de Ale e Ivana, le habían detectado una enfermedad rarísima a la edad de treinta y seis años, cuando estaba embarazada de Ale. Si no recordaba mal, Susana creía que se trataba de una degeneración espinocerebelosa a la que, con el tiempo, se le unió una especie de vejez prematura, aunque no tenía claro si ambas (deterioro mental y neurológico) tenían una raíz común o eran dos putadas independientes de la vida. A medida que la lentitud de movimientos, la rigidez articular, las alucinaciones y los delirios fueron agudizándose, su marido y sus hijas fueron gestionando su ingreso en un hogar geriátrico del municipio de Puerto de la Cruz, donde finalmente la acogieron. Aunque, al principio, consiguieron ralentizar la evolución de la enfermedad gracias a su milagrosa respuesta a los



tratamientos médicos, ahora, a sus cincuenta y ocho años, Tita no podía valerse por sí misma.

— Vive como un vegetal, pero quien me preocupa es mi padre. Es como un cadáver que se desplaza diariamente de mi casa al geriátrico y regresa de noche. Esa es toda su vida. ¡Creo que viene Ale! —Ivana miraba por la ventana hacia la parada de autobús que había a unos cien metros.

Algunas personas pensaban que el apelativo de la joven era un diminutivo de “alemana”; otras creían que era un derivado de su nombre, Alejandra. Solo unos pocos (entre ellos Susana) sabían la verdad: Ale era un diminutivo de las dos cosas. Aparte de llamarse Alejandra, había nacido en Berlín, accidentalmente, ya que, por aquel entonces, sus padres habían viajado a Alemania para consultar a un afamado experto de aquel país sobre la recién detectada enfermedad de Tita.

— Hola, Susana. Te vi con Raúl en la ceremonia de mi cuñado —saludó Ale mientras le daba un par de besos—. ¿Es tu novio?

A sus veintidós años, seguía manteniendo un aire de frescura e inocencia infantil, tanto en su aspecto como en sus palabras. Susana teorizaba (para sí misma) que se debía a que el mundo de los pasatiempos era, aparte de una pérdida de tiempo, un mundo irreal que no permitía madurar a quien entraba en él. Podría proporcionarte agilidad mental, de acuerdo, pero te aislaba de la parte tangible de la vida; algo así como una evasión egoísta de los problemas reales. “*Que los resuelvan otros, mis problemas son crípticos*”.

Ale lucía un pelo sedoso, largo y rubio, por media espalda, con las puntas descuidadas. Era una muchacha muy guapa, pero no era responsable de ello. No se pintaba, no se perfumaba, no se preocupaba por su indumentaria ni por resultar más atractiva. Sencillamente, le daba igual. Vivía en un mundo alejado, lleno de horizontales, verticales, palíndromos y anagramas.

— Podría decirse que sí, es mi novio —respondió Susana—. Tengo entendido que has seguido los pasos de tu padre.

— Sí, las revistas de pasatiempos suelen publicar todo lo que elaboro. Me siento realizada, no me puedo quejar. ¡Ven! Te enseñaré mi trabajo —dijo, mientras se quitaba su prenda favorita, la capa de color mostaza, y la lanzaba sobre la desvencijada silla de mimbre.

Susana estaba temiendo ese momento. Podría decirle que tenía prisa y salir pitando de aquella “parada de monstruos”. Entre la “poesía” del rap, los bailoteos espontáneos, imprevisibles y delirantes (como si fueran antojos), y, ahora, los crucigramas, acabaría el día vomitando. Pero no veía a la pequeña Ale desde que era una niña y le debía, al menos (aunque fuese por cortesía), unos minutos de su tiempo.

Subieron al pequeño refugio de Ale, en la planta alta, y Susana tuvo que contener las arcadas durante más de hora y media. Solo logró concentrarse en lo que le decía Ale sobre *Ajos y Soja*, pues el perfil de la joven no encajaba con los tres trastornados que bebían cerveza en la planta baja del “Aula Veranos”.

— ¿Cómo es que estás con esta gente? ¿Por tu hermana?

— Solo compongo las letras, Susana. No bailo ni canto, no salgo al escenario. Y, créeme, me encanta lo que hago.

— Entonces... ¿no eres una rapera más?

— Digamos que mi hermana y yo somos dos personas diferentes. Ella es una rapera y yo una rapsoda. Yo creo poesía, ella se limita a recitar mis rimas.

— ¿Llamas poesía a alentar a los fans para que te idolatren más que a la Virgen de Candelaria?

— ¡Ja, ja, ja! Esa canción la compuso Ricky. Pero también es poesía. Es una poesía especial, lo sé, pero a mucha gente le gusta. Aunque, como te dije, esto es solo un hobby. Mi pasión son los pasatiempos.

— Me tengo que ir, Ale. Supongo que nos volveremos a ver.

— ¿No te quedas un rato? Seguramente esnifaremos una raya antes de la hora de apertura del “Aula Veranos”. ¿Te apuntas?

— No, gracias. Yo no... Paso.

¿Quién dijo que su perfil era opuesto al de su hermana? No bailarían rap, pero, a la hora de la coca, coincidían en algo.

### ***Palíndromo:***

*Sí. Ale la alemana, sus anagramas amargan a Susana, me la alelaís*

### ***Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife***

Por más vueltas que le daba, Trapus no lo entendía. ¿Fugu? Jorge Nara parecía menos sorprendido, como si estuviese de vuelta de todo, por muy raro que resultase. El envenenamiento accidental parecía, en principio, descartado. El pez globo no se importaba en la Comunidad Europea. Bruselas tenía prohibida su venta por su alto nivel de toxicidad, ya que, si no se preparaba correctamente, el fugu podía llegar a ser mortal. “*Que se ¡!lo pregunten a Ricky Roque*”.

— Inspector, tengo entendido que la carne de este pez solo se consume en Japón y en algún otro país asiático, como Corea del Sur. Pero aquí...

— Ese es el problema, Trapus. También se prepara en algunos restaurantes norteamericanos, pero no en Europa. Además, solo cocineros expertos, con una licencia especial, pueden vender fugu. El más mínimo error en su preparación puede matar al consumidor. De entrada, hay que eliminar el hígado, la piel y los ovarios, porque son las zonas más tóxicas. La pregunta es: ¿cómo demonios ha llegado el fugu a Tenerife? Y ¿por qué?

— Puede que haya algún club privado de consumidores de fugu. No sé... Creo que en Inglaterra hay un grupo de gourmets que... Un momento, inspector.

Trapus tecleó en el buscador de su ordenador de sobremesa las palabras “Inglaterra” y “fugu”. El primer resultado obtenido fue una noticia (fecha en junio de 2011) de “El Comercio.pe”, un diario de Perú, que se hacía eco de que “El pez más tóxico del mundo tiene su club de fans en Inglaterra”. Jorge Nara miró por encima del hombro de Trapus, negando con la cabeza.

— No, aquí no hay suficiente población e infraestructura para organizar una cosa así. Tenemos muchos tipos raros, capaces de crear asociaciones absurdas como sectas satánicas o, sin ir más lejos, ese grupo de rap. Pero una secta consumidora de veneno japonés es algo muy rebuscado.

— Inspector, ¿por qué está usted tan empeñado en relacionar el posible homicidio con el grupo de rap? Puede haber miles de posibilidades.

— Lo sé, Trapus, por eso tenemos a varios agentes trabajando en ello. Hemos abierto una línea para intentar explicar la entrada del pez globo. Estamos hablando con grandes restaurantes y cocineros, con agentes aduaneros, con empresas importadoras de pescado... Lo curioso es que, tras la crisis nuclear, las importaciones de Japón son auditadas con lupas de aumento. También tenemos gente investigando la vida del señor Roque al margen del rap. Pero tú y yo nos vamos a centrar en esa pandilla de escoria social, porque mi olfato me dice que los tiros proceden de suapestoso escenario.

— ¿Cómo ha llegado el fugu hasta aquí según su olfato, inspector? — provocó Trapus.

— En un barco. Congelado. ¿Sabías que su veneno, la tetrodotoxina, no desaparece por cocción ni por congelación?

Trapus tenía otra pregunta, pero no le hizo falta hacerla porque, mientras escuchaba a Jorge, iba leyendo en internet toda la información que necesitaba sobre el fugu. Los resultados toxicológicos de la autopsia constituían una novedad en su carrera de policía, pues nunca se había encontrado con un envenenamiento tan extraño. Suponía que Jorge Nara tampoco, pero el inspector siempre trataba de aparentar erudición en cualquier caso investigado. La duda de Trapus consistía en la posibilidad de que Ricky Roque hubiese consumido el fugu en Japón o en otro lugar. Pero

la información que estaba leyendo determinaba que la muerte por la ingestión de tetrodotoxina, de producirse, tenía lugar antes de pasar veinticuatro horas. Y ya habían comprobado que Ricky no había salido de la isla en la última semana.

— Por lo que estoy leyendo, inspector, Ricky Roque debió de coger el coche a media tarde tras haber almorzado un buen plato de pescado venenoso. En mitad de la autopista le entraron náuseas, dolores de cabeza y asfixia; sin tiempo para detener el vehículo, su cuerpo se paraliza, por lo que no puede moverse ni llamar a su novia, que iba dormida. Es consciente de que van a tener un gravísimo accidente, porque el coche avanza sin control. Antes de colisionar, deja de respirar.

— Sí. Tal vez murió tras el impacto, podría ser, pero no como consecuencia de él —reconoció el tío de Susana.

— Insisto, inspector —provocó Trapus con dureza—. ¿Por qué busca enemigos entre sus compañeros?

— Muy fácil. Los jodidos raperos parecen estar celebrando la muerte de su líder con champán. Están tan contentos que apostarían a que más de uno es responsable del asesinato.

— Con todos mis respetos, inspector —replicó Trapus—, yo creo que los raperos se expresan en un argot propio, tanto en sus palabras como en sus actos o en su modo de vida. Ese argot explicaría su comportamiento. Yo diría que lloran a su manera.

— ¡Ya veremos!

***Palíndromo:***

*O vi tanto gran enemigo, o gimen en argot nativo*

# PARTE letra P

*Febrero-junio 2012*

*P de poni*

*Aula Veranos, Taco*

— Si tu tío cree que mi hermano fue asesinado, sus motivos tendrá —  
señaló Raúl.

Susana miró de reojo a Ivana. Estaban los tres a solas en el “Aula Veranos”, tomándose un café caliente recién sacado de una cafetera eléctrica, propiedad de Oso Coronel. Habían transcurrido un par de semanas desde la muerte de Ricky y, al parecer, el tío de Susana no cejaba en su empeño de incriminar al “Negro José Ropy”. Era preocupante, porque la presión ejercida por Jorge sobre PepeTom traspasaba la barrera profesional y sugería tintes personales, tal vez racistas. O eso parecía, al menos, y nadie lo entendía. Todos sus compañeros y amigos (incluida Susana, aunque con más reservas por su situación de parentesco) coincidían en que PepeTom debería adoptar medidas legales, a través de un buen abogado, para limitar los excesos del inspector. El problema consistía en que Negro José Ropy era un cachondo y un despreocupado, y nada de lo que le dijera Jorge Nara parecía ofenderle o alarmarle. Al contrario, la ridiculez del policía le inspiraba mofa, y solía ponerse a bailar rap ante Jorge cuando este lo interrogaba. El inspector, con mucha sangre fría, no perdía los papeles ante esas payasadas, y lo que conseguían las mismas era alimentar y engordar su odio hacia José Tomás. Pero así le gustaban las cosas. Prefería tragarse toda la sal del mundo, con calma, para disfrutar (luego) de la mejor agua del universo. *“Negro José podrá ser muy salado, pero a mí me gusta aguantar la sed”*.

— ¿Quién podría desear su muerte, Ivana? Él está empeinado en vosotros. Tom está siendo acosado por el inspector, pero no creo que él...  
—insistió Raúl Roque.

— Isaac —respondió Ivana.

— ¿Quién es Isaac? —preguntó Susana.

— El novio de Ale —apuntó Raúl.

— ¿Te atreves a acusar al novio de tu hermana?

— Yo no lo estoy acusando, pero es un hijoputa. No ha dejado de jodernos desde que se fue de *Ajos y Soja*. Sobre todo a Ricky, porque lo consideraba máximo responsable de su marcha.

— O sea, que Isaac estaba en el grupo de rap y ahora no, pero es novio de la letrista —dijo Susana, tratando de ordenar sus ideas.

— ¿Qué importa eso, Susana? No te desvíes del tema. ¡Deberías decirle a tu tío que se centre en interrogar a ese cabrón y que deje en paz de una vez a Pepe!

— Si mi tío me hiciera caso... No podemos entrometernos en su labor profesional.

— ¿Profesional? ¿Tu tío? —se burló Ivana, violentando a un neutral Raúl—. Creo que, si concentrara sus energías en Isaac, se harían tan amigos que acabarían dándose por el culo. Y a mi hermana no le vendría mal estar un tiempo sin la influencia de ese tocapelotas.

— ¿Qué pasó con Isaac? —preguntó Susana, a quien no le gustaba la conversación que había iniciado su amiga.

— No fue nada importante para nosotros. Lo que pasa es que a él le afectó mucho y siempre está intentando jodernos. Por ejemplo, hace tres meses teníamos apalabrada una actuación en Güimar. Pues resulta que Isaac es primo del concejal de fiestas del municipio y logró sabotarnos el contrato, justo el día antes de la firma. Al final llevaron a un grupo de reggaeton latinoamericano, de segunda fila, que estaba de gira por las islas. Para *Ajos y Soja* fue una auténtica afrenta. Y como esa, muchas más.

— Vamos, Ivana. Cuéntale por qué dejó el grupo.

— Cuando estábamos empezando, logramos que nos contrataran para hacer una gira por todas las islas, lo que generó nuestros primeros ingresos conjuntos. Con parte de ese dinero compramos un poni.

— ¿Un poni dices? —se sorprendió Susana.

— Sí, como mascota. Isaac y Libra (que es una “piba” de *Ajos y Soja*) fueron los que más se empeñaron, y lograron salirse con la suya. A Isaac le encantan los animales. ¡Será porque nunca tuvo hermanos pequeños! Los motivos de Libra eran de otra índole, se trataba de un deseo material. Entiéndeme, no es que el poni sea un jarrón de porcelana, sino que su padre es dueño de un club hípico. Para Libra, los caballos y los ponis son como, para ti, pueden ser los adornos tan horteras que tienes encima del aparador del salón; no te ofendas, Susana, pero algunos son horrosos. Se trata de “artículos” de compañía, o incluso comerciales. ¿Me sigues?

— Pues... No sé si me estoy perdiendo algo. ¿A dónde va a parar esto?

— ¡Mira que eres lenta! Lo que te digo es que, para Isaac, la mascota era un adorable y sentimental caballito, mientras que, para Libra, era un simple amuleto.

— ¿Sabes qué hacían al principio? —interrumpió Raúl—. ¡Sacaban al poni al escenario durante las actuaciones!

— Sí, pero solo cuando actuábamos en algún pueblo cercano a la finca de Isaac. Él era el encargado de albergar y cuidar al animal —recordó Ivana—. Tienes cara de estarte aburriendo, reina.

— Si vas al grano, tal vez logres divertirme —ironizó Susana.

— Pasamos por algún bache económico y decidimos desprendernos del poni. Isaac se opuso e insistió en que él correría con todos los gastos de mantenimiento del animal. Realmente ya lo estaba haciendo, el muy tonto, porque le daba cama y comida gratis. Nunca pidió un duro a *Ajos y Soja*.

— Entonces... si no generaba gastos.... ¿por qué desprenderse del poni?

— Para venderlo. Ganamos dinero. Isaac se puso como una fiera, sobre todo por la persona a quien se lo vendimos. Eso nunca nos lo perdonó. Lo compró Libra; bueno, más bien su padre, para las cuadras del club hípico.

— ¿Y no fue mejor así, quedándose una persona conocida? —preguntó Susana.

— ¡Qué va, el jodido Isaac estaba paranoico! Tenía la idea fija de que Libra y su padre no lo iban a tratar bien, no lo acariciarían y lo tendrían encerrado todo el tiempo. ¿Tú crees que los ponis deben recibir cariñitos, Susana? Yo no lo sé, paso de eso. Puede que Isaac tuviera razón, pero tampoco era para tanto y él lo tomó como una crueldad extrema. Así que nos mandó a todos a la mierda, sobre todo a nuestro líder por no impedir la venta.

— ¡Vaya! Estaría muy encariñado, ya que el poni era prácticamente suyo. Vivía con él y se lo arrebataron. ¿Por qué no se salió con la suya? Lo tenía en su casa...

Fue Raúl quien contestó esta vez.

— Era propiedad de *Ajos y Soja*. Una vez vendido, legalmente, trató de retrasar la entrega, pero su abogado le aconsejó que lo dejara marchar por las buenas. Isaac se pasó varios días llorando.

— Luego se puso a hacer horas extra en Correos, donde trabaja, y a hacer cáncamos por la tarde, como jardinero, dando clases particulares, cuidando niños... Cuando reunió lo suficiente, fue a hablar con Libra, muy contento, para comprarle el poni. Pero ella y su padre se opusieron. Decidieron que se quedarían con él, por mucho que Isaac les ofreciera. Libra es muy testaruda, y no se olvida de que Isaac le había negado el saludo. Lo ha intentado una y otra vez, pero hasta ahora no ha logrado comprar su

pequeño poni. Así que, cada vez que puede, nos hace alguna putadita de las suyas.

Susana concluyó que, si los cogían con pinzas, Isaac podría tener motivos para matar a Ricky, pero sería excesivo, salvo que su amor por los animales fuese más que patológico. Pero, claro, con razonamientos tan forzados como este de Ivana, cualquiera podría ser el asesino.

— De veras, Ivana, ¿crees que Isaac sería capaz de asesinar a mi hermano para aplacar su sed de venganza? —preguntó Raúl, incrédulo.

— Tal vez.

### ***Palíndromo:***

*Isaac, al parecer, aplaca así*

*P de palíndromo, poesía, premonición, pánico*

### ***Sur de Tenerife***

Aquella tarde de sábado, a punto de encarar el mes de marzo, lucía un generoso sol que parecía retar al invierno, recordándole que pronto llegaría su fin. Alejandra se tomaba su refresco de cola en el pequeño bar de la playa, junto a una ventana. Su capa de color mostaza descansaba en la silla a su izquierda, porque allí, en medio del calor, no la necesitaba. Había ido sola a pasar el día en el sur de la isla, huyendo del frío. Su intención era recuperar inspiración, porque su editor no paraba de llamarla para que le presentara resultados de su trabajo. Hacía semanas que no podía concentrarse, ya que su intimidad en el “Aula Veranos” era continuamente invadida por aquel estúpido inspector de policía, quien debía pensar que el local era un parque y allí llevaba de paseo a su perro: el regordete y salido ayudante llamado Trapus. Isaac había insistido en acompañarla, pero ella le dijo que prefería estar a solas.

La tarde anterior, Ale había tenido una fuerte discusión con su hermana, porque sospechaba que ella estaba detrás del cambio de actitud del repugnante inspector y, finalmente, Ivana lo reconoció. Jorge Nara, de repente, había añadido con descaro una segunda víctima a su absurda lista de sospechosos, y esa víctima no era otro que Isaac. ¿Sospechosos de qué? Es lo que se preguntaban todos. Jorge Nara debía estar loco, porque nadie podía haber asesinado a Ricky. Podrían desear verlo muerto, pero ¿quién iba a atreverse a matarlo con la premeditación de un veneno? El policía seguía cebándose cruelmente con Pepe, pero ahora también acosaba a Isaac. Ivana



había utilizado a su amiga, Susana, para que convenciera a su tío de que Isaac merecía ser objeto de sus torturas.

Ale se planteaba constantemente por qué le gustaba su novio, a pesar de las insalvables diferencias de personalidad. Aunque él le llevaba doce años de diferencia, Isaac Parra, mentalmente, podría ser hijo de Alejandra Suárez. A pesar de sus treinta y cuatro años de edad, algunas actitudes suyas reflejaban un miedo irracional a la madurez y al compromiso. Donde se ponía más en evidencia era en el barrio donde trabajaba como cartero. Se trataba de una zona residencial de La Laguna, habitada por personas con un poder adquisitivo medio-alto, donde la sucesión ordenada de parcelas, consistentes en chalet más jardín, hacía recordar un tipo de estructura urbanística muy frecuente en muchas zonas de los Estados Unidos.

A Isaac Parra le gustaba hacerse notar. Cada mañana recorría aquellas calles, subido en la motocicleta amarilla con el símbolo de Correos, pero siempre conducía en dirección contraria, tratando de demostrar que un cartero es (en su barrio) una autoridad, y que una autoridad puede saltarse las normas viales cuando el objetivo de su misión lo exija. Su misión, dejar las cartas en el menor tiempo posible, implicaba acortar rutas, atravesando vías paralelas y perpendiculares de la manera más cómoda para él.

Obviamente, para disfrutar de esa intrépida misión, Isaac necesitaba público. Cuando lo tenía (ya fuera una señora en una ventana, un joven entrando en un coche o un operario del ayuntamiento arreglando una acera desconchada), circulaba haciendo caballitos con la moto de reparto. Si tenía la suerte de encontrarse con un coche, de frente, y él viajaba en dirección contraria, aceleraba hacia el automóvil, asegurándose de que su ocupante lo observara, y, en el último instante, giraba bruscamente hacia el borde de la calle, paraba el motor y se colgaba del hombro la saca de cartas, a la vez que se dirigía a los buzones colindantes, silbando y con aires de importancia.

Como consecuencia de su actitud, en aquel barrio, Isaac Parra había cumplido con creces su finalidad, la de no pasar desapercibido. Pero, claro, el precio que había tenido que pagar a cambio era que todo el mundo lo conocía por su merecido apodo, *Ghost Rider*, el motorista fantasma.

La playa estaba abarrotada de gente, sobre todo de ciudadanos centroeuropeos, quienes solían adquirir, durante sus primeros días en las islas, una tonalidad amaranto en la piel como consecuencia de la insolación derivada de su ansiedad por ponerse morenos con los primeros rayos del año. A través de la ventana, Alejandra se fijó, sin saber por qué, en tres niños que corrían entre las rocas que bordeaban la playa por su lado oeste. Tendrían entre diez y trece años. Iban directos hacia un borde rocoso para lanzarse de cabeza, desde unos dos o tres metros de altura, al agua. En ese instante lo supo. Lo presintió.

Era la segunda vez en la vida que le ocurría. La imagen que iba a presenciar en breve era muy nítida, y a ella le llegaba un par de segundos antes de que ocurriera; por segunda vez en la vida. Sabía que uno de los niños, el del pelo rubio tostado, iba a abrirse la cabeza contra las rocas. Y no podía hacer nada para evitarlo.

La primera experiencia premonitoria había ocurrido hacía muchos años, en el colegio. La profesora empezaba a enfilarse por el pasillo, pero Ale la vio proyectada hacia el futuro, unos cuantos pasos más adelante. Las baldosas que aún no había pisado ya habían sido marcadas en la cabeza de Alejandra, y la profesora iba a rebasar el aula de Música. Pero nunca la rebasó. La pequeña Ale vio cómo la señorita Loli caía fulminada; posteriormente se enteraría de que había muerto de un infarto. La pesadilla consistía en que, en realidad, la señorita aún no había llegado a la puerta de la clase de Música, le faltaban un par de metros, y Ale no tenía, en aquellos momentos, ninguna duda de que el desplome era real, no era su imaginación quien lo fotografiaba en su mente, sino el propio futuro. Durante los instantes en que su cabeza iba por delante de la realidad, la niña quedó totalmente bloqueada, sin capacidad para articular palabra. Deseaba gritar con fuerza, “¡Deténgase, señorita Loli!”, pero no había modo físico ni tiempo de maniobrabilidad. Vivió dos veces la muerte de la profesora: la anticipada y la real.

La pequeña Ale se había asustado mucho, y lo primero que hizo fue contar lo ocurrido a sus padres. Estos no mostraron síntomas de dar veracidad a las inventivas fantasías de una imaginación infantil. Una vecina fisgona, que se había enterado de todo, le había dicho a Ale que sus poderes los habría heredado de una bisabuela. Pero Ale era muy avispada y sabía que ese argumento no era nada original; seguramente la vecina lo había leído en algún manual esotérico o lo había copiado de la típica “estafasadora” que trata de justificarse en televisión. Para Ale, si realmente podía ver el futuro inmediato (y de eso no tenía dudas), tendría que deberse a algún proceso cerebral al que el paradigma científico actual no había accedido aún.

Eso sí, no estaba dispuesta a compartir con nadie el secreto de esta capacidad clarividente, porque la tomarían por loca; ella misma lo haría si se tratase de otra persona.

Lo más curioso de todo era que el paso de los años no había hecho dudar a Alejandra sobre la veracidad de aquella premonición. La visión había sido tan nítida que nunca hubo lugar para encajar la posibilidad de haber sufrido una alucinación. Y eso que se consideraba una persona minuciosamente racional y lógica. Así que, si sus dotes videntes eran reales, lo lógico era que alguna otra vez volvieran a aparecer, sin previo aviso. Había llegado ese día.

— ¡Cuidado, niños! —gritó una voz de mujer angustiada, desde la playa.

— ¡Están locos! —se oyó decir a un señor que parecía divertirse con el espectáculo, aunque simulando preocupación.

Dos de los niños que corrían hacia el borde, con exquisita pericia, se lanzaron al vacío haciendo el “salto del ángel” con un estilo muy depurado. El rubio del pelo quemado les había dejado una ligera ventaja para tener totalmente despejada la pista de entrada al infierno. Tras haber tomado impulso, se lanzó hacia las rocas, dispuesto a saltar. Ale lo sufrió dos veces. Faltando un par de metros para llegar al borde, sus pies tropezaron y se enredaron en el suelo, haciendo que su cuerpo se impulsase al vacío de manera descontrolada. Ante el estupor general de los que miraban hacia allí, el cuerpo del niño cayó de cabeza contra las rocas inferiores de la pared que bajaba inclinada hacia el agua. Rebotó y fue a parar al mar. Decenas de personas se levantaron de sus toallas con las manos en la boca, como si así pudiesen voltear el tiempo.

La gente que había alrededor de Alejandra salió corriendo del bar. Todo el mundo se arremolinaba en la orilla con desconcierto, mientras cuatro o cinco personas ya nadaban hacia el lugar donde había caído el niño y donde sus dos amigos eran presa de sendos ataques de histeria. Una señora, posiblemente su madre, retaba al cielo, dando alaridos de terror.

Ale no se podía mover. Desde la ventana vio la mancha de sangre en el agua, oyó los gritos, compartió la conmoción de los bañistas... Pero su cuerpo, inmóvil, no le respondió, igual que le ocurrió con la señorita Loli. De nuevo había visto la muerte duplicada. Entre ambos momentos, durante las agónicas y eternas décimas de segundo, Ale vio al niño mirándola, con cara de terror. No era el niño vivo (el real, que aún no había llegado al borde) ni el muerto (el anticipado, quien ya había saltado); era el niño intermedio, un muñeco de cera, rígido e inmóvil al borde de la roca pero dando la impresión de que podía cobrar vida de un momento a otro. “*Aparece! ¡Aparece ya! ¡Salta de una vez!*” La ansiedad de Ale imploraba al niño real para que apareciera ya, en la cima, y saltase. No podía gritar para acabar con la pesadilla, algún cable de su cabeza se lo impedía, estrangulándole los impulsos nerviosos encargados de transmitir la orden oportuna. El destino le volvió a demostrar que es inalterable. Alejandra estaba sudando, se desentendió de la realidad y cayó en un estado de shock.

***Palíndromo:***

*De cera parece, debo obedecer, apareced*

*P de policía*

## *Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife*

Incrédulo, Jorge leyó la noticia en la edición del diario online “Periodista Digital”, fechada en veintitrés de febrero. El titular de “<http://www.periodistadigital.com/ciencia/mundo—animal/2012/02/23/encuentran—el—pez—venenoso—que—comen—los—japoneses—en—aguas—de—alicante.shtml>” no dejaba lugar a dudas: “Encuentran en Alicante el pez venenoso que comen los japoneses”. Por lo visto, el hallazgo en la orilla de Las Rotas (Denia) había llamado bastante la atención de los técnicos de la “Consellería de Infraestructuras, Territorio y Medio Ambiente” de la Generalitat Valenciana. La noticia era de hacía una semana escasa, pero el subinspector Girard (Trapus) la había descubierto casualmente, buscando en internet noticias sobre el pez globo. Después había hecho unas llamadas a Alicante y al “Ministerio de Educación, Cultura y Medio Ambiente”, quienes le pusieron sobre la pista de algo todavía más sorprendente, que posteriormente contrastaría con las autoridades portuguesas.

— ¿Fugu en el mediterráneo? Tiene que ser una coincidencia, no vamos a desviar la atención por el hecho de vivir en la era tecnológica. Ahora, a través de internet tenemos acceso a todo, incluso a las casualidades. Estas siempre han existido, lógicamente, solo que ahora la informática nos las encasqueta a la fuerza para confundirnos.

— Aún hay más, inspector. —En ese instante entró una administrativa del cuerpo, que trabajaba en la sección de expedición del DNI—. ¡Hola, guapa! ¿Dónde quedamos esta noche? ¿En tu casa o en la mía?

La agente lo ignoró deliberadamente y le entregó a Jorge unos papeles para que estampara su firma. Luego se marchó.

— ¡Me gusta que me ignores! ¿Es que no lo ves, corazón? Cuanto más seria te pones, más atractiva eres.

— Deja de decir tonterías —cortó Jorge—. ¿Qué más tenemos?

— Hace unos días han encontrado más fugu.

— ¿Más fugu? ¡Explícate!

— En Madeira. Es una historia similar a la de Denia, pero la prensa portuguesa no se hizo eco y la noticia no trascendió.

Jorge Nara se quedó mudo de asombro. Los dos hallazgos cambiaban todo, porque la ingestión accidental de fugu cobraba fuerza. Si había llegado a aguas africanas y mediterráneas un banco de peces fuera de su hábitat, se tornaba probable que Ricky Roque pescase algún ejemplar y, sin sospechar el peligro aparejado, se envenenase. Además, el día anterior habían recibido información adicional procedente del análisis toxicológico del rapero. El pez fugu que lo envenenó era fresco, por lo que quedaba descartado que hubiese

llegado congelado en un barco. Esa noticia había desconcertado sobremanera a los dos policías, pero el hallazgo de Denia parecía cambiarlo todo. Trapus permanecía sereno, tomándose el quinto café de la mañana, porque a primera hora, cuando se dirigía al trabajo en su coche, había escuchado en la radio una noticia sobre los efectos beneficiosos de la cafeína. Era el quinto café de la mañana y el quinto de su vida.

— Según tú, es posible que el señor Roque fuese de pesca y le tocase la lotería: el único pez globo que pasaba por allí.

— Usted mismo dice que las casualidades existen, inspector. También puede ser que se lo sirvieran en algún lugar, sin saber qué pescado era.

— No, porque sabemos que el señor Roque almorzó ese día en su domicilio. Su mujer estaba trabajando en una casa (donde se quedó a comer) y habló con él por teléfono a la hora de la comida. Hemos comprobado la llamada, Trapus. Según ella, él le comentó que iba a almorzar y que la esperaba para ir al norte por la tarde.

— ¿Y si mintió? —sugirió Trapus.

— ¿Para qué? Ivana no pudo prepararle el pescado, porque no estaba allí. Y si ella no lo envenenó, ¿para qué iba a mentir? Y si lo envenenó ella, ¿por qué no decir que Roque salió a comer fuera y exculpase?

— Entonces solo nos queda que lo pescó y lo ingirió accidentalmente.

— No lo creo, Trapus. He hablado con los raperos y me aseguran que el señor Roque nunca ha usado una caña de pescar. Ni tampoco era de los que compraba pescado en los muelles, directamente a algún pescador. Era muy práctico, lo compraba congelado. Mentira. No lo compraba él, era Ivana la encargada de la compra.

Trapus se rascó la cabeza, tratando de razonar. Si el fugu que lo mató era fresco, la muerte tenía que ser accidental a la fuerza. Nadie podía planificar asesinarlo con un veneno potencial, que tal vez fuesen a encontrar ese día, casualmente, en medio del mar. Añadiendo más interrogantes, como complicación añadida estaba el hecho de que el veneno, la tetrodotoxina, no es sintetizado por el propio pez globo, sino que lo ingiere con su alimentación, básicamente a través del consumo de *jania rubens*, un alga marina del grupo de las algas rojas (rodófitos) que contiene unas bacterias que constituyen el origen de la tetrodotoxina: las *pseudoalteromonas tetraodonis*. Habría que preguntarse si el fugu, fuera de su hábitat, iba a encontrar el mismo alimento que le permitiese metabolizar el veneno suficiente para llegar a producir la muerte. Trapus hizo una anotación en su agenda: “averiguar si hay *jania rubens* cerca de Canarias”.

— ¿Qué salida nos queda, inspector?

— Mi olfato. Y apostaría a que uno de los tres, el Negro, Isaac o el Oso, se lo cargó.

Por supuesto que, si el fugu no estaba congelado, todo se complicaba, iba a ser más difícil empapelar al negro. Pero a Jorge Nara no le importaba esperar, al contrario, se recreaba aumentando su sed de odio hasta hacerla insoportable. Cuando encontrara la solución al rompecabezas, la saciaría.

*Palíndromo:*

*Desoír fugu frío: sed*

## Supe de TRES, otro por toserte de pus

*Aula Veranos, Taco*

Trapus supuso, con buen criterio, que Jorge había elegido horario de mañana para otra visita a Negro José Ropy, aprovechando que estaba solo en la casona. Ivana y su hermana estaban haciendo labores (sumergidas) de servicio doméstico en casa de un matrimonio entrado en años que pagaba muy bien. La señora, a quien Trapus había interrogado en una ocasión para averiguar las rutinas de Ivana, despreciaba a la rapera por su provocativo aspecto y por sus amagos de insolencia, pero la muchacha sabía que, en el fondo, esos eran los motivos por los que la contrataba. Fue la avispada Ale, quien acompañaba puntualmente a su hermana cuando el trabajo era excesivo (como el de esa mañana, en que tenían que hacer comida para unos cuantos invitados, amén de las tareas de limpieza), la que lo captó gracias a su intelecto, siempre superior al de las personas de su entorno. Le había hecho ver a Ivana que, a la señora, le gustaba dar órdenes y humillar al servicio, como si añorase otra época que, por desgracia para ella, ya no existía. Así que, Ivana, sin ningún conflicto interior que amenazase su dignidad, recogiendo el consejo de su hermana, le seguía el juego. Disfrutaba prorranteando en cada jornada malas contestaciones a la mujer; luego la dejaba a ella que despotricara y “se corriese” creyendo que Ivana era su esclava, a la que daba severas lecciones de sumisión.

Trapus había narrado a Jorge, con todo detalle, esta acertada interpretación de la relación entre la rapera y su empleadora, y el inspector parecía disfrutar con interés, sobre todo en la parte relativa al marido de la señora. Según Trapus, el hombre era el que más contento estaba de tener a Ivana en su casa, aunque, posiblemente, le hubiera gustado más tenerla en

su cama. Por lo visto (y Trapus había sido testigo directo), el caballero no dejaba de mirarle el culo cuando la tenía de espaldas. Como Ivana usaba una falda muy corta (obligada por la señora a vestir el típico uniforme de chacha), cada vez que se agachaba, el señor no disimulaba su interés y buscaba la posición más cómoda para tratar de verle las bragas. Los días que iban las dos, Ivana y Ale, se le notaba muy alterado, rozando el riesgo cardíaco. A Jorge Nara le había costado imaginar a Ivana vestida de criada, con el pelo rapado y llena de pírsines.

Aunque la apertura al público del “Aula Veranos” era en horario de tarde, Negro José Ropy pasaba todo el día allí. A veces, incluso, se quedaba a dormir, por la noche, en un tentador sofá que destacaba en la habitación de lectura. Podría decirse que aquella era más su casa que la que compartía con su madre.

— ¡Pasad! La puerta está abierta —gritó PepeTom desde su silla, sin soltar el pincel Marta Kolinsky.

Levantó la vista de reojo para descubrir, incómodo pero divertido, al inspector Déspota y su subinspector Ridículo. A Pepe no le gustaba ninguno, el primero por su repelente y agresivo carácter, y el segundo por aquellos trajes antiguos que lo asemejaban con un orondo policía de una serie televisiva de los años setenta (llamado Frank Cannon), al que había descubierto en una reposición proyectada años después.

Jorge Nara, sin mediar palabra, se acercó directamente a José Tomás para ver qué hacía con los pinceles que portaba. Sobre una lámina, estaba dibujando con acuarelas unos rostros sobrecogedores, con caras angustiosas y dedos como garras. Eran imágenes sin cuerpo, solo caras y dedos. Los seres tortuosos le devolvieron la mirada y Jorge pegó un respingo.

— ¿Qué demonios estás pintando, negro? ¿Son tus parientes?

A Trapus tampoco le gustaban las formas del inspector, pero siempre confiaba en que solo se trataba de una estrategia prediseñada para presionar al señor Ropy, hasta que se derrumbase. Por lo visto, Jorge Nara estaba convencido de que era el asesino (si es que existía algún asesino). Trapus no lo entendía, pero lo achacaba a que, tal vez, el inspector se guardaba alguna información que no compartía con él. El hecho de que el señor Ropy nunca entrase al trapo parecía reforzar la teoría de Nara, pues los asesinos solían esforzarse en mantener la tranquilidad, la sangre fría, para no perder los papeles y delatarse. Si no tuviese nada que ocultar (pensaba Trapus), habría saltado al cuello de Jorge (por pura dignidad) desde la primera visita.

— ¿A qué debo el honor de su agradable visita, inspector? ¿Quiere disfrutar de otra exhibición gratuita del mejor breakdance?

— Mi único interés consiste en lograr que te pudras en la cárcel. Podré tardar más o menos tiempo, pero lo conseguiré. Quiero que repitas todo lo que

hiciste el día de la muerte del señor Roque, desde que te levantaste hasta que murió. Tu coartada es muy endeble, así que haz el favor de relatarla de nuevo.

— ¿Debería contratar a un abogado?

— No es necesario —se precipitó a aclarar Trapus—, nadie le está acusando de nada, solo interrogamos a los amigos de la víctima. Cualquiera es un posible sospechoso.

— Pero con un porcentaje de probabilidad diferente. Según el señor Nara, yo debo ser el que ha comprado más papeletas. ¿Sabe, inspector, que odio el pescado?

Jorge se paseó por toda la planta inferior del “Aula Veranos” mientras Tom relataba, de nuevo, todo lo que recordaba del día del accidente. No estaba escuchando lo que decía, ya lo había oído muchas veces. Además, para eso estaba Trapus tomando notas. Estaba más interesado en buscar algo con lo que poder hacer auténtico daño al negro, pues, hasta ahora, todos sus intentos habían fracasado. Entonces reparó en las cinco jarras, protegidas por una puerta de cristal, dentro de un mueble de mampostería.

— ¿Qué guardáis aquí? —interrumpió Jorge.

— ¿Cómo dice?

— ¡No te hagas el tonto! ¿Qué hay en los jarrones?

— El arma homicida: aroma de pescado. Si lo huele usted, se envenenará.

Jorge Nara abrió la puerta y destapó una de las cinco tinajas. La esencia impregnó todo el Aula.

— ¡Cuidado! —PepeTom se levantó como un resorte y le quitó la tapa de las manos—. Estas tinajas son muy valiosas, no las toque sin una orden de registro.

— ¡Tranquilo, señor! Solo queremos saber qué contienen —atemperó Trapus, el poli bueno.

— ¿De veras queréis saberlo?

Trapus afirmó con la cabeza, mirando a Pepe con bondad. Este aceptó la confianza y contó la historia de las tinajas, abriendo su corazón a dos desconocidos, con los ojos mojados de nostalgia.

Cuando era pequeño, José Tomás estuvo trabajando con su padre en el curtido de pieles, en una tenería de Marruecos. Su participación en el proceso era muy limitada, casi testimonial, pero PepeTom se sentía importante en él. Lo que menos le interesaba era la primera fase, la limpieza general de las pieles, en la que se extraía la grasa y el pelo animal. Era en la fase siguiente, la de curtimiento, donde él más aportaba, pero la parte final del proceso, en la que PepeTom se limitaba a ver cómo tinturaban las pieles, lo extasiaba. Su afición actual por la acuarela bien podría tener una relación



de parentesco, subconsciente y lejano, con sus vivencias infantiles de “palatables” colores muy olorosos. Los tintes naturales que ahora rebosaban las cinco tinajas no eran más que un recuerdo de su infancia. La esencia que deleitaba su olfato al destapar cada tarro lo impregnaba de sensaciones perdidas, arrastrándolo en un mágico viaje a través del tiempo a las callejuelas por donde correteaba hacia la tenería, acarreando excrementos animales para la industria artesanal, a la que también aportaba su propia orina como un ingrediente más para los tintes (lo que hacía que aquel niño se sintiera imprescindible). Las tinajas encerraban su niñez y olían a su padre.

— ¿Y qué me dices del vaso que hay junto a las tinajas? —preguntó Jorge.

Dos aves con las alas desplegadas formando la letra “N”, delante de un paisaje de rocas al atardecer, en pleno ocaso, decoraban aquel curioso tazón de cerámica. Junto a las tinajas, era lo único que adornaba aquella estantería, por lo que era fácil concluir que se trataba de la sección de recuerdos.

— También es un recuerdo especial. Me lo regaló una novia que tuve pero, como me dejó, no lo uso. Solo se lo permito usar a una persona — aclaró, señalando una foto de su amigo Oso—. Los demás lo tienen prohibido.

Jorge Nara registró en el sector cabrón de su cerebro (que ocupaba casi todo) el extremo valor sentimental de aquellos artículos, sobre todo las tinajas, por si alguna vez pudiera sacar partido de la información. Trapus dio una palmadita en la espalda de un Pepe que, por primera vez, mostraba debilidad. Y eso, según el subinspector, era un avance en el cerco que el inspector estaba construyendo para acorralar a su objetivo.

— ¿Hoy no bailas para mí, negro? —preguntó Jorge, provocativamente, cuando salían.

— No... Hoy no.

Una vez a solas, PepeTom volvió a recordar a su padre, ya fallecido, del que había aprendido a relativizar cualquier conflicto que pudiera surgirle en la vida, aunque fuese por sorpresa, como el que pretendía generarle aquel odioso inspector que no cesaba de acosarlo una y otra vez. Pero había decidido, interpretando las enseñanzas de su progenitor, que aquella partida era de un solo jugador, pues él no estaba dispuesto a aceptar el reto.

En el exterior, aún sin arrancar el coche, Trapus y Nara creían haber dado un paso importante, aunque cada uno por una causa diferente.

— ¿Cuál es la estrategia que piensa seguir, inspector?

— Ese negro está obsesionado por la vieja casona; se pasa todo el día en ella, no solo durante la jornada laboral. He investigado en el Registro de la Propiedad y, por lo visto, la construcción estaba tan envejecida que

se planteó demolerla, pero ese negro y el “oso” han logrado revalorarla. Y yo, Trapus, me cago en ese “Aula de Veranos”, o “Jaula de Marranos”, o como se llame; la casona es como el motor que le da cuerda al negro y le produce ese delirante colocón permanente. Si le tocas a alguien su fibra, se derrumba. Te aseguro que, la próxima vez que lo visite, tampoco va a burlarse en mis narices bailándome el rap. Eso ya pasó a la historia.

### ***Palíndromo:***

*Motor general: la casona revaluada de edad, “Aula Veranos”, acallaré negro Tom*

### ***Santa Cruz de Tenerife***

Acabando el mes de marzo, la policía ya había comunicado a los raperos las principales intrigas de la investigación. Susana había quedado para almorzar, con Ale e Ivana, en casa de esta última, con el fin de contrastar opiniones y saber a qué atenerse ante los bandazos evidentes de Jorge Nara. Estaban en el tercer piso de un pequeño edificio céntrico, de cuya Comunidad de Propietarios Ivana era la presidenta.

— Tu tío está cada vez más desquiciado, pero lo peor es que es incapaz de resolver o dar carpetazo de una vez a la muerte de Ricky. ¡Me pone enferma! ¿Por qué no se olvida de una vez de todo este asunto?

— ¿Quieres que la muerte de tu marido quede sin vengar? —preguntó Susana, atónita, mientras masticaba un trozo de tomate de su ensalada. Ivana estaba en pie en la cocina, llenando un vaso con agua y cerveza.

— ¿Qué haces, asquerosa? —se quejó Ale al verla.

— ¡Me la suda! ¡Me la suda que te dé asco mi refresco de cebada! ¡Me la suda que sigan investigando sobre Ricky o que dejen de hacerlo!

— No puedo creer lo que estoy oyendo —dijo Susana, columpiando la cabeza en señal de negación.

Sin venir a cuento, la rapera rapada se acercó por la espalda de la silla de Susana y, agarrándola desde atrás, le exprimió enérgicamente los pechos.

— ¿Sabes que siempre me han gustado tus tetas? Un día tienes que dejarme probarlas.

— ¡Joder! —gritó Susana, levantándose de un salto, electrizada.

— ¿Tú qué opinas, hermanita?

Ivana confiaba en el superior intelecto de Ale, pero sabía que, si un asunto no iba directamente con ella, solo se preocupaba de los crucigramas. Ella misma quería pasar página, así que, con más razón, a su hermana pequeña todo esto le quedaba muy lejano, no era asunto suyo. Su relación

con Ricky había sido muy básica: Ale componía versos y Ricky los entonaba. Nada más, apenas se hablaban.

— ¿Yo? Pues... Creo que si la policía sigue investigando después de dos meses es porque hubo un asesinato, no hay vuelta. Sí, tiene que haber sido premeditado.

“La alemana” extrajo su amuleto, la piedra caliza que colgaba de su cadena, y empezó a lamerla, poniendo cara de estar experimentando un orgasmo. Susana no daba crédito a lo que veía, pero recordó esa misma imagen en otra época y en otro contexto. Susana y sus amigas eran unas adolescentes que, con las hormonas totalmente revueltas, charlaban en la plaza de su barrio sobre sus corazones y los primeros escarceos amorosos. El tío Jorge les había comprado unos chupetes y, todas, saboreaban el elixir de cola mientras los colorantes ennegrecían sus lenguas con un color parduzco. La hermanita pequeña de Ivana, que solía acompañarla porque su madre siempre estaba muy enferma, había rehusado el chupete, como siempre, y se dedicaba a chupar una piedra.

— ¿Esa es la misma piedra de...?

— Sí —se apresuró a responder Ivana—, la que lamía de pequeña. Y no te creas que ahí acaba la cosa. Tiene todas las paredes de su casa llenas de manchurroneos, porque le gusta pasarles la lengua. ¡Qué asco! ¡Luego se queja de mi cerveza con agua! Mi padre la llevó una vez al médico, cuando tenía ocho o nueve años, y dijo que, seguramente, tenía falta de calcio, pero el muy inepto ni siquiera le pidió una analítica.

— ¿No es dañino para la salud?

— Sí —respondió Ale, esta vez—, tengo un amigo que estudia Medicina y cree que yo debería estar muerta, o que la lengua se me tendría que haber caído a cachitos. Pero nunca me ha producido irritación, ni problemas respiratorios, ni nada de eso. Los médicos piensan que todas las personas son iguales y que sus libros pueden controlarlas. ¡Tonterías! Yo tengo adicción a la cal, Susana. He crecido comiendo cal y quiero que echen cal sobre mí cuando muera.

Decidió dar por imposible su intento de comprensión de aquellas dos personalidades tan extravagantes, así que volvió al tema inicial.

— ¿Crees que el razonamiento policial es acertado, Ale? —preguntó Susana.

— ¿Qué razonamiento? Yo no sé nada de esto.

En efecto, ella no había escuchado el relato de los pasos que habían dado los policías, estaba totalmente al margen, por lo que Susana se los resumió.

— Dice mi tío que Ricky consumió fugu fresco, pero en Canarias no hay fugu. Y está prohibido.

— Pero su teoría de asesinato parece cogida con pinzas —aportó Ivana—, porque han hallado más pescaditos venenosos en otros puntos cercanos. Eso no nos lo ha contado el inspector, el muy hijoputa se lo quería guardar, pero se le escapó a Trapus sin querer. Así que la muerte tuvo que ser accidental.

— ¿Accidental? —la velocidad mental de Ale era prodigiosa—. ¿Cómo llegó el pescado ese a su boca? ¿Se lanzó a la playa de cabeza y se lo tragó sin querer?

Al pronunciar estas palabras se acordó de la premonición que había experimentado hacía unas semanas, y decidió que ya era hora de encerrarse en su mundo.

— Me voy a trabajar, mi editor no para de llamarme. Lo siento, pero no quiero saber nada de este asunto. Tú lo entiendes, Ivana, ¿verdad? Yo también deseo que nos olvidemos todos de Ricky. Es el pasado.

— Claro, Ale. Lo que pasa es que a Susana le gusta que juguemos a los detectives, y yo juego con ella siempre que me lo pide.

— ¡Estáis como putas cabras!

Susana se levantó y se marchó, dando un portazo. Tras bajar las escaleras y llegar al hall principal, se enfrentó a un personaje, que no había visto al entrar, y que parecía haber nacido para trabajar allí, junto a la loca de su amiga.

— ¡Ostias! —murmuró—. Buenas tardes.

— Buenas tardes, señorita —dijo él, haciendo una desproporcionada reverencia.

Ivana vivía en uno de esos edificios donde el portero iba vestido de Napoleón, tuneado de charreteras, flecos y pompones; no había más que verlo, era un reflejo evidente de la delirante personalidad de la presidenta de la comunidad.

### ***Palíndromo:***

*Atoran a Susana: rota*

### ***Tacoronte***

A la salida del Juzgado de Paz de Tacoronte, municipio natal de Susana y, a partir de ahora, su zona de residencia, los cónyuges sonreían a los familiares y amigos que se habían congregado en la Plaza del Cristo. Los padres de Raúl, que no habían “estado a las duras” (durante el esperpéntico

“entierro” de Ricky), habían acudido “a la madura” y reflexionada boda de su hijo con Susana. Susana no había sabido hasta hoy, porque Raúl no hablaba de ellos, que sus suegros no eran pareja. Al parecer, llevaban muchísimos años separados, tantos que su hijo casi no recordaba haber convivido con su progenitor.

El mes de abril había consumido casi la mitad de su avance. Tomar la decisión sobre la forma de llevar la ceremonia de unión no fue fácil, y les había costado alguna desagradable discusión. Susana había sido adoctrinada (de pequeña) en la fe católica, mientras que Raúl era un convencido adepto y defensor de la fe bahá'í. Él había tratado de convencerla de que su religión abarcaba a la de ella, por lo que, desde esa óptica de inclusión, el rito bahá'í era el más integrador posible. Susana, por su parte, le intentó hacer ver que ese planteamiento tenía una pretensión de superioridad, porque, dicho en términos matemáticos, la convertía a ella en un subconjunto “Susana” incluido en un superconjunto “Raúl”. Además, tampoco estaba dispuesta a casarse por la iglesia católica, la cual le había sido impuesta a la fuerza y ahora renegaba de la misma. Al convencerse de que su postura era innegociable, Raúl claudicó, y finalmente decidieron que solo se casarían por lo civil.

Para delicia de todos los presentes, en la concurrida Plaza del Cristo de Tacoronte se improvisó una informal actuación de los principales miembros del grupo de rap *Ajos y Soja*. Era todo un lujo observar cómo la calva de Ivana giraba velozmente (los pies al cielo y la falda del revés, revelando sin pudor un ajustadísimo tanga) en las irregulares y pendientes losetas de piedra del duro pavimento.

Oso Coronel, eufórico tras la actuación, tropezó accidentalmente con Jorge Nara, que había acudido con su perro Trapus, y se atrevió a hacerle un comentario de mal gusto.

— Hola, inspector. Tenía entendido que los inspectores están todo el día en la oficina mientras sus subalternos hacen el trabajo sucio.

— Hoy puedes estar tranquilo. No estoy de servicio, vengo a ver cómo se casa mi sobrina.

Jorge vestía una indumentaria impecable, estrenada para la ocasión. Si no fuera por la edad, podría pasar por el novio. También acudieron los padres de Susana, muy introvertidos ambos, quienes se mantuvieron en un discreto segundo plano. Sandra, la madre, se parecía muchísimo a su hermano, Jorge Nara, era como su versión femenina, y generó muchos comentarios corrosivos entre los raperos.

En una zona de la plaza, haciendo piña y formando un compacto grupo invulnerable, estaba la comunidad bahá'í. Muy respetuosos, todos y cada uno de ellos felicitaron a la pareja de recién casados, deseándoles todo tipo

de buenaventuras y sugiriéndoles el cumplimiento de diferentes preceptos prediseñados en algún testamento. Mirando hacia el grupo y en voz baja, Jorge Nara pidió a Trapus que anotara en su cuaderno, textualmente, “investigar al entorno bahá’í”. Trapus supuso que, si bien Nara descartaba a Raúl como uno de los principales sospechosos de la muerte de su hermano (porque no había un móvil conocido), el inspector era un auténtico paranoico con todo tipo de grupos consolidados, por lo que, seguramente, sus circuitos mentales estarían buscando paralelismos asociativos entre los raperos y los bahá’í. Según Trapus, las ideas fijas y obsesivas de Jorge Nara eran las responsables de que la investigación no avanzase lo más mínimo. Daba la impresión de que era eso lo que deseaba el inspector.

— ¿De qué van estos, Trapus?

— Pues... creo que defienden que Dios va pautando su mensaje con un cuentagotas.

Por primera vez, el inspector parecía dudar, ya no se mostraba tan contundente en su objetivo. Tal vez ahora, al tener concentradas a todas las víctimas de su odio en una misma plaza, escucharía las sugerencias de Trapus, quien intentaba convencer al sordo Nara del error en su empeñamiento por perseguir a los raperos y, a partir de este momento, a la comunidad bahá’í.

### ***Palíndromo:***

*Odio agrupado boda, purga oído*

### ***Club Hípico El Refugio, La Laguna***

Cuando la patrulla de intervención rápida de la Policía Municipal de La Laguna estaba de camino hacia el “Club Hípico El Refugio”, en las afueras del municipio, alertada por unos excursionistas ante lo que parecían ser unos gritos de mujer pidiendo ayuda, el sargento Rodríguez recordó una circular interna; una circular que exigía la comunicación inmediata al Cuerpo Nacional de Policía de cualquier incidente relacionado con el club hípico, ya que este estaba siendo objeto de una sigilosa investigación policial. Así que estaban obligados a esperar instrucciones antes de actuar.

A Rodríguez no le gustaron las órdenes que recibió por radio: tenían que esperar en el exterior del club hasta que se personasen los miembros de la Policía Nacional.

— ¡Jodidos maderos! —refunfuñó, mirando a su compañera de unidad—. ¿Y si están matando a alguien mientras esperamos con los brazos cruzados?

Sobre las cinco de la tarde, hora oficial a la que tendría que abrir sus puertas el club hípico en el turno vespertino, llegó el inspector de policía Jorge Nara junto con su inseparable subinspector Marcelo Girard, alias Trapus. Lo que encontraron allí los dejó perplejos. En mitad de un amplísimo pasillo, situado en un recinto interior destinado a caballos pura sangre, yacía sin vida la joven que había sido estrangulada. A sus veinticuatro años, Libra, una de las raperas de *Ajos y Soja*, había encontrado la muerte de forma prematura, y estaba siendo fotografiada por el equipo forense hasta allí desplazado. Alrededor de la víctima “fermentaba” un enorme charco de vómito.

Por fuera, en un patio de cuadras, estaba sentado sobre el borde de un abrevadero (vigilado por dos policías municipales) el presunto asesino, que no había tenido tiempo para abandonar la escena del crimen. Jorge se le acercó y, con paciencia premeditada, sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo llevó a la boca. Hizo un amago de dirigirse a Isaac, pero, tras hacer con el dedo una señal de “espere un momento”, pidió fuego a uno de los policías que retenían al ex raperero. Dado que ninguno de ellos fumaba, el inspector abandonó lentamente el patio.

Isaac era presa de un ataque de nervios. Sabía que el policía estaba jugando con él para generarle ansiedad. Pasaron dos o tres minutos hasta que volvió.

— Bien, bien, bien. Isaac Parra, ¿verdad?

Trapus se acercó y sacó su cuaderno de notas. Se percató de que Isaac estaba totalmente destrozado. Verse pillado en el lugar donde había cometido el crimen, sin haber tenido siquiera la oportunidad de huir unos metros, podía ser un error de principiante o un golpe de mala suerte. Debía ser esto último, porque había sido casual la presencia de excursionistas en las inmediaciones del club. Probablemente, el asesino se habría quedado a limpiar todas sus huellas y se había visto sorprendido por la policía, sin capacidad de reacción.

— No hablaré si no es en presencia de un abogado.

— ¿Crees que un abogado te va a sacar de esta? Dime, ¿asesinaste también al señor Roque? ¿Cómo lo hiciste?

— No hablaré sin un abogado —repetía una y otra vez.

— Si me cuentas por qué la asesinaste, tal vez pueda entenderlo y echarte una mano ante el juez. ¿Se trata de venganza? ¿Del poni?

Ambos notaron que habían tocado la tecla adecuada. Isaac se descompuso más de lo que estaba y volvió a vomitar. Echó la bilis, porque ya no le quedaba nada en el estómago.

— Me han dicho que has vomitado junto al cadáver. ¿Qué es esto? ¿Una especie de ritual satánico? ¿Quieres ultrajar el cadáver? —acosó Jorge.

Isaac era incapaz de resistir el interrogatorio. La imagen de Libra agonizando lo volvió a torturar, y expelió más líquido biliar.

— Tómate tu tiempo, no tenemos prisa, ¿verdad, Trapus?

— No hablaré... sin un abogado... —dijo, tratando de contener las arcadas.

Trapus sabía que el caso estaba cerrado. Isaac había asesinado a los dos principales actores de la canallada cometida con el poni. Ambos, vendedor y compradora, habían sido sus amigos, pero lo habían traicionado. Quedaban algunos flecos sueltos, como la forma de ingestión del pez globo, pero, tarde o temprano, Isaac tendría que dar explicaciones al respecto. Por su parte, Jorge Nara no parecía conformarse con dar por finalizada su labor: su comentario, tras alejar a los policías municipales del lugar de interrogatorio con un vano pretexto, desarmó al subinspector.

— Escucha, Isaac. —El inspector utilizó el tuteo, tratando de crear complicidad—. Sabemos que tú no estás solo en esto, así que te propongo un trato. Le diremos al juez que has colaborado con nosotros. Incluso lo convenceremos de que no fuiste tú quien le apretó el cuello a la chica, sino tu cómplice. Dinos que el negro lo planeó todo y tu condena se verá sustancialmente reducida, te doy mi palabra.

— Pero... —se le escapó a Trapus.

— ¡Shhh! —ordenó Nara—. ¿Qué me dices, Isaac?

La cara de Isaac Parra era de auténtico pavor, porque quedaba claro que aquel inspector de policía estaba totalmente loco. Sintió nuevas náuseas y se llevó la mano a la boca para frenarlas. Trapus también entendió que Jorge no iba a permitir que las evidencias truncasen su cacería personal. Negro José Ropy pagaría por los crímenes, tanto si los había cometido él como si no.

Un agente de la Policía Nacional salió al patio y, acercándose a Jorge, le susurró algo al oído. El inspector asintió, pensativo, y el policía se marchó.

— Lo sabemos todo. Es tu última oportunidad para hablar, Isaac. Si no lo haces ya, no habrá trato. Tú decides.

El novio de Ale estudió el rígido rostro del inspector. Tras unos instantes de duda, habló.

— A usted le da igual quién es el asesino. Solo quiere encerrar a Tom. Así que, aunque le diga la verdad, si no es eso lo que quiere oír, no se va a conformar. ¿Me equivoco?

— Inténtalo. Si me convences, te aseguro que me olvidaré de Negro José Ropy.

— He venido aquí y me he encontrado con el cuerpo de Libra. Cuando llegué, todavía respiraba, tirada en el suelo mientras sufría y se extinguía. Al



acercarme no me pude contener. Vomité tanto, una y otra vez, que, al final, solo echaba la bilis. Entonces escuché el ruido. Estaba detrás de mí, dentro de las cuadras, justo tras la puerta que había a mi espalda. Yo estaba agachado, largándola.

— ¿De qué está usted hablando? —preguntó Trapus.

— Del asesino. Seguramente la estaba estrangulando cuando yo llegué y tuvo que esconderse antes de terminar. Por eso la encontré con vida.

— ¿Qué hiciste? —preguntó Jorge, para ver si Isaac se contradecía en esta infantil historieta que estaba improvisando.

— Me levanté y fui corriendo hacia el patio, muerto de miedo. Cuando estaba fuera, oí unos pasos y me quedé petrificado. No sabía si se acercaban, para matarme, o si se alejaban, huyendo. Por suerte para mí, cada vez sonaron más lejos. Entonces me senté en el suelo, temblando, sin atreverme a entrar al pasillo, que es la única salida de este patio. Hasta que llegó la policía.

— ¿Eso es todo? —preguntó Nara.

— Sí.

— ¿Tú lo creerías si alguien te lo relatara así? Seguro que tú mismo eres consciente de que tu inventiva es muy simplona. Pero voy a seguirte el juego. Tengo un par de preguntas. Primera, ¿cómo entraste en el club hípico en horario de cierre?

— Por una puerta lateral, en el lado oeste. Estaba abierta, pueden comprobarlo.

— Lo haremos. ¿Por qué el asesino huyó y no te mató a ti también? Salvo que seas tú mismo, claro.

— No puedo responder a eso. Pero se me ocurre una posibilidad: para incriminarme.

— Ya. La pregunta más importante. ¿A qué ha venido hoy al club hípico, señor Parra?

Isaac se bloqueó, aislándose de nuevo. Esa era la pregunta que no estaba dispuesto a responder aún, porque, tal vez, todavía tendría ocasión de revertir la gigantesca pista que lo llevaría a la cárcel; aunque no lo creía muy probable.

— Solo hablaré en presencia del abogado.

Pero ellos ya lo sabían. Isaac lo había intuido cuando aquel policía se había chivado al oído del inspector. Era demasiado tarde.

— De acuerdo, tú lo has querido así. Sabemos a qué has venido. Hemos encontrado al poni en tu finca. Primero lo robaste, porque sabías que,

después del crimen, se precintaría el club y no podrías hacerlo. Luego volviste y la mataste, porque ella te lo había quitado a ti.

Trapus se sorprendió, ya que se estaba enterando ahora de la noticia. Al inspector no le quedaba ninguna bala en la recámara para incriminar al señor Ropy, y eso lo iba a poner furioso. Pero la imaginación de Nara era desbordante y nunca se rendía.

— ¿Qué pinta Negro José en todo esto? Sabemos que lo del fugu es cosa suya. ¿Se repartieron los crímenes? Tú asesinaste a Libra y él se cargó al señor Roque.

— ¿De qué está hablando? ¿Qué es eso del fugu? ¡No entiendo la mitad de las cosas que dice, está usted desvariando! ¿Pretende confundirme a base de decir sandeces? —Isaac parecía hartado ante el desarrollo de los acontecimientos.

El novio de Alejandra se echó a llorar. Trapus no sabía si estaba arrepentido, fingiendo, o confundido por la presión y el shock emocional.

— Lo del poni y por qué estoy aquí tiene una explicación —contó Isaac—, pero es imposible que la crean. Yo no la creería, pero tengo claro que alguien quiere inculparme.

— Explícate.

— ¡Debería creerme, inspector! —dijo en tono de burla—. Porque si me cree, podrá seguir acosando a Tom. A mediodía, al llegar a mi finca, me he encontrado con la sorpresa del poni. Alguien lo dejó allí.

— ¿Alguien lo dejó allí? —Nara no parecía disfrutar, pues el relato era propio de un niño en edad escolar.

— Verá, inspector, desde hace tiempo estoy haciendo lo posible por hacerme con ese poni. Libra y su padre nunca lo trataron bien; por lo menos, no como lo trataba yo. Hace unos meses que su padre murió, por lo que Libra es... Era... la dueña de “El Refugio”. Por lo visto, sin la presión de su padre, Libra había decidido sacar el poni al mercado, ya sabe, venderlo, porque no lo necesitaba, y el dinero no le vendría mal. Cuando me enteré, me sentí totalmente sofocado, sin poder dormir por las noches.

— ¿Por qué? —interrumpió Trapus.

— La noticia me produjo auténtica ansiedad. Por un lado, si Libra lo vendía, no lo volvería a ver jamás. Pero, por otra parte, yo podría optar a la compra del poni. Para ello tendría que ir con mucho tacto, porque Libra y yo hacía un par de años que no nos hablábamos. Así que me presenté en su casa con una oferta y un enorme ramo de flores.

— ¿Un ramo de flores? ¿Sabe tu novia todo esto? —preguntó el agudo inspector.

— No. La propia ansiedad me reprimía, no quería decir nada a nadie hasta tener un trato de compra cerrado.

— Bien, no tengo por qué dudar de ti. El hecho de que luchases por ese poni, en todo caso, te perjudicaría en vez de beneficiarte en tu defensa. Continúa.

Las puyas de Jorge trataban de conseguir nuevas contradicciones, pero todo el cuento parecía un auténtico sinsentido.

— Libra se negó rotundamente a vendérmelo a mí. Antes prefería regalarlo. Su rencor, por haberle retirado el habla hace dos años, era patológico. Cogió las flores, mirándome a los ojos con una sonrisa, y, sin borrarla ni dejar de mirarme, las dejó caer al suelo, aplastándolas con sus enormes zapatillas rojas de andar por casa. Yo no me rendí. La llamé por teléfono varias veces. ¡Eso se puede comprobar!, ¿verdad? Le hice ofertas de compra una y otra vez. Hasta que llegué hoy a casa y encontré al poni. Mis plegarias se habían cumplido, tenía pensado ir mañana a ver a Ricky a su templo; bueno, a la Virgen de Candelaria. Estaba dispuesto a hacer las paces con él y con la Virgen.

— Sí, deberías hacerlo, aunque tal vez no puedas, porque te vamos a llevar a un hotelito con tantas comodidades que no creo que te apetezca salir. Pero debes agradecerles el milagro que han hecho desde el más allá. ¿O tal vez no haya sido un milagro? Puede que el poni te echara de menos y huyera del club hípico, porque sabía que lo querían vender, buscando refugio en tu casa.

— Sé que es increíble, inspector, soy consciente. Pero es la verdad. Tengo una teoría, que sería la misma que usted esbozaría si barajara mi versión. Consiste en que alguien, el asesino, compró el poni. O lo robó, no lo sé. Lo llevó a mi finca para incriminarme, luego fue al club y asesinó a Libra. Si compró el animal, existirá un documento de compra, aunque supongo que se habrá deshecho de él.

— Te falta responder a una pregunta. ¿Para qué fuiste al club?

— Para dar las gracias a Libra. Al encontrar el poni, supuse que ella, finalmente, había accedido a mi oferta.

— Quedas detenido como principal sospechoso del asesinato de Libra... ¿Cómo se apellida? ¡Bueno, es igual! Te diré lo que yo creo. Libra había colocado el poni en el mercado y tú lo has sacado de él por la fuerza. Ese es tu móvil. ¿Acaso te tirabas a ese burro?

### ***Palíndromo:***

*Si Libra coloca ese poni, se saca así, e Isaac asesino pese a colocar bílis*

### ***Tacoronte***

Susana necesitaba hablar con ella para averiguar por qué el grupo de rap dificultaba la labor policial y por qué mantenía una excesiva actitud hostil hacia “tío Jorge”. Por eso, aprovechando que Raúl estaría dos días en Madrid, en una reunión de trabajo, la había invitado a merendar.

— Creo que tu intención es que colaboremos con Jorge porque él te lo ha pedido —razonó Ivana—. ¿No te das cuenta de que te utiliza para acceder a nosotros?

— Puede ser, pero no me negarás que todos vosotros adoptáis un rechazo visceral a una seria investigación policial —se defendió Susana.

— ¿Sería? ¡Estás flipada! Isaac está en la cárcel desde hace casi un mes. ¿Qué más quiere? ¿A dónde quiere ir a parar tu tío? Va a por Pepe, y tú lo sabes.

— Si va a por él será porque tendrá indicios de algo. Sabes que no me gustan los términos en que se dirige a PepeTom, y yo creo que es inocente, no tiene pinta de ser un asesino. Reconozco que es excesivo dirigirse a él como Negro José Ropy, es una falta de respeto, pero supongo que lo hará para presionarlo hasta que se derrumbe. La labor policial tiene que recurrir, a veces, a este tipo de artimañas.

— ¿Artimañas? ¿Falta de respeto? Pero... Susana, ¿es que no lo ves? ¡Eres tonta de remate! ¡Esto es racismo!

Susana encajó con calma la queja de Ivana, ya que la estaba esperando. La rapera se había descontrolado porque su amigo estaba siendo acosado abusivamente. No podía aplaudir la actitud de su tío, por supuesto, pero entendía que tendría que haber algo desconocido que explicase (aunque no justificase) su agresividad hacia PepeTom.

— Además —continuó Ivana—, ¿tú crees que Isaac tiene un cómplice?

— Lo que dice la policía no es eso, Ivana. Hay suficientes indicios para creer que Isaac mató a Libra, supongo que ninguno de vosotros lo duda, salvo tu hermana, claro. Pero su coartada en el envenenamiento de Ricky parece irrefutable. Mi tío dice que estuvo cuatro días en La Palma, visitando la Caldera de Taburiente. Regresó la misma tarde del accidente.

— Si es que el envenenamiento no fue casual, Susana.

— Todo parece indicar que fue asesinado.

Hubo un prolongado silencio que hizo reflexionar a las dos mujeres sobre las circunstancias que las habían llevado hasta aquella situación. Fue Susana quien lo rompió.

— Te tengo que hacer una pregunta personal. Y esto es cosa mía, no de mi tío. ¿Qué problema tienes con él?

— ¿Qué quieres decir?

— Tu actitud hacia Jorge es mucho más agresiva que la de cualquier otro rapero, y tú ya lo conocías. Estas cosas se notan, Ivana, no puedes engañarme. Si hay algo personal entre mi tío y tú, deberías exponerlo porque, tal vez, él no sea la persona más indicada para investigar la muerte de tu marido.

Ivana se levantó del moteado sillón en que había permanecido desde el principio de la conversación. Echó un rápido vistazo a los adornos horteras que personalizaban la casa de Susana. Su amiga, no solo tenía el gusto en el culo para la decoración, también era muy simple razonando, tal vez porque no tuvo la suerte de ir a la universidad y ella sí, así que sería cruel por su parte tenérselo en cuenta. La formulación que le estaba haciendo era del tipo “si estáis mosqueados por alguna trivialidad, hacéis las paces y listos; quiero buen rollito entre mi amiga y mi tío”. Era como una sutil celestina tratando de que todo lo que había a su alrededor funcionase como un reloj, para que su propia vida fuese más armónica. Pero tenía derecho a saber la verdad, para eso había preguntado. Aunque había cosas que tendrían que esperar, o que jamás contaría. ¿Qué ganaría Susana con saberlo? “*De acuerdo, Susana, te daré la verdad, pero solamente una mínima dosis. No creo que estés preparada para asumir el resto*”. Antes de hablar, Ivana pasó sus dedos, suavemente, por los granos que embellecían el rostro de su amiga, y la obsequió con una amplia sonrisa, como un consuelo paliativo antepuesto para mitigar la dura información que le iba a hacer digerir.

— De acuerdo, Susanita, tú lo has querido. Como sabes, en el año noventa y ocho me fui a estudiar a Sevilla. Allí trabajé como becaria y, finalmente, me licencié en Bellas Artes. Posteriormente me trasladé a Motril con Ricky. Ambos trabajamos en la Conservación del Patrimonio Industrial y Tecnológico. Para no cansarte con muchos detalles, básicamente rehabilitábamos antiguas fábricas de azúcar.

— O me estoy perdiendo o tratas de ganar tiempo. ¿Qué tiene que ver tu vida de estudiante con mi pregunta?

— Ten paciencia. Volví a Canarias hace dos años, o sea que llevo doce años fuera. En la Facultad de Bellas Artes coincidí con un chico de origen marroquí, llamado Kadim, que era un encanto. Había vivido en Sevilla desde pequeño, y siempre estuvo interesado por el arte, sobre todo por la Arquitectura. Kadim soñaba que algún día, cuando se licenciase, contribuiría

con sus conocimientos a modificar el diseño arquitectónico de algunas ciudades que, según él, estaban cayendo en una excesiva occidentalización. Lo que más me gustaba de él era su ilusión, sus ganas de vivir. Tenía una visión contracultural gracias a la doble perspectiva de su procedencia y su residencia. Por eso me lo follaba casi todas las noches al terminar de estudiar juntos en la biblioteca.

— ¿Era tu novio, Ivana?

— No, solo follábamos. Me gustaba cómo era, pero no es que estuviera enamorada de él. Lo de Ricky fue mucho más intenso. Eso creo, por lo menos.

Susana empezaba a perder la serenidad. La pasada vida sentimental de Ivana, a pesar de ser su amiga, no le interesaba en este momento. Ivana se dio cuenta de que tenía que ir al grano.

— ¿Sabes dónde ha estado Jorge Nara todo este tiempo?

— Sí, me ha dicho que llevaba años trabajando en Almería —contestó Susana.

— En concreto, en El Ejido. Resulta que el municipio de Motril está situado a unos setenta y cinco kilómetros de El Ejido, una hora de coche, más o menos. De alguna manera, tu tío y yo éramos casi vecinos. No de barrio, sino de pueblo, y me enteré de cosas que hizo, que no te van a gustar.

— Tu vida en Motril fue después de terminar la carrera. ¿Qué tiene eso que ver con tus polvos de estudiante?

— Kadim y yo seguimos siendo muy amigos, más íntimos que Ricky y yo. Por si tu calenturienta mente se lo está preguntando, seguíamos follando aun estando casada.

— No me lo estaba preguntando, me lo imaginaba. Cuando almorzamos en casa de Raúl, te explayaste presumiendo de tu ausencia de conflictos sexuales —recordó Susana—. Continúa, por favor.

— Empezaré por el principio, contándote cosas de las que me enteré posteriormente atando cabos y oyendo testimonios. En el año 2000, tu tío participó en una vergonzosa inhibición policial por parte de un grupo de miembros de las fuerzas de seguridad, encargadas de mantener el orden ante las revueltas xenófobas de febrero, en El Ejido. ¿Recuerdas los hechos?

— Sí, salió en todas las noticias.

Cuando ocurrieron aquellos incidentes, Susana tenía diecinueve años. Recordaba estar almorzando en su casa cuando la noticia salió por televisión. Su madre había comentado, nerviosa, que Jorge estaba en medio del conflicto. Si su memoria no le fallaba, hasta lo había identificado en televisión al ser enfocado por las cámaras durante breves segundos. Según Susana, la pasividad policial a la que hacía referencia Ivana no era más que

un punto de vista parcial. Si hubieran llegado a actuar con contundencia, podrían ser igualmente criticados por ello. El conflicto había comenzado cuando un inmigrante de origen marroquí, con problemas mentales, mató a una mujer. Entonces, el pueblo (una parte, claro) se había convertido en la anti-Fuenteovejuna de Lope de Vega, porque no era un levantamiento contra el poder, sino contra el oprimido. Hubieron muchas críticas a la política local (e incluso al Ministro del Interior) por fomentar la segregación de la población inmigrante.

— La Asociación de Trabajadores Marroquíes en España declaró “cómplices de la violencia” a la policía y al Gobierno, por su pasividad. Kadim no era un inmigrante, estaba empadronado en Sevilla y estudiaba en la universidad, pero era un idealista, y tomó aquella noticia como si fuese su guerra. Tenía muchos amigos marroquíes en los alrededores, incluso en El Ejido. Me contaba que, a aquellos muchachos, muchos descerebrados les gritaban por las calles “moros fuera de España”, y los agredían. Tu tío estaba allí y no hizo nada.

— ¿No hubiera sido peor “hacer algo”?

— Lo peor fue “hacer algo” en 2009, porque entonces sí que hubo carga policial, pero contra los inmigrantes. Me consta que Jorge Nara disfrutó en 2000 mientras el grupo de xenófobos increpaba y agredía a los marroquíes, y en 2009 disfrutó dando porrazos a todo morito que se le cruzaba en su camino. Si ahora tuviera en la mano aquella porra que portaba en la policía antidisturbios, la descargaría con todas sus fuerzas contra la espalda de Pepe, una y otra vez. ¡Tu tío es un maldito cabrón!

Tras el grito final, Ivana se echó a llorar. A Susana le sorprendió ver derrumbada a su siempre alegre y divertida amiga. No había que ser muy lista para saber qué le pasaba.

— Tu amigo estaba allí, ¿verdad?

— Esa vez sí. Aunque vivía en Sevilla, tenía una novia en El Ejido desde hacía un año. El mismo día de la actuación policial, en un callejón poco transitado, Kadim y tres amigos suyos salieron de la casa de uno de ellos. Jorge Nara los esperaba. Estaba solo y, con una violencia descomunal, sin dejarlos reaccionar, se dedicó a repartir brutales porrazos a los cuatro.

— ¡Caramba!

— Al día siguiente, Kadim vino a Motril. Tenía varias costillas rotas, y le impedían respirar en condiciones. Creo que le faltaban tres dientes, no recuerdo el número exacto. Tosía mucho, como si sus pulmones estuviesen enviando señales de socorro. Cuando estaba hablando conmigo, no paraba de toser y toser. Me tosió encima, era pus lo que echaba. Pero lo que tengo grabado a fuego eran sus temblores y su llanto; parecía un niño desvalido, pobrecito mío.

— ¿Quieres hacerme creer que mi tío se dedicaba a golpear a todos los inmigrantes, sin ningún motivo?

— A todos, no lo sé. Yo supe de tres, por referencias, y a un cuarto le vi las secuelas. Duró un par de semanas, Susana. Kadim murió en un hospital de Sevilla, porque sus pulmones no resistieron.

— Pero... ¿qué pasó con Jorge?

— Nadie supo nada, nadie denunció. Los tres amigos fueron cobardes, supongo, yo nunca los conocí. El propio Kadim creía que los policías eran intocables, y denunciarlos suponría venganza contra sus familiares y amigos.

— ¿Y tú?

— ¿Yo? ¿Quién me iba a creer? ¡Ni siquiera fui testigo, no podía probarlo!

Sentadas en un sofá, permanecieron en silencio varios minutos. Ivana apoyó la cabeza en el hombro izquierdo de Susana y logró relajarse, hasta quedarse traspuesta. Susana la recostó en un cojín y la tapó con una manta, mientras le acariciaba la calva. Si Ivana contaba la verdad (o mejor, si a Ivana le habían contado la verdad) ahora entendía la actitud delirante de su tío.

***Palíndromo:***

*Y por eso Jorge Nara mal le llamara Negro José Ropy*

## Al amainar, CUATRO pasos aporta Ucrania mala

***Océano Índico, LS 14° - LE 63°***

El oficial encargado de las comunicaciones del *Lyaksandra*, Yuriy Drach, comunicó la noticia a Doroshko, el capitán del carguero ucraniano. Por lo visto, lo que parecía ser una sencilla maniobra de entrega y despiste,



se había complicado por el empecinamiento de un inconformista inspector local de policía, en Tenerife. Aunque habían encontrado el rastro de pez globo en otros puntos de aquella zona del hemisferio norte, el susodicho inspector no se conformaba con la aparente versión de un hecho fortuito.

— Todo estaba bien planificado, Drach. No entiendo por qué este asunto no está zanjado. Lo que me preocupa es que vamos a tener que estar una temporada sin recalar en Canarias, por si acaso llegaran a sospechar de nosotros.

— Pero es imposible que nos relacionen con el fugu; lo de enero fue un hecho puntual, no nos dedicamos a eso, capitán.

— Sí, pero un asunto marginal como ese podría destapar toda la verdad sobre nuestra misión. Imagina que nos hacen controles mucho más serios. ¡Me cago en la puta! ¡No debimos aceptar el encargo de ese tipo!

— Pagaba muy bien, capitán —razonó Yuriy.

— Eso no va a compensar las pérdidas que nos puede generar. Si nos saltamos Canarias durante un tiempo, ¿qué haremos con la mayor parte de nuestra carga?

El problema del *Lyaksandra* era grave, porque la mayor partida de pescado congelado procedente de Japón, donado por empresas y organismos del país asiático, no superaría ningún control sanitario salvo en Canarias. Tenían asegurado (más o menos) el transporte por aguas internacionales y el atraque en una serie de puertos. En general, todo el cargamento de pescado rozaba el umbral de permisividad, y, en concreto, el destinado a las islas lo superaba ligeramente, pero allí, en las pruebas de laboratorio, tenían garantizada (corriendo algún riesgo, claro) la manipulación de las cifras reales del nivel radiactivo.

El razonamiento de la organización parecía inapelable: el pescado no haría daño a nadie, porque todo intervalo de inseguridad deja un amplio margen de tolerancia para garantizar la ausencia de riesgo. Igual que las fechas de caducidad. Además, la mercancía se colocaba, estratégicamente, en geriátricos, albergues y centros benéficos. Así cumplían con el precepto del *Food Without International Borders* (FWIB): por lo menos, podrán comer. ¿Qué importa si se contaminan, si de todas formas van a morir pronto?

— Podríamos pedirle ayuda a nuestros contactos locales en Canarias. Ellos pueden advertirnos si corremos algún peligro. Sus redes tienen acceso a los datos de la investigación policial.

— ¿Te has vuelto loco, Drach? Si se enteran de que hemos aceptado un encargo paralelo, sin comunicárselo, y que hemos puesto en riesgo toda la operación, olvídate de tu trabajo en este barco; y tal vez de tu vida.

— ¿Y si intentamos colocar el pescado más afectado en otro lugar?

— ¿Dónde? Nadie lo compraría. Una de las claves para que la red funcione es que tenemos muchos colaboradores en Canarias. No podemos arriesgarnos a intentar crear otra organización, tan bien montada como esta, en otro sitio. ¡No funcionaría! Este negocio no lo hemos creado nosotros solos, es una perfecta cadena, a nosotros nos han puesto aquí. ¿Qué hemos hecho? Hemos soltado un engranaje y nos va a costar soldarlo.

La red de contrabando internacional tenía un blindaje mayor que las rígidas normas sanitarias europeas, que tamizaban las entradas de alimentos procedentes de Japón a raíz del desastre nuclear del año anterior. En el caso del pescado que transportaban a Canarias, contaban con colaboradores en Japón, en aguas internacionales, en los ministerios de “Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente” y “Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad” del Gobierno de España, en diferentes ayuntamientos y policías locales, en las redes locales de transporte encargadas de la distribución de alimentos a geriátricos... El *Lyaksandra* viajaba con los galones de la FWIB, y ese aval era sinónimo de seriedad, honradez, limpieza y autocontrol. Gracias a la FWIB, el carguero vendía la idea de minuciosidad y desconfianza, como si fuese la ONG la que no se fiase de las autoridades sanitarias y aduaneras. De hecho, siempre viajaba con dos analistas españoles a bordo. Uno de ellos pertenecía a la ONG y había trabajado para el “Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación” (denominado así durante el gobierno socialista). El otro era un empleado del actual Ministerio de Agricultura, algo así como un inspector dentro del mismo barco. Por eso se confiaba en el *Lyaksandra*, era tan respetado como los propios Buques de Operaciones Especiales de Vigilancia Aduanera.

En esta tesitura, todos los controles sanitarios que soportaba el carguero eran controles light; el viajar con dos analistas de prestigio (corruptos) relajaba esos controles. Por eso, el barco tenía el descaro de realizar la actividad más delictiva en España, el país que presumía de haber adoptado unas medidas de control sobre los alimentos procedentes de Japón, en los Puestos de Inspección Fronterizos (PIF), mayores que las recomendadas por la Unión Europea. Insolente, el *Lyaksandra* tenía abierto un pasillo de inmunidad que, ahora, peligraba con la muerte de Ricky.

— Capitán, tenemos un problema —interrumpió un oficial de cubierta.

\*

Kazimir estaba en cubierta, con las manos atadas a la espalda y el torso al descubierto. Lo sujetaban fuertemente dos oficiales. El efecto estimulante había desaparecido, desalojado por el miedo. La mirada del capitán Doroshko pretendía ser más intimidatoria que rastreadora, pero su objetivo era averiguar quién le había proporcionado la cocaína.

— Escucha, Kazimir, odio preguntar las cosas dos veces, así que no lo haré. Tienes que pensar bien la respuesta porque, si no es la correcta, no habrá segunda oportunidad. ¿Lo has entendido bien?

El bielorruso asintió con la cabeza, pero su corazón parecía dispuesto a estallar si no terminaba pronto la pesadilla. Trató de tragar saliva, pero la sequedad de su garganta se lo impidió.

— Para ayudar a concentrarte y que no falles a la primera —continuó el capitán—, facilitaré que no te quede ningún cargo de conciencia por chivarte de un amigo. ¿Te parece bien?

— ¡No, no, por favor!

Sin girarse, Doroshko alargó la mano derecha hacia atrás, y Yuriy Drach depositó en ella una temible barra de hierro. Kazimir siguió suplicando, con los ojos cerrados.

— ¡Le diré lo que desee, capitán! ¡Lo juro!

— Ya lo sé, Kazimir, ya lo sé. No debe caberte duda.

Doroshko impulsó enérgicamente la barra, hacia atrás, y luego la descargó violentamente contra las rodillas de Kazimir. El grito del bielorruso fue atroz, poniendo los pelos de punta a todos los marineros del carguero. Por algún efecto nervioso, sus ojos se descolocaron, ocultándose tras los párpados superiores. Creía que iba a perder el conocimiento, pero percibió que el capitán volvía a levantar la barra y su adrenalina se disparó otra vez. El segundo golpe impactó de lleno por debajo de la rodilla izquierda, partiendo tibia y peroné con un desagradable crujido. Tras el grito agónico, la cabeza de Kazimir trató de escapar, pero la presencia de Doroshko la mantenía alerta.

— Kazimir, muchacho, ¿quién te vendió la coca?

El bielorruso no lo pensó dos veces.

— Yaroslav —susurró, con un hilo de voz.

— ¿El cojo loco?

— Lo siento..., amigo... —murmuró Kazimir.

Todos los oficiales miraron hacia Yaroslav, el maniaco, quien ya se había orinado encima y no paraba de temblar. Apenas hacía dos días que había amainado una fuerte tormenta en aguas del Océano Índico, pero, al parecer, la tormenta se había instalado en el barco de bandera ucraniana. Además del fugu, lo único que le faltaba al capitán Doroshko era que los pillaran con aquella mierda de cocaína adulterada. Tres minutos más tarde, Yaroslav era obligado a dar cuatro pasos por una improvisada rampa y saltar por la borda, pero a Kazimir, como recompensa por su colaboración, le perdonaron la vida.

***Palíndromo:***

*Ojo: cocaína mala, dala maniaco cojo*

***Dependencias del C.N.P. Santa Cruz de Tenerife***

El subinspector Marcelo Girard (Trapus) nunca antes había probado el café, hasta el uno de marzo, cuando oyó en la radio la noticia sobre los resultados de un estudio realizado por el “Instituto de Investigación en Cerebro, Cognición y Conducta” de la Universidad de Barcelona, e impulsado por el *Centro de Información Café y Salud*. Según el estudio, la cafeína suponía un aumento considerable de la concentración en el trabajo, así como una disminución en el riesgo de padecer algunos tipos de cáncer y de contraer el Alzheimer. La recomendación de los responsables del estudio era de cuatro tazas diarias, porque dosis superiores podrían ser dañinas para la salud. Además, lo más llamativo de la noticia consistía en que, lo realmente beneficioso en la ingesta de café, era su adicción, aunque ellos lo llamaban (por ser más “políticamente correcto”) hábito.

Trapus nunca había sido “cafetero”, pero creía (erróneamente) que, tomando todo el café del mundo, podría compensar la falta de hábito pautado. Así que, en vez de cuatro tazas diarias, consumía una cantidad abusiva, siendo su récord, hasta el momento, de veintiséis en el mismo día. Por otra parte, dado que la investigación concluía que la combinación ideal para el cerebro era cafeína con glucosa, el subinspector añadía tres sobres de más al azúcar que, por defecto, incorporaba el café extraído de la máquina del edificio donde trabajaba (sobres que iba sisando, disimuladamente, de los mostradores de las cafeterías que frecuentaba). Y ello a pesar de su incipiente diabetes.

— ¿Qué novedades tenemos, Trapus? —preguntó Jorge.

— He consultado a geólogos marinos sobre la posibilidad de que llegue fuga a esta zona. Parece ser que es posible, incluso en el Mediterráneo. Por lo visto, en los últimos años ha habido una invasión de especies foráneas, incluido el pez globo.

— ¡Vaya, vaya! Nos va a costar mucho alargar la hipótesis de asesinato. Si no presionamos pronto al negro para que confiese, este caso se nos podría ir de las manos.

— Inspector, tenemos al señor Parra encarcelado por el asesinato de esa mujer, Libra. Usted mismo dice que el crimen no tiene ninguna relación con el del señor Roque. Con todos mis respetos, ¿cree que el mundo del rap es una organización criminal? Soy incapaz de creer, por pura estadística, que en un mismo grupo de rap hay dos asesinos que han cometido dos crímenes diferentes, no relacionados el uno con el otro, y con una diferencia de solo un par de meses en el tiempo.

Trapus estaba bastante cabreado por la actitud desequilibrada del inspector, y se había estado planteando acudir a los mandos superiores de la policía para contrastar su parecer, pero quería darle otra oportunidad a Nara. ¿Tal vez se le estaba escapando algo? ¿Algo que Nara no le hubiese contado?

— Puede que tengas razón, pero no me conformaré hasta que el negro hable. Si vemos que su testimonio es creíble, daremos el caso por zanjado. Eso sí, tendremos que asegurarnos de que dice la verdad.

— ¿Cómo piensa presionarlo?

— Ese será asunto mío, y tú no debes saberlo, ni darte por enterado. Limitate a hacer tu trabajo de investigación, que yo me encargo de las labores incómodas.

Jorge Nara sabía (o creía) que Trapus nunca lo traicionaría. El subinspector era un cobarde, así que, aunque matara al asqueroso negro, salvo que pudiese probarlo, no lo denunciaría, porque la denuncia sin pruebas podría volverse contra él. Se quedaría sin trabajo. Jorge ya estaba harto del señor Roque y del pez globo. Si Roque se había ido a pescar y se había envenenado, pues que le den. Pero el negro se había burlado de él, una vez tras otra, cada vez que le hacía preguntas serias relacionadas con una seria investigación policial. Y eso lo pagaría, vaya que sí.

### ***Palíndromo:***

*O colaran odio, oíd, o Nara loco*

### ***Discoteca Nooctua, La Laguna***

— Venga, Susana, vamos a bailar a la pista.

Ivana tiraba de la mano de su amiga, tratando de levantarla de la mesa que habían ocupado los cinco. PepeTom y Oso Coronel estaban totalmente borrachos, contándose unas anécdotas tan inverosímiles que Susana no podía creerlas. Su marido, Raúl, estaba en los servicios, tratando de aliviar los efectos de la ingesta de cerveza.

— Déjame, no me apetece bailar, tía.

— Está bien, ya voy sola.

Susana observó cómo su amiga se acercó a un desconocido, le rodeó el cuello con los brazos y se puso a danzar escandalosamente, remeneándose de forma provocativa y atravesándolo con los ojos. Era un muchacho rubio, de ojos claros, que vestía una ropa bastante pija, lo que contrastaba fuertemente con la indumentaria cañera y excesivamente punk de la mujer calva. Tendría unos veinte años, doce menos que ella, menor, incluso, que la pequeña Ale. Agarró la mano derecha del joven y la colocó con firmeza

en su nalga izquierda, y la dirigió para que él la manoseara con lujuria. Ivana hizo ademán de besarlo y el joven la miró con absoluto desconcierto. Entonces ella le dio un empujón y siguió bailando sola. Él se puso colorado y se fue de la pista.

Cuando Raúl regresó a la mesa, se unió a Susana en la contemplación de aquella loca que, hacía cuatro meses, había enviudado de su hermano.

— Oye, Su, parece que tu tío ya está olvidado del asunto de mi hermano. Por lo menos, este trío de majaras no ha vuelto a quejarse de visitas y acosos —dijo, mientras señalaba a Oso y Tom.

— ¿Tú qué crees, Raúl? ¿Ha sido un accidente o hay un asesino?

— Pues... asesino o asesina. No lo sé. Ellos no creen que se trate de un accidente, pero este sería lo más lógico, ¿no? Si Isaac tenía coartada, no van a haber dos crímenes tan relacionados con dos asesinos diferentes. ¡Sería demasiada coincidencia!

— A no ser que...

— ¿Qué?

— Que Isaac sea inocente.

— Pero, Su, la policía no tiene dudas.

— Lo sé, Raúl, pero sabes que tu hermano no pescaba. Es improbable que comiese el dichoso pez globo si no estaba congelado. ¿De dónde lo sacó?

— Tienes razón. Es un asunto muy extraño. Mira, Su, necesito saber en qué va a acabar todo esto. A estos raperos, incluida mi cuñada, les da igual si la muerte de mi hermano queda sin aclarar, pero yo quiero que se haga justicia. ¿Qué dice tu tío de este misterio?

— No te lo había dicho, Raúl, pero apenas me hablo con él. Mira, ha estado llamándome para invitarme a almorzar en su casa, pero yo le he dado largas. Siempre le pongo una excusa. Estoy tratando de enfriar mi relación con él, sutilmente, sin que se dé cuenta, ya que sigue siendo el hermano de mi madre.

— Supongo que es por lo que te ha contado Ivana sobre ese tal Kadim.

— Sí, claro.

— No es por llamarla mentirosa, pero tal vez Ivana es un poco exagerada. O muy fantasiosa. Puede ser que ese Kadim le relatara una visión subjetiva de los hechos. Al fin y al cabo, Ivana no estaba presente en la supuesta agresión.

— ¿Cómo iba a inventarse una cosa así, Raúl?

— No sé, pero yo nunca me enteré de eso. Ricky me lo habría contado, o eso creo. Hay una cosa que no entiendo, y deberías preguntársela a Ivana.

— Dime.

— ¿Cómo sabe que fue Jorge Nara quien agredió a Kadim?

— Buena pregunta.

Efectivamente, la pregunta era muy buena. El relato de Ivana exigía que Kadim conociera a Jorge Nara y supiera que Ivana también lo conocía. Raúl y Susana se giraron y la vieron, acercándose. La rapera cogió su cerveza, echó un largo trago y los saludó con la mano.

— ¡Espera! ¿Te vas otra vez?

— Sí, cariño. ¿Te apetece ahora bailar? ¿Crees que Raúl se pondrá celoso si nos morreamos como dos marranas?

— ¡Joder, Ivana! Estás como una cuba —intervino Raúl, incómodo.

— ¿Qué sabes tú cuándo se está como una cuba, si no te has colocado en tu vida? Deberías mandar a la mierda todas esas reglas de los bahá'i y soltarte un poco. ¡Mírate! Con esa camisa almidonada y abotonada hasta el cuello, pareces un cursi de cojones. ¿Vamos, Susana? Quiero practicar el verbo.

— ¿El verbo?

— Siempre que voy a una “disco” practico el verbo.

— ¿De qué coño hablas?

— Del verbo “besar” —contestó Raúl por ella—. Yo no he salido mucho con estos pirados, incluido mi hermano, claro. Pero cada vez que salen, ella busca una presa en la pista de baile para morrearse, sea hombre o mujer. Mi hermano no tenía dignidad, le daba igual.

— Pues... parece que, hace un rato, te han rechazado —pinchó Susana.

— ¿A mí? No, él se lo ha perdido. Yo elijo mi presa y decido. La provoco con mi verbo, o sea, me insinúo para ver cómo reacciona. Si sus labios se acercan a los míos, ¡aprobado!, le permito que me coma la garganta. Pero si duda, y eso se lo veo en los ojos, no le doy una segunda oportunidad. Tiene que pillar mi deseo a la primera.

— ¡Eres una auténtica ninfómana! —dijo Susana.

— Tampoco creas que follo siempre que beso —dijo, y se despidió con un guiño, yendo hacia otra presa.

***Palíndromo:***

*Ese no cavila sobre verbo, saliva con ese*

***La Laguna***

La confección de alfombras florales duraba toda la noche y, tal vez, parte de la mañana. Todo dependía de la velocidad y destreza con que se desarrollaran los participantes de cada congregación religiosa o de cada comercio que estampaba su publicidad gratuita, disimulándola entre un collage de flores, frutos, piedras, arenas de colores y cualquier otro elemento decorativo, con motivos indefectiblemente religiosos. Y todo ese trabajo para que, al día siguiente, la procesión de Corpus Christi pisoteara y destrozara las alfombras sin piedad. Había tradiciones que Susana era incapaz de comprender, por absurdas.

Desde que era una niña, Ale había participado en la elaboración de la alfombra del Opus Dei. Ella no era una devota religiosa, ni mucho menos, pero había sido marcada para siempre por una profesora que sí pertenecía a la obra. La tutora, que le había dado clase durante casi toda la enseñanza primaria, había sido como una segunda madre para ella. Apodaba a su pupila como Alejandra Verne, porque defendía que “la alemana” gozaba de una desbordante imaginación y una lógica capacidad de anticipación. Igual que Julio Verne. El grado de empatía era tal que, a pesar del paso de los años, Ale no le fallaba nunca a la hora de echarle una mano. Dado que las dotes artísticas de “la alemana”, reflejadas en su capacidad inventiva, eran excepcionales, la señora le insistía, año tras año, para que la ayudara. En definitiva, la adepta del Opus Dei había logrado adoctrinar a la pequeña Ale en el alfombrado.

Las calles de “La Carrera” y “San Agustín” se convertían, durante esa noche, en un lugar mágico de ambiente juvenil. A la mañana siguiente, una marea humana de rutinarios, incondicionales y familias aburridas, recorrería el “tontódromo”, tratando de extraer algún atisbo de placer procedente de la pretendida (y dudosa) originalidad del engalanado pavimento. Susana no era de las que participaban en ese desfile de fauna vegetando. Prefería saborear el ambiente nocturno, siempre joven, de la noche lagunera. Había ido sola, porque Raúl no quería saber nada de una tradición que no iba con él.

Alejandra compaginaba su tarea con largos descansos para saborear algún que otro porro, pero esa noche había estado esnifando cocaína, con su hermana, antes de reunirse con su maestra. La religiosa mujer sabía que la



joven solía colocarse, pero no le importaba. Solo quería que sus alegres e impactantes ideas creativas se plasmasen en el asfalto.

— ¡Hola, Susana! —gritó Ale, al verla.

Susana se acercó y le dio un beso. Tal como estaba, Ale la abrazó, con las manos impregnadas de una mezcla indescriptible de colores, olores y restos de partículas (flores, cáscaras de algún fruto seco, arena...). Acto seguido la soltó, cogió un puñado de arroz de dentro de un cacharro (consistente en media botella de agua de ocho litros), y lo esparció por la zona lumbar de un Cristo que las miraba desde una ilógica posición, pues pretendía estar en pie, pero lo cierto era que yacía en medio de la calle San Agustín.

— Ya está. Ahora me tomaré un descanso y charlaré contigo —declaró con la gran euforia que le producía la cocaína.

— ¿Cómo te va, Ale? —preguntó Susana, mientras recorrían un callejón cercano por el que apenas cruzaba gente a aquellas horas.

— Si quieres saber la verdad, estaba tratando de construir palíndromos, porque estoy un poco colocada y eso siempre me ayuda a inspirarme. Me salen solos, pero a veces no logro engranarlos bien. Mira, Susana, ¿qué te parece esta idea que se me acaba de ocurrir? Estaba echando cal en las alfombras, sabes que soy adicta a la cal. Entonces me acordé de que esta noche, antes de venir, estaba esnifando coca con mi hermana y me fijé en lo flaca que está Ivana. Nunca lo había notado, porque, a los que te rodean, los ves siempre igual, pero no los analizas. Pues la coca me hizo analizarla: está esquelética.

— ¿Qué quieres decir, Ale? —Susana se estaba empezando a marear. Odiaba aquellos tortuosos jeroglíficos de Ale y no sabía si lo resistiría.

— Pues... intenté formar un palíndromo con las palabras que tenía en la cabeza, y que creía que podían encajar: flaca, coca, cal. ¡Pero no lo pude completar! Yo tengo una máxima, que consiste en un palíndromo incompleto que me impide elaborar un palíndromo incompleto. Porque, si lo elaboras, estarías haciendo trampas.

— Lo siento, Ale. Si has estado chutándote... No entiendo nada de lo que dices.

— Es igual. El palíndromo que casi formo es “*flaca coca cal (f)*”. Pero le falta una “efe” al final, para completarlo. ¿Qué ocurre si sucede esto, Susana? ¿Tú qué harías si el palíndromo te sale así?

— ¡Por Dios, Ale! ¡Estás colocada! ¡Déjame en paz!

— ¿Dónde está Raúl?

— Se ha quedado en casa, durmiendo. No le gustan las alfombras. A mí tampoco, la verdad, he salido por respirar el ambiente. Cuando te he preguntado que cómo te va, me refería a Isaac.

Ale se quedó callada unos instantes, valorando el interés de Susana por su estado anímico. Pocas personas se interesaban en él, ni siquiera su propia hermana, a quien parecía darle igual tanto la muerte de su marido como el que Isaac se pudriese en la cárcel.

— Te agradezco tu consideración, Susana, pero prefiero no volver a pensar en Isaac. Si ha hecho algo y lo tiene que pagar, no voy a poder evitarlo. Sé que no es culpable, pero como no puedo cambiar su situación, no me quedará más remedio que olvidarlo. Suena duro, pero soy así de práctica.

Susana no pensaba que fuese práctica. Más bien tenía un aire de pasotismo genético, como su hermana. Isaac Parra había sido abandonado a su suerte por la persona que (supuestamente) más lo había querido.

Habían regresado a la alfombra del Opus Dei, y, después de extraer su amuleto de piedra caliza y darle dos sonoros chupetones, Ale estaba eligiendo nuevos elementos decorativos para la zona inferior de la alfombra. Dos jóvenes muy serios se encargaban de enderezar los bordes de piedras que rodeaban la figura del Cristo.

— ¿Sabes, Ale? Por si te sirve de consuelo, yo tampoco estoy segura de que sea culpable. Podría ser verdad que le tendieran una trampa. Si pasa en las películas... La realidad suele ser más enrevesada que las flores que le habéis puesto al Cristo en la mano.

Tras pronunciar estas palabras, Susana se dio cuenta de que el rostro de Ale estaba sufriendo una transmutación. Seguramente no había tenido (hasta ahora) ningún aliado que compartiese su punto de vista y la ayudase a aliviar el sufrimiento. Aunque Susana solo planteaba una hipótesis en la que, en el fondo, no creía, tal vez Ale estaba buscando ese brazo al que aferrarse. Su supuesta dureza debía ser solo una coraza para esconder el auténtico dolor, derivado de la impotencia. Sus ojos... Susana juraría que Alejandra estaba a punto de llorar. Pero pronto comprobó que sus impresiones y la transformación que sufría Ale eran dos senderos situados, recíprocamente, en las antípodas.

— ¡Ya lo tengo! —gritó Ale, con las lágrimas a punto de desbordarse, pero no de acongojo, sino de júbilo.

— ¿Cómo? —preguntó Susana, sorprendida.

— ¡Flores! ¡Has dicho flores! ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡Qué tonta soy! A veces esnifar te inspira, pero también te perturba.

— ¿Se puede saber de qué hablas, Ale?

— ¿Qué es un rol? ¿No es un listado? —siguió Ale.

— Pues... Sí... O, también, el papel que alguien desempeña, creo.

— Sí, pero es un listado. ¡No tengo más que añadir otro elemento al listado, y ya está!

— ¡Joder, Ale, aclárate!

— Si añado *flor* a la lista, o sea, a *flaca, coca y cal*, tengo el palíndromo: “*Rol: flaca, coca, cal, flor*”.

— ¡Me cago en la puta, Ale! ¡Esa mierda que te metes te está atrofiando las neuronas! ¡Eres jodidamente desconcertante!

### ***Palíndromo:***

*En Opus esniifar esa semana, sus anagramas amargan a Susana Mesa Serafín, se supone*

### ***Aula Veranos, Taco***

Susana estaba empeñada en hurgar el corazón de Ale porque, en el fondo, creía que no era como su hermana. Así que, al día siguiente, fue al “Aula Veranos” para hablar con ella sobre Isaac, sabiendo que estaría sola y que se le habría pasado el efecto del alcaloide, salvo que se hubiese metido otra raya. Era domingo, el día que más tiempo pasaba “la alemana” en su refugio, porque solía estar sola y se concentraba mejor en la confección de pasatiempos. El editor le había puesto un ultimátum, ya que su retraso empezaba a ser preocupante. Sin embargo, ese día le habían encargado el cuidado de Julieta, la hija de su vecina, que tenía diez años de edad.

— ¿Ves todas estas sopas de letras, Susana? No son para editar. Se trata de un regalo especial que elaboro regularmente para mi padre. Con su edad, a pesar de que sigue teniendo una gran inventiva, busca cosas muy sencillas y digeridas para entretenerse mientras acompaña a mi madre. Ya sabes, algo que no le haga pensar, sino que lo ayude a vegetar con dignidad.

— ¿Cómo está tu madre?

Tita llevaba muchos años ingresada en Santa Rita, una residencia geriátrica donde le aportaban la ayuda necesaria para subsistir hasta que su cuerpo aguantase. Cuando le detectaron la enfermedad neurodegenerativa, estando embarazada de Ale, nadie imaginó que duraría tantos años. El padre de Ale y de Ivana, quien había transmitido (genéticamente) a su hija menor la habilidad para generar inventivos y armónicos juegos mentales, era el único eslabón de engranaje de Tita con la realidad. Ivana no solía ir a visitarla. Ale, sencillamente, nunca iba. “La alemana” se llevó a Susana a la biblioteca, para poder hablar lejos de los agudos oídos de Julieta.

— Verás, Susana, no me hablo con mi madre desde mi adolescencia. Supongo que nunca le he perdonado que no pudiera ayudarme a resolver algunos conflictos surgidos en mi pubertad.

— Pero, con su enfermedad, poco podía hacer. No lo entiendo. ¿Por qué no acudiste a Ivana en esa etapa de tu vida?

— Mi hermana tenía un control enfermizo sobre mí. Me trataba y me protegía como a una niña. Así fue hasta los diecisiete años. Hablar con ella era como hablar con la pared. Si me veía con un chico, se ponía como una fiera y lo espantaba. Si le preguntaba algo sobre mi desarrollo o sobre los deseos que reventaban de mis hormonas, me decía que ya lo entendería de mayor.

— Entonces es con ella con quien tendrías que haberte enfadado — dedujo Susana.

— Sí, pero realmente la necesitaba para que me cuidara. Mi padre solo estaba pendiente de mamá. No es que no quiera a mi madre, entiéndeme, lo que ocurre es que, a diferencia de Ivana, nunca la conocí. Nací al mismo tiempo que su enfermedad, y su decrepitud se aceleró al poco tiempo de nacer yo. Así que crecí con un padre, una hermana y un vegetal. ¿Por qué tendría que ir yo a visitar a un vegetal, a alguien que no conozco?

Las palabras sonaban muy crueles en los oídos de Susana. Realmente, la pequeña Ale estaba exponiendo un punto de vista frío, lógico y quizá valiente, pero totalmente desprovisto de corazón. Igual que su mundo, igual que los crucigramas. ¿De qué servía adivinar que en la “tres horizontal” encaja la palabra “emoción” si no entiendes su significado? La cabeza de Ale podría ser matemáticamente perfecta, racional, pero, también, extremadamente egoísta.

— ¿Nunca has ido a verla a la residencia?

— Nunca —sentenció.

Como ambas estaban incómodas por la conversación, Ale señaló con la cabeza la taza de café que Susana tenía delante.

— Bebe. Se te va a enfriar.

Julieta entró en la biblioteca, muy contenta, como si le acabase de tocar la lotería.

— ¡Ya lo tengo, Ale! —gritó, alborozada.

— ¿A ver? ¡Perfecto!

— ¿De qué se trata? —preguntó Susana, intrigada.

— Julieta no solo se conforma con que le haga compañía, sino que le doy una especie de clases particulares —explicó Ale.

— De todo un poco, supongo.

— No me refiero a las actividades del colegio, eso lo tiene muy controlado. Enséñale a Susana lo que has escrito.

Orgullosa de su frase, la niña le tendió el papel y Susana pudo leer “Su parte prepara perpetra pus”.

— ¿Qué significa? —le preguntó, sonriéndole.

— No estoy segura. ¿Qué es perpetrar, Ale? ¿Cometer un crimen?

— Algo así. Verás, Susana, Julieta es una niña muy inteligente, mucho más que yo a su edad. Tiene habilidad para las palabras y para descifrar todo tipo de enigmas; yo intento encauzarla. Eso que estás leyendo es un palíndromo.

— ¿Enseñas a la gente a construirlos? ¿Es que acaso hay una técnica para hacerlo? —preguntó, algo incómoda.

— Hay unos principios, sí, pero ya te he dicho que se trata de una habilidad. Te tiene que salir de dentro.

— Ale me pidió que elaborara uno con cinco palabras, como mínimo, y que contuviera las palabras “pus” y “parte” —interrumpió Julieta.

Susana no quería contrariar a la niña, pero tampoco tenía interés en profundizar en esa extraña habilidad, que no conducía a nada práctico, aunque reconocía que la pequeña la había asombrado. Poder retorcer la mente a esa edad le parecía toda una proeza. Esperó a que Julieta se fuera para seguir hablando con Ale.

— Anoche te hablé de Isaac, y no sé si eludiste el tema a propósito para no sufrir o para olvidarlo.

— No lo eludí a propósito. Estaba colocada y me salió un palíndromo genial. Casi se me escapa, pero tú pronunciaste la palabra *flor* y todo cambió.

— ¿Para qué te vale eso? —preguntó Susana, sin estar segura de querer oír la respuesta, ya que el tema no la entusiasmaba.

— Pues... proporciona satisfacción a mi alma. Fíjate en su sonrisa —dijo, señalando hacia la puerta por donde Julieta había salido—. Si empiezo un palíndromo, tengo que terminarlo como sea. Es como un puzle o un rompecabezas. El secreto consiste en convencerte de que siempre existe una solución, por lo que, si no te rindes, la encontrarás. A veces existe una solución “tramposa”, como la de ayer, antes de añadir las palabras *rol* y *flor*. Tu personalidad se demuestra si no caes en la tentación; como te conformes con la solución “trampa”, el palíndromo no será bueno.

— De verdad, Ale, no entiendo lo que dices.

— Pues...

— ¡No! No hace falta que me lo expliques, de verdad.

Pero Ale estaba emocionada y no parecía dispuesta a soltar el tema.

— Mira, cuando elaboras un palíndromo, tienes que mantener, por encima de todo, la pureza constructiva. No debes permitirte hacer trampas ortográficas. Me refiero a juegos de palabras incoherentes, eliminar y/o añadir letras, o cambiar una “b” por una “v”; debes apartar a tu mente de la tendencia a caer en estos tramposos artificios. Dicho *palíndromicamente*, “Apártale de la ‘trapa’”, ésa es mi principal máxima contradictoria, el palíndromo incompleto del que te hablé anoche.

— ¿Máxima contradictoria? —preguntó Susana, estupefacta ante tanta sandez.

— ¡Claro! Es el palíndromo paradójico pero perfecto, el que guía mi obra y me recuerda que nunca debo construir uno como él. Es la frase a la que debo y no debo hacer caso.

***Palíndromo:***

*O mordí la porca letra “u”, o con arte lacro “palíndromo”*

\*\*

Ivana entró en el “Aula Veranos” con una bolsa que portaba dos fiambreras de PVC y un refresco de naranja.

— Hola, Su —pronunció con afectada exageración, como queriendo imitar y burlarse de las formas cariñosamente cursis de Raúl.

— Hola, Ivana. No esperaba verte aquí un domingo.

— Vengo a traerle comida a mi hermanita. Si la dejas, se quedará toda la tarde inventando acertijos y se olvidará de comer.

Ale se levantó, rodeó el cuello de Ivana y le dio un beso.

— ¡Eres un sol, hermana! Julieta ya almorzó, pero yo no.

— Oye, he hablado con papá. Quiere que vaya a la residencia la próxima semana, porque le van a celebrar el cumpleaños a mamá. Él ni siquiera me ha pedido que te invite, porque está seguro de que dirás que no, pero sabes que, si apareces por allí, a papá le darás la mayor alegría de su vida.

— Él no es el que cumple años, y a mamá le da igual si vamos o no, porque no se va a enterar de nada.

— Vale, tú misma.

A Susana no le sorprendió la actitud conformista de Ivana, aunque no sabía si esta se debía a que estaba de acuerdo con el razonamiento que le hacía Ale o a que, simplemente, “se la traía floja” que su hermana quisiese o no endulzarle un poco la vida a su padre. Ante la falta de sangre de ambas, intervino en la inexistente discusión.

— Ella tiene razón, Ale. La idea es que lo hagas por tu padre, no por tu madre. Él es quien más sufre con la enfermedad y, seguramente, necesita que sus hijas lo arropen.

— Pues... ¡Que me invite a su cumpleaños! ¿Cuándo es, Ivana? Puedes comprarle una corbata muy hortera y nos reímos un rato. Yo le guardaré estas sopas de letras.

Las hermanas se echaron a reír ante la mirada atónita de Susana, que dio el asunto por imposible. Ahora le tocaba enfrentarse a Ivana, aprovechando su presencia, y aquí sí tenía claro que habría discusión. El nombre de tío Jorge parecía ser lo único en el mundo capaz de descontrolarla. Aprovechó un momento en que Ale las dejó a solas porque Julieta la requería.

— Oye, Ivana. He estado hablando con tu cuñado y creo que debería reconsiderar la invitación para comer en casa de mi tío. Sabes que, desde que me contaste lo de El Ejido, le he estado dando largas y... Una de dos, o hablo con él o rompo relaciones, lo que disgustaría mucho a mi madre.

— ¿Qué pinta Raúl en todo esto?

— No sé cómo decírtelo sin ofenderte.

— Inténtalo. Soy muy dura de roer, mi reina.

— Me da la impresión de que es el único interesado en averiguar de qué murió Ricky.

— No me jodas, Susana.

— Ya te dije que no te iba a gustar.

— Mira, nena, el pasado no existe. La asignatura que menos me gustaba en la universidad era la Historia. No acepto que lo ocurrido tenga que condicionar lo que ha de ocurrir, en eso soy extremista. Si Ricky se envenenó él solo, ya está muerto. Si lo envenenaron, ya está muerto. ¿Quién lo va a resucitar? ¿Su hermano? ¿Jorge Nara, ese grandísimo hijoputa? Por el bien de nuestra amistad, te recomiendo que no vuelvas a hablar con ese cerdo.

— Lo siento, Ivana, pero mi decisión está tomada. Esta mañana lo he llamado y he quedado con él para almorzar un día de estos.

— ¡Susana, por Dios!

— Quiero estar al día en la evolución de la investigación.

— Esta no es tu guerra. Ricky era mi marido, así que te prohíbo que te metas en esto.

— Lo siento, pero no lo hago por mi amiga, sino por mi marido.

— Te tengo mucho aprecio, Susana, pero si vas a codearte con tu tío, mejor será que no volvamos a hablar.

— ¿Quieres decir que tengo que elegir entre él y tú? ¡Es absurdo y pueril! Te haré una pregunta. ¿Por qué ese odio?

— Ya te lo he contado —respondió Ivana, abriendo la puerta para marcharse.

— ¿Cómo estás tan segura? —gritó Susana cuando Ivana salía.

Ivana asomó la cabeza para responder, a su vez, con otra pregunta.

— ¿De qué?

— De que fue él quien golpeó a Kadim. ¿Dijo Kadim su nombre y tú lo reconociste? No tiene sentido.

— Adiós.

La falta de respuesta era aún más inquietante que la supuesta paliza recibida por los inmigrantes. Había algo que Ivana ocultaba, intencionadamente, pero Susana no había sido capaz de arrancárselo. A veces le gustaría ser más hábil, tener mayor capacidad de convicción, pero, en eso, Ivana le daba vueltas.

***Palíndromo:***

*A ti sí visita*



# La mala PARTE

## trápala, mal

*Julio-Octubre 2012*

*Centro Penitenciario Tenerife II, El Rosario*

Todavía no podía creerlo. Mientras esperaba a su novio en el lado exterior de la sala de visitas, ante la ventanilla a través de la que podía comunicarse con él, Ale jugueteaba, nerviosa, con el telefonillo. La noche anterior, la zorra de Ana se había despachado a gusto en televisión, poniendo a parir a Isaac. Con tan solo veintidós años, Ana se había convertido en la estrella amarillista del programa de telesangre en que trabajaba. El espacio estaba pensado para joder a los personajes protagonistas de cualquier historia oscura (o no aclarada del todo), saltándose intencionadamente la presunción de inocencia y asegurándose de que no quedasen dudas razonables.

Si Ana echaba mano a un cuello y lo hundía, el implicado jamás volvería a salir a la superficie. En el programa de la semana en curso, Isaac se había convertido en un maltratador. Se insinuaba (nunca se afirmaba, se protegían de posibles denuncias) que Libra había muerto por ser mujer. El poni era un pretexto que utilizaba Isaac para esconder sus instintos misóginos. Además, Ana había soltado un dardo envenenado dirigido a Ale. El “asesino del hipódromo” tenía una novia que, por reducción, o bien era una mujer maltratada, o bien era idiota y no conocía a su novio. Y eso era lo que Ale no estaba dispuesta a perdonar. El idiota era su novio, porque había hablado con la víbora y se había creído sus trápalas; que se atuviera a las consecuencias.

Ana Pérez, tinerfeña de nacimiento, había estudiado con Ale en el instituto de secundaria. Hacía apenas cuatro años, cuando ambas tenían dieciocho, Ana había iniciado la carrera de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información, en la Universidad Complutense de Madrid. En aquellos tiempos, Ana era gorda y estaba todo el día drogada. Alejandra y ella fueron compañeras de juerga en numerosas ocasiones, aunque no eran grandes amigas; podría decirse que no había feeling entre ambas. Por los rumores que había escuchado Ale, Ana se había sometido a un milagroso régimen con un dudoso endocrino y, a partir de ahí, desarrolló un atractivo cautivador. Aún sin terminar la carrera, llevaba unos pocos meses trabajando en televisión, y no se sabía cómo había logrado trepar hasta allí, pero lo que no se le podía negar era la habilidad (o fortuna) de haber sabido nadar y enganchar al público en un programa estiercol, un programa hecho de excrementos para fertilizar la audiencia. Y todo eso en un tiempo récord. Los miércoles, las marujas orgasmaban en los supermercados de la isla. “*Esta noche es el programa de Anita Pérez*”.

— ¡Eres un hijo de puta! —fue la presentación de Ale a su novio.

— Lo siento. —Isaac entró y se sentó con la cabeza baja, sin atreverse a mirarla directamente. Sabía por qué había venido, ya que hacía tiempo que no lo visitaba.

— ¿Cómo se te ha ocurrido someterte a esa lagarta? ¿Se te ha ido la olla?

— Me recordó que era tu amiga, aunque eso ya lo sabía. Dijo que tú le habías pedido que me lavara la imagen como estrategia de defensa. Pero me traicionó.

— ¿Amiga? ¿Te he dicho yo que era mi amiga? Nos conocemos, eso es todo. ¿Es que nunca has visto su programa? ¡No entiendo cómo la gente puede ser tan tonta y dejarse atrapar por sus mentiras! ¡Y te incluyo a ti!

— Me deslumbró, Ale. Y luego me jodió. Creí que iba a proyectarme como un ser enternecedor y amante de los animales, pero me ha llenado de mierda. Me sacó toda la información que quiso, he sido un auténtico bocazas —se disculpó.

— ¿Cuánto te ha pagado esa zorra por el reportaje, Isaac? O quizá... ¿cuántas promesas te ha hecho a cambio? ¿Un par de polvos a plazos, tal vez?

Isaac la miró, avergonzado, sin decidirse a contestar. Su novia ya lo había sentenciado como idiota, pero ahora lo iba a catalogar en una categoría superior.

— Nada. Ni un euro. Ni una promesa. Me ha sacado la información de forma gratuita.

— ¿Nada? ¿No has cobrado nada? ¡Idiota, idiota, idiota! ¡Pero me vengaré de esa puta, la joderé viva, vaya si lo haré! ¡Y tú, no esperes que vuelva a visitarte! —Dicho esto, agredió al teléfono con el auricular y se marchó.

***Palíndromo:***

*Ana me la sacó por boca, cobro pocas, alemana*

***Aula Veranos, Taco***

— ¿De veras quieres volver al grupo? —preguntó Oso Coronel, desconcertado.

— Sí. Ahora que Ricky y Libra han muerto, me gustaría hacer las paces. A no ser que pienses que yo los maté, claro. Solo quiero que lo penséis. Por supuesto, esperaríamos a que transcurra el juicio y yo sea absuelto.

Isaac llevaba una semana en libertad a la espera de juicio y, ahora, se atrevía a dar el paso. Oso Coronel podría ser su mejor aliado, la puerta para volver a *Ajos y Soja*, pues con él era con quien mejor se llevaba de todo el grupo de raperos. Además, el Oso sabía que Isaac podía aportar mucho al grupo. Pero el problema principal era su amistad inquebrantable con Tom. Si aceptaban a Isaac, habría una pugna natural por el liderato, por lo que, seguramente, José Tomás se opondría a su reingreso. Y, en tal caso, Isaac no tenía dudas de que Oso respaldaría la opinión de su amigo. Así que su intención era difícil de materializarse, pero le dejaba a *Ajos y Soja* un amplísimo margen para que lo pensara. No tenía nada que perder.

Respecto a su presunción de inocencia, a excepción de la audiencia de Ana Pérez, cada vez eran menos los que se atrevían a cuestionarla, ya que las investigaciones policiales no habían encontrado pruebas concluyentes que probaran su culpabilidad. Habían peinado el club hípico una y otra vez, y no habían aparecido los guantes con los que Libra había sido estrangulada. Salvo que se los hubiesen comido los caballos o Isaac hubiese salido con ellos del club y luego vuelto a entrar sin ellos (si fuese así, sería idiota), cobraba fuerza la hipótesis de la presencia de una tercera persona en el lugar del crimen. Así que la policía había vuelto a repasar con lupa la declaración de Isaac. Además, cerca de la puerta de acceso al club por donde Isaac había entrado (que, según su declaración, estaba abierta), había pisadas que no eran suyas en la hierba de una pequeña parcela ajardinada.

Los resultados periciales habían alimentado gratamente los sádicos instintos de Jorge Nara. Ahora podría volver a relacionar ambas muertes y acorralar al negro.

La estancia en prisión había destrozado a Isaac. Socialmente, Ana Pérez se había encargado de que nadie lo creyese inocente, por mucho que un juez pudiese contradecirla. Sentimentalmente, su novia lo había abandonado por haber hablado con la presentadora. Ese era su castigo, pero Ale también había prometido que castigaría a la “zorra calentabraguetas”. Por lo visto, e Isaac era el único que lo sabía fuera del ámbito de *Ajos y Soja*, le estaba componiendo un rap a base de palíndromos.

A las nueve de la noche, Isaac se despidió del Oso. Le rogó que considerase su ofrecimiento y le prometió que trataría de someterse a la “disciplina del grupo”, lo que equivalía a decir, sin decirlo, que aceptaría el liderazgo de Tom.

Una vez a solas, Oso Coronel volvió a retomar lo que tenía entre manos antes de llegar Isaac. Estaba poniendo al día la contabilidad de *Ajos y Soja*, porque un picajoso inspector de Hacienda los había estado acosando y exigía respuestas. Oso quería ocultar algunas trampas fiscales, pero el margen para hacerlo era escaso. La conversación con Isaac lo había distraído, pero, ahora, la cabeza iba a estallar nuevamente.

Puso la cafetera mientras daba vueltas por toda la planta baja del “Aula Veranos”, buscando una solución. Aquel parecía un callejón sin salida, así que tendría que concentrarse en la multa a la que *Ajos y Soja* habría de hacer frente.

Cuando el café empezó a salir, apagó la cafetera y abrió la puerta de cristal que protegía los recuerdos de su amigo Tom. Allí, junto a las cinco tinajas que contenían los tintes que había usado su padre, Tom guardaba el tazón estampado con dos aves, cuyas alas se cruzaban formando la letra “N”, que cubrían parcialmente un paisaje rocoso en plena puesta de sol. Solo él, Oso Coronel, tenía permiso para beber en ese vaso. Ni siquiera Tom lo utilizaba porque, si bien era un recuerdo, evocaba a Nazaret (de ahí la letra “N”), una antigua novia a quien quiso muchísimo pero que lo abandonó por otra persona. Oso Coronel, como solía hacer cada noche, se sirvió el café en el vaso de PepeTom y bebió de él.

### ***Palíndromo:***

*En ese vaso de Pepe dos aves ene*

### ***El Sauzal***

Ale vivía sola en una vivienda familiar (heredada de algún antepasado a quien no conoció) a la que le hacían falta algunos buenos retoques. Lo que, de ningún modo, pensaba incorporar, por mucho que su hermana se cansase de insistir, era un timbre para la entrada. La pesada aldaba que colgaba en la

tosca puerta de madera era el único llamador que estaba dispuesta a tolerar. Dentro de la casa, el aspecto de vejez atrapaba nada más entrar, sobre todo gracias a una auténtica red de cables torcidos (de electricidad, teléfono y antena de televisión) que bordeaba desordenadamente las intersecciones entre las altas paredes y el descascarillado techo. La abundante cantidad de muebles jurásicos no lograba ocultar la urgente necesidad de pintura demandada por todas y cada una de las paredes. Pero, en contraste con el resto de la casa, “la alemana” había instalado, en una habitación, un funcional y cómodo despacho de trabajo, aunque lo usaba muy poco porque su inspiración se la proporcionaba el “Aula Veranos”.

Hasta su entrada en prisión, Isaac había vivido en casa de Ale los últimos meses, pero la hermana de Ivana tenía claro que ya no lo dejaría pernoctar más allí.

Cuando Ivana llegó, Alejandra estaba concentrada, echando las cartas del tarot, con las que siempre había demostrado una encomiable soltura para ayudar a sus amistades a sobrellevar los problemas.

— ¿Estás echándote las cartas a ti misma, Ale?

— No es eso. Las estoy estudiando, porque tengo que elaborar una ficha completa con el concepto de cada arcano mayor y con las diferentes disposiciones de los arcanos menores. Ninguna carta del tarot tiene un significado único; dependerá de la posición en que cae al salir del mazo, de su ubicación en el árbol y de las cartas que la rodean.

— ¿Por qué quieres hacer eso?

— No es que quiera, es que tengo que hacerlo porque me he comprometido. Se trata de un ideograma que voy a publicar. Ya tenía que haber salido, pero me he atrasado más de la cuenta. Puede que mi editor, cuando se lo presente, me lo eche a la cara.

— Y eso es... ¿Qué cojones es un ideograma? —preguntó Ivana.

— No tengo tiempo para darte explicaciones extensas, pero te diré que las cartas del tarot son, en el fondo ideogramas, es decir, son imágenes que simbolizan algo, solo eso. Lo que pasa es que, de cara a la gente, las abstracciones son más digeribles si las identificas con algún icono o pictograma.

— Ya. Por eso yo tengo razón cuando te acuso de estafadora. Cuando lees las cartas, estás pintando de realidad ideas abstractas.

— Si fuera una estafadora cobraría por ello. Leer el tarot es una chorrada, de acuerdo, lo que hago con la gente es aplicar un poco de “lógica psicológica”. Intento entender sus preocupaciones y hablar sobre ellas tratando, si puedo, de aliviarlas. Lo que pasa es que si eso lo haces jugando con las cartas, el efecto placebo incrementa la probabilidad de éxito.

Soltó el mazo de cartas y abrió un pequeño tarro de pintauñas lila que reposaba encima de la mesa. Ale sabía que la visita de su hermana tenía una razón de ser, pues la rapada rapera no se caracterizaba, precisamente, por esforzarse en apuntalar los lazos familiares o sociales. También entendía que los rodeos que daba no eran voluntarios, ni causados por una sensación de incomodidad ante lo que quería exponer. Ivana estaba estudiando la forma de dirigirse a Ale, posiblemente para pedirle ayuda, con argumentos suficientemente sólidos para que “la pequeña” no le negase su colaboración. Pero la ansiedad le pudo, e Ivana dejó el tacto a un lado.

— Necesito tu ayuda, Ale. Confío en tu inteligencia para buscar una solución a todo este lío de los asesinatos.

— ¿Crees que a Ricky lo mataron? —preguntó Ale, sin aclarar su opinión al respecto.

— No lo sé. Pero ese tarado inspector no puede ni quiere resolver el caso. Solo pretende jodernos. A veces me da la impresión de que trata de eternizar la investigación para seguir visitándonos con sus estupideces y sus acosos. Llegará el momento en que sus superiores lo calen y lo retiren del caso, por incompetente, pero, mientras, no nos deja un respiro, ni siquiera podemos ensayar dos horas seguidas sin que él o su perrito aparezca.

— Lo siento, Ivana, pero yo no puedo hacer nada. Creí que este asunto no te importaba lo más mínimo.

— No me importaría si la policía nos dejara tranquilas. Hasta Susana parece más interesada que yo. ¡Tiene los putos genes de su tío!

— Lo hace por Raúl, Ivana. Él es más sentimental que tú y quiere que se haga justicia.

— Es un vengativo, no un sentimental —respondió Ivana—. De verdad, solo quiero que le dediques unos minutos, como si fuera un rompecabezas. Siempre encuentras la solución a los problemas, tú razonas con más lógica que Jorge Nara.

Sin dejar de pintarse las uñas de la mano izquierda, Alejandra se levantó del sillón y se puso a caminar aleatoriamente por el salón. Miraba de reojo a su hermana, y esta sabía que esas miradas significaban una negación.

— Verás, Ivana, hoy me ha llamado mi editor cinco veces. Necesita tres libracos de pasatiempos y el tarot-ideograma. Si no le entrego el material atrasado esta semana, no volverá a publicarme. Esta vez va en serio, me está presionando más que nunca. Como no podré cumplir sus plazos, voy a terminar el ideograma y entregárselo cuanto antes, porque es más impactante que los crucigramas, y así se tranquilizará un tiempo. Así que, Ivana, no puedo meterme en esto; las micropartículas de Ricky Roque no van a salir del regazo de la Virgen de Candelaria, donde deben de estar muy a gusto.

— Creí que me echarías una mano —dijo Ivana, con los ojos muy abiertos, mientras se acariciaba los pórsines de la cara—. Solo te pido que pienses en ello.

— No sé de dónde voy a sacar el tiempo.

***Palíndromo:***

*Atar o repasar tarot-ideograma ya, y amargo editor atrasa peronata*

***Aula Veranos, Taco***

Trapus no podía creerlo. Él había estado convencido de que Ricky Roque había muerto accidentalmente y de que Isaac había asesinado a Libra, tal vez no por el asunto del poni, pero estaba en el lugar de los hechos cuando llegó la policía. La desaparición de los guantes era un cabo suelto muy importante, pero estaba seguro de que aparecerían. Hasta hoy. Le costaba admitirlo pero, finalmente, le había dado la razón al inspector. Ricky Roque y Libra, posiblemente, habían sido asesinados por la misma persona. Y Oso Coronel también.

Negro José Ropy había encontrado su cadáver a primera hora de la mañana. Había declarado que, de entrada, le extrañó ver el coche del Oso (tan temprano) y luces encendidas a esas horas, cuando ya entraban los primeros rayos de sol. Oso Coronel era un maniático del ahorro energético. A ojos policiales, parecía auténticamente conmocionado, incapaz de asumir que su amigo no le volvería a hablar, pero Jorge Nara actuaba con él de manera más implacable que nunca. Eso sí, PepeTom no le hacía caso. Se limitaba a asentir o a negar cuando era el inspector quien formulaba directamente las preguntas; con Trapus se mostraba más colaborador.

El subinspector nunca había visto tan contento a Jorge Nara. Era como un vampiro morboso. Había estado esperando pacientemente más sangre, porque un nuevo crimen le daba la razón y, según él, argumentos de peso para acorralar al negro. Pero Trapus sabía que el inspector estaba cometiendo demasiados excesos. No era nada profesional que acudiese regularmente a interrogar a José Tomás Ropy para correrse o para sufrir, según los resultados.

— Bien, bien, negro —dijo Nara en voz baja, para que solo Tom lo escuchase—. Muerto el perro se acabó la rabia. ¿Es eso lo que has pensado al asesinarlo? ¿Acaso era tu cómplice y estaba dispuesto a confesarlo todo?

Tom se limitó a dirigirle una mirada de incredulidad, como si fuese incapaz de aceptar la presencia de un extraterrestre a su lado. El inspector Jorge Nara parecía un personaje-pesadilla de una absurda película de serie B, pero, como tal, su presencia transmitía un aura de ficción, como si fuese

a desintegrarse en cualquier momento, por irreal. Sin embargo, allí seguía, con su interrogatorio irracional e improductivo.

Jorge Nara lo dio por imposible, porque sabía que el negro no le iba a contestar allí, ante tanta gente. Le hubiera gustado tenerlo a solas, cara a cara, en una celda de castigo. Pero, por desgracia, ese paraíso que alimentaba sus morbosas fantasías, no existía en este espacio geográfico, en este instante temporal. Formaba parte de un pasado que nunca volvería; por lo menos a corto plazo, así que él no lo disfrutaría. Nara observó cómo Trapus volvía a hablar con el negro y se acercó a escuchar.

— Por favor, señor Ropy. Repasemos de nuevo el momento en que encontró a su amigo. Dijo usted que las luces estaban encendidas. ¿Quién las apagó?

— Yo. Oso no hubiera querido que se despilfarrase energía inútilmente.

— Según usted, estaba muy conmocionado por su muerte y por la impresión de encontrarlo sin vida, en el suelo. ¿Pretende hacernos creer que tuvo la lucidez y la sangre fría para acordarse de apagar las luces que, supuestamente, estaban encendidas? Además, supongo que es consciente de que, de ser así, ha modificado las circunstancias del escenario del crimen. No lo entiendo.

— Es la verdad. No puedo explicar por qué apagué las luces, pero lo hice. Pregunten a un psicólogo por qué puedo haber reaccionado así. ¿Qué importancia tiene, joder? ¡Él está muerto!

Aunque estaba sentado en la biblioteca, a PepeTom le llegó el fogonazo del potente flash incorporado a la cámara con la que, en el salón contiguo, estaban fotografiando el cuerpo del Oso, antes de retirarlo. La policía científica tomaba huellas y buscaba minuciosamente cualquier pista informativa que facilitase y simplificase el trabajo posterior de análisis de datos. Jorge Nara se desplazaba por toda la planta baja del “Aula Veranos” a la espera de alguna pista forense.

Empezaron a llegar al porche exterior diferentes componentes de *Ajos* y *Soja*, a quienes PepeTom había telefoneado después de llamar a la policía. Ivana llegó un poco antes que su cuñado, Raúl, que venía con su mujer. Susana hizo un intento de acercarse a su amiga para darle un beso de consuelo, pero esta, tajante, estiró la mano en señal de stop. Al parecer, no le perdonaba que se relacionase con su tío; ni siquiera en las circunstancias actuales, en las que, tal vez, Ivana debería reconocerle a Jorge su instinto policial y su empeño en seguir adelante a pesar de las apariencias. Pero estaba claro que, a diferencia del hermano, la mujer del primer rapero muerto quería pasar página, sin el más mínimo interés por averiguar qué demonios estaba sucediendo.



Para sorpresa de Susana, a una orden gestual de Ivana, los miembros del grupo que estaban por fuera del “Aula Veranos” se lanzaron a interpretar una pegadiza melodía, cuya letra proclamaba una macabra alabanza a la muerte, que luego empataría con una especie de himno de desprecio a la policía (seguramente perteneciente a otro tema).

Ale llegó tarde, mucho después de que hubieran terminado la canción, con dos acompañantes: un papel doblado, que introdujo discretamente entre la minifalda y las bragas de su hermana (al tiempo que le susurraba “luego hablamos”), y una noticia inquietante. Reunió aparte a todo el grupo, lejos de la policía, y la transmitió.

— Isaac me ha llamado desde que se enteró de la noticia.

— ¿No va a venir? —interrumpió Ivana, mirando en derredor.

— No solo no vendrá, sino que va a esconderse. Pretende huir de la policía, está loco.

— Supongo que creerá que se convertirá en el principal sospechoso. Resulta muy oportuno que maten a Oso Coronel justo estando él libre —dijo uno de los raperos.

— Hay algo más. Se trata de sus huellas. Por lo visto, anoche estuvo aquí. La policía no tardará en averiguarlo.

— ¿Aquí? —se sorprendió Ivana—. ¿Quieres decir en nuestro local de ensayo?

— Sí, estuvo hablando con Oso. Es lo que me ha dicho. Lo van a joder vivo.

— Deberías contárselo a la policía —intervino Susana—. Ya que se van a enterar, será mejor contarles su versión.

— ¿Su versión? —preguntó Ivana, sin dignarse a mirarla.

— Sí, decirles que huye porque tiene miedo. Si no está mintiendo, cosa que no sabemos, Isaac cree que alguien le está tendiendo una trampa. — Susana miró directamente a Ivana, pero esta la seguía ignorando.

— Yo sé que él no lo hizo, porque lo conozco bastante bien —terció Ale—. No tiene motivos.

— ¿De veras lo crees?

— ¡No me jodas, Ivana! ¿Un poni?

— ¿De quién es ahora el poni? —se interesó Raúl.

— Pues... parece ser que su propiedad corresponde a los parientes de Libra, junto con el club. Isaac se ha quedado definitivamente sin él, pero solo un loco mataría por algo así.

Ninguno de los raperos se atrevía a apostar por la autoría de los crímenes, pero, por supuesto, nadie descartaba a Isaac, salvo Ale. Realmente

era el candidato perfecto, pero sus actos delictivos, si así lo fueran, parecían deliberadamente torpes. Ale lo expuso en voz alta.

— Escuchad, si Isaac fuese el asesino, tendría que ser bipolar, una persona extremadamente inteligente para matar a Ricky, y extremadamente zopenco en los otros asesinatos. La lógica solo tiene un camino: un asesino inteligente que trata de implicarlo.

— Aun así... —apuntó tímidamente Susana—, la policía debería saber todo esto.

— Ese inspector tocagüevos no está barajando opciones. —De nuevo Ivana regaló miradas a todos menos a la sobrina del tocagüevos—. Está cada vez más desquiciado con su obsesión. Su asesino no es Isaac, sino Pepe.

— Oye, Ivana —dijo un rapero—, Oso no tiene parientes cercanos y tú tienes un poder para disponer de sus restos. ¿Qué haremos con sus cenizas? ¿Otra vez a la Virgen de Candelaria?

— No, eso sería una especie de profanación, pensemos en otra alternativa.

— ¿Profanación? —preguntó Raúl, indignado—. ¿No profanasteis ya a la Virgen?

— ¿A la Virgen? ¿Qué Virgen? Sería una profanación a tu hermano.

— ¡Hay que joderse! —susurró Susana.

En el interior del “Aula Veranos”, el médico forense aventuró la causa de la muerte, a la espera de confirmación oficial. Venía acompañado de un químico de laboratorio.

— ¿Envenenado? —preguntó Nara—. ¿Con qué?

— Aún es pronto, pero, por los restos, creo que el veneno estaba en ese vaso donde bebió el café.

— ¿No puede estar en el propio café?

— Hay unos restos en el vaso que... —dejó la frase en el aire esperando que el químico la terminase, pero este era demasiado prudente—. No lo sé, inspector. Esperaremos a la autopsia y a los resultados del laboratorio.

Los camilleros se agacharon para recoger el cadáver de Oso Coronel. Negro José se acercó y lo observó por última vez, inerte, junto a los trozos rotos del vaso que solo su amigo estaba autorizado a utilizar. Nunca más aquellas aves volverían a juntar sus alas para recordar a Nazaret. Nunca más la puesta de sol teñiría las rocas de color cobrizo.